Michael Moorcock

Portadora de tormentas



Ediciones Martínez Roca, S. A.

Colección dirigida por Alejo Cuervo Traducción de Celia Filipetto
Cubierta: Lloreng Martí
Ilustración: © Michael Whelan / vía Agentur Schlück

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta, fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Título original: *Stormbringer*

© 1965, Michael Moorcock
© 1991, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Gran Via, 774, 7", 08013 Barcelona
ISBN 84−270−1560−7
Depósito legal B. 33.098−1991
Fotocomposición de Fort, S. A., Rosellón, 33, 08029 Barcelona
Impreso por Romanva/Valls, Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Impreso en España − Printed in Spain

A Hilary

LIBRO PRIMERO
La llegada del Caos

Prólogo

El Brillante Imperio de Melniboné floreció durante diez mil años. Diez mil años antes de que se iniciara el registro de la historia... o diez mil años después de que se dejara de registrar, como más te guste. Sólo Melniboné dominó la tierra durante cien siglos, y después, agitada por la invocación de terribles runas, atacada por poderes superiores al hombre, incluso ella se tambaleó y cayó.

Cuando llegó ese momento, sobre la Tierra y por encima de ella se produjo una gran perturbación; el destino de Hombres y Dioses fue moldeado a martillazos sobre la forja del Hado, se gestaron monstruosas guerras y se realizaron poderosos hechos. En estos tiempos, denominados la Era de los Reinos Jóvenes, surgieron innumerables héroes. El principal fue Elric, último gobernador de Melniboné, portador de la Espada Negra con inscripciones rúnicas.

Elric de Melniboné, orgulloso príncipe de las ruinas, último señor de una raza moribunda, hechicero y asesino de su linaje, expoliador de su tierra natal, albino de ojos carmesíes que llevaba a cuestas un destino más grande de lo que él imaginaba.

Crónica de la Espada Negra

1

Unas nubes enormes se precipitaban sobre la tierra en movimiento y los rayos, al caer al suelo, iluminaban la noche oscura, partían en dos los árboles y chamuscaban tejados que se quebraban para acabar rompiéndose.

La oscura masa del bosque tembló de asombro y de ella salieron seis figuras encorvadas e inhumanas que hicieron una pausa y miraron a su alrededor, más allá de las bajas colinas donde se alzaba una ciudad. Se trataba de una ciudad de muros bajos y estilizados chapiteles, de torres y domos graciosos, y tenía un nombre que el cabecilla de las criaturas conocía. Karlaak se llamaba, y estaba junto al Erial de los Sollozos.

La tormenta, de origen sobrenatural, resultaba ominosa. Gemía alrededor de la ciudad de Karlaak a medida que las criaturas se escabullían por las puertas abiertas y se abrían paso entre las sombras, en dirección al elegante palacio donde dormía Elric. El cabecilla levantó un hacha de hierro negro en su mano agarrotada. El grupo se detuvo, sigiloso, y contempló el amplio palacio que se erigía sobre una colina rodeado de jardines de lánguidos perfumes. La tierra se estremeció al caer un rayo y los truenos retumbaron en el cielo turbulento.

-El Caos ha acudido en nuestro auxilio esta vez -gruñó el cabecilla-. Fijaos... los guardias caen ya presas de un sopor mágico, con lo cual nuestra entrada resultará más sencilla. Los Señores del Caos son buenos con sus siervos.

Decía la verdad. Una fuerza sobrenatural había entrado en acción y los guerreros que vigilaban el palacio de Elric estaban tumbados en el suelo y sus ronquidos servían de eco a los truenos. Los sirvientes del Caos avanzaron con sigilo y dejaron atrás a los guardias dormidos para internarse en el patio principal y de allí pasar al palacio a oscuras. Sin errores subieron las sinuosas escalinatas, avanzaron suavemente por los pasillos en sombras, y finalmente llegaron a los aposentos donde Elric y su esposa dormían intranquilos.

Cuando el cabecilla posó una mano sobre el picaporte, en el interior del cuarto una voz gritó:

- ¿Qué es esto? ¿Qué cosas infernales interrumpen mi descanso?

-¡Nos ve! -susurró bruscamente una de las criaturas.

-No -dijo el cabecilla-, duerme... lo que ocurre es que a un hechicero como Elric no es fácil sumirlo en el estupor. ¡Será mejor que nos demos prisa y hagamos nuestro trabajo, porque si llegara a despertar nos sería más difícil!

Giró el picaporte y entreabrió la puerta con el hacha medio levantada. Más allá de la cama, donde había un desorden de pieles y sedas, el relámpago volvió a surcar la noche dejando ver el blanco rostro del albino junto al de su esposa de negra cabellera.

En cuanto entraron, Elric se incorporó rígidamente en el lecho y sus ojos carmesíes se abrieron para mirarlos con fijeza. Por un instante, los ojos aparecieron vidriosos, pero luego, el albino se obligó a despertar y gritó:

- ¡Marchaos, criaturas de mis sueños!

El cabecilla lanzó una maldición y avanzó de un salto, pero le habían dado órdenes de no matar a aquel hombre. Levantó el hacha, amenazante.

-¡Calla... tus guardias no pueden ayudarte!

Elric saltó de la cama, aferró a aquella cosa por la muñeca y acercó su cara al morro con colmillos. Debido a su albinismo, era físicamente débil y necesitaba de la magia para adquirir fuerzas. Pero se movió con tanta velocidad que arrancó el hacha de la mano de la criatura y le encajó el mango entre los ojos. Gruñendo, cayó hacia atrás, pero sus acompañantes dieron un salto hacia adelante. Eran cinco; debajo de sus pelambres se notaban unos músculos enormes.

Elric le partió el cráneo al primero, mientras los otros se abalanzaban sobre él. La sangre y los sesos de aquella criatura le mancharon el cuerpo y el albino jadeó asqueado al ver aquella sustancia fétida. Logró liberar su brazo y levantar el hacha para dejarla caer sobre la clavícula de otro. Entonces notó que lo agarraban de las piernas y cayó, confundido, pero sin dejar de luchar. Después, le asestaron un fuerte golpe en la cabeza y el dolor lo recorrió como el rayo. Hizo un esfuerzo por incorporarse, no pudo y cayó desmayado.

Los truenos y los relámpagos continuaban perturbando la noche cuando, con la cabeza dolorida, despertó y lentamente se puso en pie apoyándose en una columna de la cama. Obnubilado, miró a su alrededor.

Zarozinia no estaba. La única otra silueta que había en la habitación era el cuerpo inerte de la bestia que había matado. Habían raptado a su joven esposa.

Tembloroso, se dirigió a la puerta y la abrió de par en par, llamando a gritos a sus guardias, pero nadie le contestó.

Tormentosa , su espada rúnica, descansaba en el arsenal de la ciudad y tardaría en conseguirla. La garganta se le cerró de rabia y dolor; cegado por la ansiedad, recorrió a la carrera pasillos y escalinatas, al tiempo que intentaba dilucidar las consecuencias de la desaparición de su esposa.

Sobre el palacio, los truenos seguían retumbando y llenando la noche agitada. El palacio parecía desierto y de pronto tuvo la sensación de encontrarse completamente solo y abandonado. Cuando salió corriendo al patio principal y vio a los guardias dormidos supo de inmediato que su sueño no podía ser natural. Comprendió lo que había ocurrido mientras atravesaba los jardines, trasponía las puertas y se dirigía a la ciudad, pero de los raptores de su esposa no encontró señal alguna.

¿Dónde se habían metido?

Levantó la mirada hacia el cielo tumultuoso; la ira y la frustración le crispaban el pálido rostro. Aquello no tenía sentido. ¿Por qué se la habrían llevado? Sabía que tenía enemigos, pero ninguno de ellos lo bastante poderoso como para recibir semejante ayuda sobrenatural. ¿Quién, aparte de él mismo, era capaz de obrar un hechizo que hacía temblar el cielo y sumía a la ciudad entera en aquel sueño?

Jadeando como un lobo, Elric corrió hasta la casa de lord Voashoon, senador principal de Karlaak y padre de Zarozinia. Aporreó la puerta con los puños gritándoles a los asombrados sirvientes.

-¡Abrid! Soy Elric. ¡Daos prisa!

Las puertas se entreabrieron y las traspuso de inmediato. Lord Voashoon bajó la escalera dando traspiés y entró en la estancia con el rostro somnoliento.

- ¿Qué ocurre, Elric?

-Reúne a tus guerreros. Han raptado a Zarozinia. Se la llevaron unos demonios y es posible que se encuentren ya lejos de aquí, pero hemos de buscar por todas panes pues podrían haber huido por tierra.

Lord Voashoon se despertó del todo; de inmediato, mientras continuaba escuchando las explicaciones de Elric, se puso a dar órdenes a sus sirvientes.

-Y he de entrar en el arsenal -concluyó Elric-. ¡He de recuperar a *Tormentosa* !

- ¡Dijiste que habías renunciado a la espada porque temías su malvada influencia sobre ti! -le recordó lord Voashoon en voz baja.

-Es verdad -repuso Elric, impaciente-. Pero no es menos verdad que lo hice por el bien de Zarozinia. Si quiero rescatarla, he de contar con *Tormentosa.* La lógica es bien simple. Deprisa, dame la llave.

Sin decir palabra, lord Voashoon fue a buscar la llave y condujo a Elric hasta el arsenal donde se guardaban las armas y las armaduras de sus antepasados, que llevaban siglos sin ser utilizadas. Elric recorrió el lugar polvoriento a grandes zancadas y se acercó a un nicho que parecía contener algo vivo.

El oscuro acero lanzó un suave quejido cuando el albino tendió hacia él la mano de delgados dedos. Se trataba de un pesado sable para ambas manos, perfectamente equilibrado y de tamaño prodigioso, con una ancha guarnición y una hoja suave y amplia que desde la empuñadura a la punta medía más de metro y medio. Cerca de la empuñadura aparecían grabadas unas runas místicas cuyo significado ni siquiera Elric alcanzaba a comprender del todo.

-Una vez más vuelvo a utilizarte, *Tormentosa* -dijo mientras se abrochaba la vaina al cinturón -, y he de concluir que estamos tan unidos que sólo la muerte podría llegar a separarnos.

Dicho lo cual, salió del arsenal a grandes zancadas y se dirigió al patio, donde unos guardias montados en briosos corceles esperaban sus instrucciones.

De pie ante ellos, desenvainó a *Tormentosa* para que la extraña luz oscura que despedía la espada brillara temblorosa a su alrededor, mientras observaba a los jinetes con su rostro blanco, pálido como un hueso descarnado.

Esta noche vais a perseguir demonios. ¡Registrad los campos, recorred bosques y llanuras en busca de quienes le han hecho esto a nuestra princesa! Aunque es probable que sus raptores utilizasen medios sobrenaturales para huir, no podemos estar seguros. ¡De modo que buscad... buscad bien!

Durante toda la noche estuvieron buscando pero no lograron encontrar rastros ni de las criaturas ni de la esposa de Elric. Al despuntar el alba -una mancha de sangre en el cielo matutino- sus hombres regresaron a Karlaak donde Elric los esperaba henchido de la vitalidad nigromántica que le proporcionaba su espada.

-Lord Elric, ¿queréis que volvamos a seguir el rastro y comprobemos si la luz del día nos ofrece alguna pista? -le gritó uno.

-No te oye -murmuró otro al comprobar que Elric no se daba por aludido.

Pero en ese instante, Elric volvió la cabeza dolorida y dijo tristemente:

-No busquéis más. He tenido tiempo de meditar y he de buscar a mi esposa con ayuda de la magia. Dispersaos. Ya no podéis hacer nada más.

Los dejó y regresó a su palacio, consciente de que todavía existía una manera de saber adonde habían llevado a Zarozinia. Se trataba de un método que le disgustaba, pero que debería utilizar.

A su regreso, Elric ordenó secamente a todos que salieran de sus aposentos, atrancó la puerta y miró fijamente a la cosa que yacía inerte en el suelo. Su sangre coagulada todavía le manchaba las ropas, pero sus compañeros se habían llevado el hacha con la que lo había matado.

Elric preparó el cadáver y le extendió los miembros. Cerró los postigos para impedir el paso de la luz y en un rincón encendió un brasero. Éste se balanceó sobre sus cadenas al chisporrotear las llamas. Se dirigió hacia un pequeño arcón que había junto a la ventana y de él sacó una bolsa. De ésta extrajo un manojo de hierbas secas y con un veloz ademán las lanzó sobre el brasero; brotó un olor nauseabundo y la estancia se llenó de humo. Elric se colocó ante el cadáver con el cuerpo rígido y comenzó a entonar un encantamiento en la antigua lengua de sus antepasados, los emperadores hechiceros de Melniboné. La canción no parecía producto del habla humana; sus sonidos recorrían toda una escala desde un gruñido profundo hasta un grito agudo.

El brasero difundió una luz rojiza que iluminó el rostro de Elric mientras unas sombras grotescas brincaban por toda la estancia. En el suelo, el cuerpo inerte comenzó a agitarse, y su cabeza destrozada se movió de un lado al otro. Elric desenvainó su espada rúnica y empuñándola con ambas manos la levantó ante sí para gritar:

- ¡Levántate, desalmado!

Lentamente, con movimientos convulsos, la criatura se incorporó y señaló a Elric con su dedo agarrotado mientras sus ojos vidriosos miraban al frente.

-Todo esto estaba predestinado. No creas que podrás huir a tu destino. Elric de Melniboné. Has manoseado mi cadáver y soy una criatura del Caos. Mis amos me vengarán.

-¿Cómo?

-Tu destino está escrito. Pronto lo sabrás.

- Dime, muerto, ¿por qué viniste a raptar a mi esposa? ¿Quién te ha envidado hasta aquí? ¿Dónde han llevado a mi esposa?

-Son tres preguntas, lord Enríe. Y requieren tres respuestas. Sabes que los muertos resucitados mediante la magia no pueden contestar nada directamente.

-Ya lo sé. Contéstame como puedas.

-Pues presta mucha atención porque puedo recitar mis versos una sola vez y luego he de regresar al infierno donde mi ser podrá pudrirse en paz. Escucha:

> Mas allá del mar se esta urdiendo una batalla;
> más allá de la batalla fluirá la sangre.
> Si el deudo de Elric se aventura a acompañarle
> (portando a la gemela de la que el lleva)
> hasta un lugar apartado donde habita
> alguien que no debería vivir,
> entonces se podrá hacer un trato.
> Y la esposa de Elric será devuelta

Dicho lo cual, aquella cosa cayó al suelo y ya no volvió a moverse.

Elric se dirigió a la ventana y abrió los postigos. A pesar de que estaba acostumbrado a enigmáticos presagios en verso, aquél le resultaba difícil de descifrar. Cuando la luz del sol entró en la estancia, las llamas chisporrotearon y el humo se disipó. *Más allá del mar...* Había muchos mares.

Envainó la espada rúnica, se subió a la cama deshecha y se tendió a meditar el contenido de aquellos versos. Finalmente, después de meditar durante largos minutos, recordó algo que había oído contar a un viajero llegado a Karlaak desde Tarkesh, nación del Continente Occidental, más allá del Mar Pálido.

El viajero le había referido que entre la tierra de Dharijor y las demás naciones del oeste había ciertos problemas. Dharijor había violado los tratados firmados con los reinos vecinos y había firmado un nuevo pacto con el Teócrata de Pan Tang, una isla impía dominada por su oscura aristocracia de magos guerreros. Hwamgaarl, la capital, recibía el nombre de Ciudad de Estatuas Vociferantes y hasta hacía poco tiempo sus residentes habían tenido poco contacto con los pueblos del mundo exterior. Jagreen Lern, el nuevo Teócrata, era un hombre ambicioso. Su alianza con Dharijor apuntaba simplemente a conseguir más poder sobre las naciones de los Reinos Jóvenes. El viajero le había contado que los enfrentamientos comenzarían de un momento a otro, puesto que existían abundantes pruebas de que Dharijor y Pan Tang habían firmado una alianza bélica.

A medida que Elric iba recordando todo esto, relacionó esta información con las noticias recientes que le indicaban que la reina Yishana de Jharkor, un reino vecino de Dharijor, había conseguido la ayuda de Dyvim Slorm

y sus mercenarios imrryrianos. Y Dyvim Slorm era el único deudo de Elric. Eso significaba que Jharkor debía de estar preparándose para luchar contra Dharijor. Estos dos hechos estaban demasiado ligados a la profecía como para pasarlos por alto.

Sin dejar de reflexionar sobre todo ello, recogió su ropa y se dispuso para emprender viaje. No le quedaba más remedio que dirigirse velozmente a Jharkor pues con toda seguridad allí encontraría a su deudo. Además, si todos los indicios eran ciertos, allí no tardaría en iniciarse una batalla.

Sin embargo, la perspectiva del viaje, que llevaría varios días, le produjo un gran dolor en el corazón al pensar en las semanas que iba a pasarse sin saber nada del destino de su esposa.

-No hay tiempo para eso -dijo mientras se abrochaba la negra chaqueta acolchada-. En estos momentos, la acción es todo lo que se requiere de mí... y he de darme prisa.

Levantó ante sí la espada rúnica envainada y miró al frente.

-Juro por Arioco que quienes me han hecho esto, sean hombres o inmortales, sufrirán por ello. ¿Me oyes, Arioco? ¡Lo juro!

Pero sus palabras no recibieron respuesta y presintió que Arioco, su demonio protector, o bien no le había oído o bien había recibido el juramento pero éste no le había conmovido.

A grandes zancadas salió de la estancia cargada de muerte y a gritos pidió que le llevaran su caballo.

2

El Mar Pálido comenzaba allí donde el Desierto de los Suspiros lindaba con las fronteras de Ilmiora, entre las costas del continente Oriental y las tierras de Tarkesh, Dharijor y Shazar.

Era un mar frío, un mar displicente y amedrentador, pero las naves preferían atravesarlo para salir de Ilmiora e ir a Dharijor en lugar de arriesgarse a los peligros más extraños de los Estrechos del Caos, azotados por tempestades eternas y habitados por malévolas criaturas marinas.

Elric de Melniboné se encontraba sobre la cubierta de una goleta ilmiorana; iba envuelto en su capa y mientras temblaba contemplaba sombríamente el cielo encapotado.

El capitán, un hombre corpulento de alegres ojos azules, cruzó la cubierta con mucho esfuerzo en dirección a él. En la mano llevaba una copa de vino caliente. Se enderezó sujetándose a un aparejo y le ofreció la copa a Elric.

-Gracias -dijo el albino. Bebió unos sorbos de vino y luego le preguntó-: Capitán, ¿cuánto falta para que lleguemos al puerto de Banarva?

El capitán se subió el cuello de su coleto de cuero y con él se cubrió el rostro barbudo.

-Navegamos despacio, pero antes del ocaso deberíamos avistar la península de Tarkesh. -Banarva se encontraba en Tarkesh, uno de sus principales puertos mercantiles. El capitán se apoyó en una barandilla-. Me pregunto cuánto tiempo más seguirán estas aguas siendo libres a la navegación ahora que ha estallado la guerra entre los reinos del oeste. Tanto Dharijor como Pan Tang fueron famosas en el pasado por sus actividades piratas. Estoy seguro de que no tardarán en volver a ellas con la excusa de la guerra.

Elric asintió levemente, sus pensamientos estaban en algo muy distinto de las perspectivas de la piratería.

Cuando desembarcaron en el puerto de Banarva hacía una tarde helada; Elric no tardó en apreciar signos de que la guerra ensombrecía las tierras de los Reinos Jóvenes. Los rumores abundaban, no se hablaba más que de batallas ganadas y guerreros perdidos. De los chismorrees no logró sacar una impresión clara de cómo marchaba la guerra, excepto que aún no se había producido la batalla decisiva.

Los banarvanos locuaces le contaron que los hombres marchaban por todo el Continente Occidental. De Myyrrhn partían los hombres alados. Desde Jharkor marchaban los Leopardos Blancos, la guardia personal de la reina Yishana, en dirección a Dharijor, mientras que Dyvim Slorm y sus mercenarios avanzaban hacia el norte para salirles al encuentro.

Dharijor era la nación más fuerte del oeste y Pan Tang era un aliado formidable, más por el dominio de las ciencias ocultas de sus gentes que por su número. La otra nación que seguía en fuerzas a Dharijor era Jharkor que, a pesar de tener como aliadas a Tarkesh, Myyrrhn y Shazar, no alcanzaba a igualar la fortaleza de quienes amenazaban la seguridad de los Reinos Jóvenes.

Durante años, Dharijor había esperado la ocasión de salir a la conquista de otros países, y la veloz alianza en su contra había sido llevada a cabo en un esfuerzo por detenerla antes de que llegara a prepararse del todo para esa conquista. Elric ignoraba si ese esfuerzo tendría éxito, y quienes hablaban con él tampoco estaban seguros.

Las calles de Banarva estaban atestadas de soldados y manadas de caballos y bueyes cargados de pertrechos. El puerto estaba lleno de naves de guerra y resultaba difícil encontrar alojamiento, puesto que la mayoría de las posadas y muchas casas particulares habían sido requisadas por el ejército. En todo el Continente Occidental ocurría lo mismo. Por todas partes los hombres se cubrían con sus armaduras, montaban a lomos de poderosos corceles, afilaban sus armas y bajo brillantes estandartes de seda cabalgaban dispuestos a matar y a saquear.

Allí, sin duda, encontraría la batalla de la profecía, pensó Elric. Intentó olvidar su inmenso deseo de conocer noticias de Zarozinia y volvió la mirada sombría hacia el oeste. *Tormentosa* colgaba cual ancla a su costado y la palpaba sin cesar, y aunque le daba la vitalidad de la que gozaba, no podía dejar de odiarla.

Pasó la noche en Banarva y a la mañana siguiente ya había alquilado un buen caballo y cruzaba los pastizales en dirección a Jharkor.

Por un paisaje destrozado por la guerra cabalgaba Elric; en sus ojos carmesíes ardía la rabia al contemplar la desenfrenada destrucción que tenía ante sí. A pesar de que durante años había vivido gracias a su espada y de que había cometido asesinatos, robos y destrozos, le disgustaba la insensatez de las guerras como aquélla, de los hombres que se mataban entre sí por los motivos más vagos. No le daba pena la matanza ni odiaba a los asesinos; se diferenciaba demasiado de los hombres corrientes como para preocuparse en exceso por lo que hacían. Sin

embargo, a su manera y de un modo torturado, era un idealista que, por faltarle la paz y la seguridad en sí mismo, detestaba las escenas de lucha que aquella guerra ponía ante sus ojos. Sabía que sus antepasados también se habían mantenido al margen como él, aunque no por ello habían dejado de deleitarse al contemplar los conflictos de los hombres de los Reinos Jóvenes, observándolos a distancia y juzgándose por encima de tales actividades, por encima del marasmo de sentimientos y emociones en medio del cual luchaban aquellos nuevos hombres. Durante diez mil años los emperadores hechiceros de Melniboné habían gobernado este mundo, una raza sin conciencia ni credo moral, que no necesitaba justificar sus actos de conquista, que no buscaba excusas para sus maliciosas tendencias naturales. Pero Elric, el último representante de la línea directa de emperadores, no era como ellos. Era capaz de ser cruel y la magia negra no conocía la piedad, sin embargo podía amar y odiar con más violencia que ninguno de sus antepasados. Tal vez aquellas fuertes pasiones habían sido la causa de que rompiera con su tierra natal y se dedicara a viajar por el mundo para compararse con aquellos nuevos hombres, puesto que no podía encontrar a nadie en Melniboné que compartiera sus sentimientos. Precisamente la acción de las fuerzas idénticas y opuestas del amor y el odio le había impulsado a regresar para vengarse de su primo Yyrkoon, que había sumido a Cymoril, la prometida de Elric, en un sueño mágico y usurpado el reinado de Melniboné, la Isla Dragón, último territorio del perdido Brillante Imperio. En su ciega búsqueda de la venganza, y auxiliado por una flota de saqueadores, Elric había arrasado Imrryr, destruido la Ciudad de Ensueño y desperdigado para siempre a la raza que la había fundado, de modo que los últimos supervivientes eran mercenarios que vagaban por el mundo para vender sus armas al mejor postor. El amor y el odio le habían impulsado a matar a Yyrkoon, que merecía la muerte, y, sin quererlo, también a Cymoril, que no la merecía. El amor y el odio. Surgían en él en ese momento, en que el humo acre le picaba la garganta, mientras dejaba atrás a un grupo disperso de aldeanos que huían sin rumbo fijo de las depredaciones de las tropas dharijorianas que se habían aventurado hasta aquella parte de Tarkesh, donde habían encontrado escasa resistencia de los ejércitos del rey Hilran de Tarkesh, el grueso de cuyas fuerzas estaban concentradas más al norte, preparándose para la batalla definitiva.

Elric cabalgaba cerca de las Marcas Occidentales, junto a la frontera jharkoriana. En tiempos mejores vivieron allí corpulentos cosechadores y habitantes de los bosques. Pero los bosques habían sido quemados y eran una masa negra y las cosechas se habían perdido.

El viaje, que fue veloz pues no perdió tiempo, le llevó a atravesar uno de los bosques donde los restos de los árboles proyectaban sus frías siluetas contra el cielo gris y turbulento. Se cubrió con la capucha de la capa de modo tal que le ocultara el rostro casi por completo, y siguió cabalgando bajo la lluvia que comenzó a caer de repente y a golpear los esqueletos de los árboles, barriendo las distantes llanuras y haciendo que el mundo fuera un lugar negro y gris en el que el siseo constante del agua era un sonido lúgubre.

Al pasar ante una casucha en ruinas que era más bien un agujero en la tierra, una voz graznó:

- ¡Lord Elric!

Asombrado de que lo reconociesen, volvió el rostro sombrío en dirección a la voz al tiempo que se quitaba la capucha. Una silueta andrajosa apareció en la abertura del agujero. Le hizo señas para que se acercase. Intrigado, hizo adelantar su caballo hasta la figura y vio que se trataba de un hombre anciano, o de una mujer, no logró precisarlo.

-¿Cómo es que sabes mi nombre?

-En los Reinos Jóvenes eres leyenda. ¿Cómo no reconocer ese rostro blanco y la pesada espada que portas?

-Puede que así sea, pero creo que tras esto hay algo más que un reconocimiento casual. ¿Quién eres y cómo es que conoces la lengua alta de Melniboné? -inquirió Elric, empleando deliberadamente la lengua común.

-Deberías saber que cuantos practican la magia negra utilizan la lengua alta de aquellos que fueron maestros en estas artes. ¿Quieres ser mi huésped durante un instante?

Elric contempló la casucha y sacudió la cabeza. Por naturaleza era melindroso. El despojo humano sonrió, hizo una reverencia burlona y utilizando la lengua común dijo:

- De manera que el poderosísimo lord desdeña aceptar mi humilde morada. ¿Pero acaso no se pregunta por qué el fuego que hace poco arrasó este bosque no me causó daño alguno?

- Sí -dijo Elric, pensativo-, es un enigma interesante. La bruja avanzó hacia él y dijo:

-No hace un mes siquiera vinieron los soldados. Eran de Pan Tang. Jinetes del diablo que llevaban consigo a sus tigres cazadores. Arruinaron las cosechas y quemaron hasta los bosques para que quienes huyeran de ellos no pudieran alimentarse de sus animales y frutos. He vivido en este bosque toda mi vida, practicando la magia y dictando profecías para hacer frente a mis necesidades. Pero cuando vi que los muros de llamas iban a envolverme, grité el nombre de un demonio que conocía... un ser del Caos que últimamente no me había atrevido a invocar. Y vino.

«"Sálvame", le pedí a gritos. "¿Qué harás tú a cambio?", me preguntó el demonio. "Lo que sea", respondí yo. "Entonces, lleva este mensaje de mis amos", me dijo. "Cuando el asesino de su linaje conocido como Elric de

Melniboné pase por aquí, dile que existe un pariente suyo al que no deberá matar y al que hallará en Sequaloris. Si Elric ama a su esposa, desempeñará su papel. Y si lo desempeña bien, su esposa le será devuelta". De modo que grabé el mensaje en mi mente y ahora te lo transmito, tal como juré hacerlo.

- Gracias -dijo Elric-, ¿y qué fue lo qué diste a cambio por el poder de convocar a semejante demonio?

-Qué pregunta, mi alma, claro está. Pero era un alma vieja y de escaso valor. El infierno no podía ser peor que esta existencia.

- ¿Por qué no dejaste que las llamas te quemaran sin trocar tu alma?

-Deseo vivir -repuso el despojo humano volviendo a sonreír-. Ah, la vida es buena. Quizá la mía sea escuálida, pero lo que adoro es la vida que me rodea. En fin, no quiero entretenerte, mi señor, pues te aguardan asuntos de mayor peso.

El despojo humano volvió a hacer una reverencia burlona mientras Elric se alejaba a caballo, intrigado, pero lleno cíe esperanza. Su esposa seguía con vida y estaba a salvo. ¿Pero qué tratos debería hacer para poder recuperarla?

Espoleó con fuerza a su caballo y éste se lanzó al galope en dirección de Sequaloris, en Jharkor. A través del golpetear de la lluvia alcanzó a oír una risita entre dientes burlona y miserable.

Su rumbo no era ya tan vago, y cabalgó a gran velocidad pero con sigilo, evitando a las bandas errantes de invasores, hasta que finalmente las llanuras áridas dieron paso a los exuberantes trigales de la provincia de Sequa, en Jharkor. Al cabo de otro día de cabalgar, Elric entró en la pequeña ciudad amurallada de Sequaloris que hasta ese momento no había sufrido ataque alguno. Allí descubrió que se preparaban para la guerra y recibió unas noticias que le resultaron de gran interés.

Los mercenarios imrryrianos, conducidos por Dyvim Slorm, primo de Elric e hijo de Dyvim Tvar, viejo amigo de Elric, llegarían a Sequaloris al día siguiente.

Entre Elric y los imrryrianos había existido una cierta enemistad, puesto que el albino había sido la causa directa de que se viesen obligados a abandonar las ruinas de la Ciudad de Ensueño y a vivir como mercenarios. Pero aquellos tiempos habían quedado atrás y en dos ocasiones anteriores Elric y los imrryrianos habían luchado en el mismo bando. Por derecho era su jefe y los lazos de la tradición eran muy fuertes en la raza antigua. Elric rogó a Arioco por que Dyvim Slorm tuviera alguna pista sobre el paradero de su esposa.

Al día siguiente, a las doce, el ejército mercenario entró tambaleándose en la ciudad. Elric se reunió con ellos en las puertas de la ciudad. Los guerreros imrryrianos estaban visiblemente cansados del largo viaje e iban cargados con el botín puesto que antes de que Yishana los mandara llamar, habían asaltado Shazar, cerca de los Pantanos de la Bruma. Los imrryrianos se diferenciaban de las demás razas por sus rostros ahusados, sus ojos rasgados y los pómulos salientes. Eran pálidos y delgados y el cabello largo y suave les caía sobre los hombros. Las finas prendas que vestían no eran robadas, sino de diseño melnibonés; eran brillantes telas de oro, azules y verdes, metales de delicada artesanía con estampados intrincados. Llevaban lanzas de puntas largas y de sus costados pendían estilizadas espadas. Iban montados arrogantemente en sus caballos, convencidos de su superioridad sobre los demás mortales y, al igual que Elric, su belleza sobrenatural hacía que no pareciesen del todo humanos.

El albino fue al encuentro de Dyvim Slorm, y sus ropas oscuras contrastaron con las de los imrryrianos. Llevaba una chaqueta negra de cuero acolchado, con cuello alto, sujeta con un cinturón sencillo y ancho del que colgaban un puñal y *Tormentosa.* Recogía el cabello blanco lechoso con una cinta de bronce negro y sus pantalones y sus botas también eran negros. Todo aquel negro hacía resaltar aún más la blancura de su piel y sus brillantes ojos carmesíes.

Desde su silla de montar, Dyvim Slorm hizo una reverencia demostrando apenas una ligera sorpresa.

-Primo Elric, entonces el presagio era cierto.

- ¿Qué presagio, Dyvim Slorm?

-El de un halcón... el ave que representa tu nombre, si no recuerdo mal.

Entre los melniboneses existía la costumbre de identificar a los recién nacidos con aves por ellos elegidas; Elric había escogido el halcón, un ave de rapiña.

-¿Qué fue lo que te dijo, primo? -preguntó Elric, expectante.

-Me dio un mensaje de lo más intrigante. Acabábamos de salir de los Pantanos de la Bruma cuando vino a posarse sobre mi hombro y me habló en una lengua humana. Me pidió que viniera a Sequaloris porque aquí encontraría a mi rey. Desde Sequaloris hemos de viajar juntos para unirnos al ejército de Yishana y el resultado de la batalla, ya sea que ganemos o perdamos, resolvería a partir de entonces la dirección de nuestros destinos, ahora enlazados. ¿Logras entender algo, primo?

-Un poco -repuso Elric, ceñudo-. Anda, vamos, he reservado un sitio para ti en la posada. Te contaré cuanto sé mientras nos bebemos una copa de vino. Si es que en esta aldea perdida logramos encontrar un vino decente. Necesito ayuda, primo; toda la que pueda conseguir, porque Zarozinia ha sido raptada por agentes sobrenaturales, y

tengo la sensación de que esto y las guerras no son más que dos elementos de un juego más complicado.

-Entonces vayamos a esa posada. Me has picado la curiosidad. Este asunto adquiere ahora mayor interés. ¡Primero halcones y presagios, ahora raptos y luchas! Me pregunto qué más vamos a encontrar.

Seguidos por los imrryrianos, que apenas eran unos cien guerreros, pero endurecidos por la vida como forajidos, Elric y Dyvim Slorm recorrieron las calles empedradas con dirección a la posada. Una vez, allí, Elric expuso a su primo cuanto sabía.

Antes de contestarle Dyvim Slorm bebió su vino, posó cuidadosamente la copa sobre la mesa, y frunciendo los labios, dijo:

-Tengo la corazonada de que somos marionetas de una lucha entre los dioses. Por más que empeñemos nuestra sangre, nuestra carne y nuestras voluntades, no podemos ver el conflicto más grande a excepción de unos pocos detalles.

-Es posible que así sea -dijo Elric, impaciente - , pero me enfurece que me hayan implicado y exijo que liberen a mi esposa. No tengo ni idea de por qué los dos juntos hemos de negociar su regreso, y tampoco imagino qué tenemos nosotros que puedan querer quienes la raptaron. Pero si los presagios provienen de los mismos agentes, entonces será mejor que hagamos lo que nos piden, por el momento, hasta que veamos todo con mayor claridad. Entonces, quizá, podamos actuar siguiendo nuestras propias voluntades.

-Sabia decisión -dijo Dyvim Slorm-, yo te apoyo. -Sonrió ligeramente y añadió-: Aunque no me guste, supongo.

- ¿Dónde se encuentra el ejército de Dharijor y Pan Tang? - preguntó Elric-. Oí decir que lo estaban reuniendo.

-Está reunido ya... y marcha hacia aquí. La inminente batalla decidirá quién gobierna las tierras occidentales. Estoy comprometido a luchar del lado de Yishana, no sólo porque nos ha contratado para ayudarla, sino porque me pareció que si los perversos señores de Pan Tang dominan estas naciones, la tiranía se abatirá sobre ellas y ese dominio se erigirá en una amenaza para la seguridad del mundo entero. Es triste que un melnibonés tenga que enfrentarse a tales problemas. -Sonrió irónicamente y prosiguió-: Aparte de eso, no me gustan estos hechiceros engreídos, pues lo que pretenden es emular al Brillante Imperio.

-Es verdad -reconoció Elric-. Constituyen una cultura insular, igual que la nuestra. Son magos y guerreros, como lo fueron nuestros antepasados. Pero su magia es menos saludable que la nuestra. Nuestros antepasados cometieron verdaderas barbaridades, sin embargo, era algo natural en ellos. Estos recién llegados, más humanos que nosotros, han pervertido su humanidad, algo que nosotros jamás tuvimos en el mismo grado. No volverá a existir otro Brillante Imperio, ni su poder durará más de diez mil años. Es ésta una era nueva, Dyvim Slorm, nueva en más de un sentido. Está a punto de surgir la era de la magia sutil. Los hombres encuentran ahora nuevos medios de controlar la fuerza natural.

-Nuestra ciencia es muy antigua -convino Dyvim Slorm-, tanto que guarda poca relación con los hechos presentes. Nuestra lógica y nuestro aprendizaje se adecuan más al pasado...

-Creo que estás en lo cierto -dijo Elric, cuyas emociones eran tan variadas que no se adaptaban ni al presente, ni al pasado, ni al futuro-. Por lo tanto, es apropiado que seamos vagabundos, porque en este mundo no hay sitio para nosotros.

Bebieron en silencio, de mal humor; sus mentes ocupadas en temas filosóficos. A pesar de ello, los pensamientos de Elric regresaban continuamente a Zarozinia y al temor por lo que podía haberle ocurrido. La inocencia de aquella muchacha, su vulnerabilidad y su juventud habían sido, al menos en cierta medida, su salvación. El amor protector que le inspiraba le había ayudado a no reflexionar demasiado sobre su propia vida llena de avatares y la compañía de Zarozinia había aliviado su melancolía. El extraño poema de la criatura muerta vagaba aún en su memoria. Sin duda, el poema se había referido a una batalla, y el halcón que Dyvim Slorm había visto también había hablado de una. Seguramente la batalla sería la que se produciría entre las fuerzas de Yishana y las de Sarosto de Dharijor y Jagreen Lern de Pan Tang. Si quería encontrar a Zarozinia, entonces debería acompañar a Dyvim Slorm y tomar parte en el conflicto. Aunque podía perecer, imaginó que lo mejor era obedecer cuanto mandaban los presagios, de lo contrario podría perder incluso la ligera posibilidad de volver a ver a Zarozinia. Se volvió hacia su primo y le dijo:

-Mañana te acompañaré, y utilizaré mi espada en la batalla. Por lo demás, tengo la sensación de que Yishana necesitará cuanto guerrero encuentre para hacer frente al Teócrata y sus aliados.

Dyvim Slorm asintió y luego dijo:

-Estarán en juego no sólo nuestro destino sino el de las naciones...

3

Diez hombres terribles conducían sus carruajes dorados hacia el pie de una negra montaña que vomitaba fuego azul y rojo y se sacudía en un espasmo destructivo.

Por todo el globo, las fuerzas de la naturaleza se mostraban igual de agitadas y rebeldes. Aunque pocos lo notaran, la tierra estaba cambiando. Los Diez sabían por qué, y conocían a Elric y sabían que ese conocimiento los vinculaba a él.

Anochecía y el cielo estaba teñido de un tono púrpura pálido; el sol pendía cual globo ensangrentado sobre las montañas, pues finalizaba el verano. En los valles, las cabañas ardían al caer la lava hirviente sobre sus tejados de paja.

Sepiriz, el hombre que conducía el primer carruaje, vio como los aldeanos huían en confusa multitud, cual hormigas a las que les hubieran destruido el nido. Se volvió hacia el hombre de azul armadura que iba tras él y sonrió casi con alegría.

-Mira cómo corren -le dijo-. Mira cómo corren, hermano. ¡Ay, qué júbilo... las fuerzas que aquí actúan!

-Es bueno haberse despertado en esta época -convino su hermano elevando su voz por encima del rugido del volcán.

La sonrisa desapareció de los labios de Sepiriz y sus ojos se entrecerraron. Azotó a sus dos caballos con un látigo de cuero de toro haciendo brotar la sangre de los flancos de los negros corceles que se lanzaron a galope tendido montaña abajo.

En la aldea, un hombre vio llegar a los Diez. Gritando como un poseso manifestó su temor en una advertencia:

-El fuego los ha echado de la montaña. ¡Escondeos... huid!

Han despertado los hombres del volcán... ahí vienen. Los Diez han despertado según la profecía... ¡es el fin del mundo!

En ese momento, la montaña escupió otra bocanada de roca hirviente y lava llameante que alcanzó al hombre, que cayó al suelo y murió gritando horriblemente. Su muerte fue innecesaria, pues los Diez no estaban interesados en él ni en los suyos.

Sepiriz y sus hermanos cruzaron la aldea al galope mientras las ruedas cíe sus carruajes traqueteaban por las calles y los cascos de sus caballos retumbaban.

A sus espaldas, la montaña rugía.

- ¡Hacia Nihrain! -gritó Sepiriz-. Deprisa, hermanos, pues tenemos mucho por hacer. ¡Hemos de rescatar del Limbo una espada y encontrar a dos hombres que la lleven a Xanyaw!

Le embargó la alegría al ver que a su alrededor temblaba la tierra y al oír el crepitar de las llamas y el estampido de las rocas. Su cuerpo negro brillaba, y en él se reflejaban las llamas de las casas incendiadas. Los caballos tiraban de sus arneses arrastrando el carruaje corcoveante a toda velocidad, sus cascos se movían con tal rapidez que apenas se los veía tocar el suelo y parecía que volasen.

Tal vez así fuera, pues los corceles de Nihrain eran famosos por ser diferentes de los caballos corrientes.

En aquel momento saltaron hacia adelante para atravesar una garganta y embocar un sendero de montaña por el que se dirigieron hacia el Abismo de Nihrain, la antigua casa de los Diez, en la que no habitaban desde hacía dos mil años. Sepiriz volvió a reír. Él y sus hermanos se enfrentaban a una tremenda responsabilidad, porque aunque no debían lealtad alguna ni a los hombres ni a los dioses, eran los portavoces del Destino, lo cual permitía que sus cráneos inmortales almacenaran unos conocimientos horrendos.

Durante siglos habían permanecido dormidos en su aposento de la montaña, viviendo cerca del corazón dormido del volcán gracias a que el calor y el frío extremados les afectaban muy poco. La explosión de rocas los había despertado y sabían que había llegado su hora, la hora que habían esperado durante milenios.

Por eso Sepiriz cantaba embargado de alegría. Por fin a él y a sus hermanos les iban a permitir interpretar la última función, en la que participarían también dos melniboneses, los dos miembros supervivientes de la Línea Real del Brillante Imperio.

Sepiriz sabía que estaban vivos, tenían que estarlo, porque sin ellos, los designios del Destino serían imposibles. Pero a Sepiriz no se le escapaba que en la tierra había seres con tanto poder que podían engañar al Destino. Sus esbirros estaban en todas partes, sobre todo entre la nueva raza de hombres, pero también contaban como armas con los espíritus necrófagos y los demonios.

Esto hacía más difícil su tarea.

¡Pero en ese momento se dirigían a Nihrain! A la ciudad derruida y desde allí tirarían de los hilos del destino para tejer una red más fina. Aún les quedaba un poco de tiempo, pero se les estaba acabando; y el Tiempo, el desconocido, era quien lo regía todo...

Los pabellones de la reina Yishana y sus aliados estaban apiñados alrededor de una serie de pequeñas colinas boscosas. Los árboles impedían que fueran vistos a una cierta distancia y no había ningún fuego encendido que pudiese delatarlos. El gran ejército se mantenía lo más silencioso posible. Los batidores iban y venían con información sobre las posiciones del enemigo, al tiempo que estaban alertas por si descubrían espías.

Pero Elric y sus imrryrianos entraron en el campamento sin ser molestados, pues el albino y sus hombres eran fácilmente reconocibles y era bien sabido que los temibles mercenarios melniboneses habían decidido ayudar a Yishana.

-En vista del viejo vinculo que me. une a ella, será mejor que le presente mis respetos a la reina Yishana -le dijo Elric a Dyvim Slorm-, pero no quiero que se entere de la desaparición de mi esposa, de lo contrario, podría ponerme trabas. Le diré sencillamente que he venido a ayudarla por amistad.

Dyvim Slorm asintió, Elric dejó que su primo se ocupara de los preparativos del campamento y se marchó inmediatamente a la tienda de Yishana donde la reina lo esperaba con impaciencia.

Al entrar el albino, la reina no le dejó ver su mirada. La mujer tenía un rostro amplio y sensual en el que comenzaban a notarse las señales de la vejez. Tenía una larga cabellera negra y brillante. Sus pechos eran grandes y las caderas más anchas de lo que Elric recordaba. Estaba sentada en una silla acolchada y la mesa que tenía delante se veía atestada de mapas de batalla y materiales de escritura, pergaminos, tinta y plumas.

-Buenos días, lobo -dijo ella con una leve sonrisa que era a la vez sardónica y provocativa-. Mis exploradores me informaron que venías hacia aquí junto con tus compatriotas. Es agradable. ¿Has abandonado quizá a tu nueva mujer para regresar a placeres más sutiles?

-No -repuso él.

Se quitó la pesada capa de montar y la lanzó sobre un banco.

-Buenos días, Yishana. No cambias. Tengo la leve sospecha de que Theleb K'aarna, ese mago de Pan Tang amante tuyo, te dio a beber las aguas de la Vida Eterna antes de morir.

-Es posible. ¿Qué tal marcha tu matrimonio?

-Bien -repuso él. La reina se acercó más a él y notó el calor de su cuerpo.

- Qué decepción -dijo sonriendo irónicamente.

Y se encogió de hombros. Habían sido amantes en dos ocasiones, a pesar de que Elric era parcialmente responsable de la muerte del hermano de la reina durante la incursión sobre Imrryr. La muerte de Dharmit de Jharkor había permitido que ella accediera al trono y, como era mujer ambiciosa, la noticia no le había causado excesiva tristeza. Sin embargo, Elric no tenía ningún deseo de reanudar la relación.

Se refirió de inmediato a la cuestión de la inminente batalla.

-Veo que te preparas para algo más que una escaramuza. ¿Con qué fuerzas cuentas y cuáles son las posibilidades que tienes de vencer?

-Tengo a mis Leopardos Blancos -repuso-, quinientos guerreros selectos que corren veloces como corceles, son fuertes como pumas y feroces como tiburones cegados por la sangre. Están adiestrados para matar y eso es lo único que conocen. Dispongo además del resto de mis tropas, la infantería y la caballería, con unos ochenta lords al frente. La mejor parte de la caballería proviene de Shazar, son jinetes salvajes pero como luchadores son inteligentes y bien disciplinados. Tarkesh envió pocos hombres, pues tengo entendido que el rey Hilran necesitaba defender sus fronteras del sur de un vasto ataque. Pero dispongo de casi mil quinientos soldados de infantería y unos doscientos hombres montados de Tarkesh. En total creo que podemos reunir en el campo unos seis mil guerreros adiestrados. También lucharán los siervos y los esclavos, pero sólo nos servirán para hacer frente a la matanza inicial y morirán en la primera parte de la batalla.

Elric asintió. Se trataba de tácticas militares corrientes.

- ¿Qué me dices del enemigo?

-Somos superiores en número, pero traen a los Jinetes del Diablo y tigres de caza. Disponen, además, de algunas bestias que llevan en jaulas, pero no sabemos de qué tipo de animales se trata, puesto que las jaulas van tapadas.

-He oído decir que los hombres de Myyrrhn vuelan hacia aquí. Deben de darle mucha importancia a este asunto como para que abandonaran sus aguileras.

-Si perdemos esta batalla -dijo ella con tono grave-, el Caos se apoderaría de la tierra y gobernaría sobre ella. Todos los oráculos de aquí a Shazar dicen lo mismo, que Jagreen Lern no es más que el instrumento de amos menos naturales, que recibe el auxilio de los Señores del Caos. ¡No estamos luchando sólo por nuestras tierras,

Elric, sino por la raza humana!

-Entonces, espero que ganemos -dijo el albino.

Acompañado de sus capitanes, Elric pasó revista al ejército. Dyvim Slorm estaba a su lado; llevaba la dorada camisa abierta sobre su cuerpo delgado y su aire era confiado y arrogante. Había allí soldados endurecidos que provenían de muchas campañas menores; hombres bajos, de rostros morenos provenientes de Tarkesh, que llevaban gruesas armaduras, y tenían el pelo y la barba negros y engrasados. Habían llegado los hombres alados y semidesnudos de Myyrrhn, con sus ojos pensativos, sus rostros de halcón y las enormes alas plegadas sobre las espaldas; se les veía tranquilos, dignos y callados. Los comandantes shazarianos también estaban presentes; vestían chaquetas grises, pardas y negras, y llevaban armaduras de bronce. Con ellos iba el capitán de los Leopardos Blancos de Yishana, un hombre de largas piernas, cuerpo compacto y cabello rubio recogido sobre la nuca poderosa, que vestía una armadura plateada con el blasón de un leopardo, albino como Elric, rampante y gruñón.

Se acercaba el momento de la batalla...

Bajo el amanecer gris, los dos ejércitos avanzaron cada uno desde los extremos de un ancho valle, flanqueado de bajas colinas boscosas.

El ejército de Pan Tang *y* Dharijor subió por el valle cual negra marea de metal para encontrarse con el enemigo. Elric, que todavía iba sin armadura, los vio acercarse, mientras su caballo coceaba la hierba. Dyvim Slorm, que iba a su lado, señaló y exclamó:

- ¡Mira, ahí van los conspiradores, el de la izquierda es Sarosto y el de la derecha, Jagreen Lern!

Los jefes iban a la cabeza de su ejército mientras unos estandartes de seda negra ondeaban sobre sus yelmos. El rey Sarosto y su delgado aliado, el aguileño Jagreen Lern, que llevaba una brillante armadura escarlata que parecía estar al rojo vivo, y quizá lo estuviera. En el yelmo llevaba el Penacho de Tritón de Pan Tang, pues sostenía estar emparentado con los habitantes del mar. La armadura de Sarosto carecía de brillo, era de un tono amarillo sucio, y estaba blasonada con la Estrella de Dharijor, sobre la cual aparecía la Espada que según la historia había sido portada por Atarn, el constructor de ciudades, antepasado de Sarosto.

Tras ellos, inmediatamente visibles, iban los Jinetes del Diablo de Pan Tang, montados en sus reptiles de seis patas que, según se decía, eran producto de la magia. Atezados y con expresiones introspectivas en sus caras afiladas, ceñidos a la cintura y sin envainar llevaban sables largos y curvos. Agazapados entre ellos iban unos cien tigres de caza, adiestrados como perros, con largos colmillos y garras capaces de desgarrar a un hombre hasta los huesos de un solo zarpazo. Tras el ejército que avanzaba hacia ellos, Elric alcanzó a ver los techos de las misteriosas jaulas. Se preguntó qué extrañas bestias irían en ellas.

Yishana gritó entonces una orden.

Las flechas de los arqueros formaron una sonora nube negra en el cielo cuando Elric condujo a la primera carga de la infantería colina abajo al encuentro de los carros del ejército enemigo. Le amargaba el hecho de verse obligado a arriesgar la vida, pero si deseaba descubrir el paradero de Zarozinia, estaba obligado a desempeñar el papel que le había sido asignado y rogar por que saliera con vida de aquel trance.

El grueso de la caballería siguió a la infantería con la orden de hacer lo posible por rodear al enemigo. De un lado se veían imrryrianos de brillantes uniformes y shazarianos de broncíneas armaduras. Del otro lado, galopaban tarkeshitas de azules armaduras con brillantes plumas rojas, purpúreas y blancas, llevando las lanzas en ristre, y jharkorianos de doradas armaduras, que llevaban largos espadones desenvainados. En el centro de la falange de avanzada de Elric marchaban a paso largo los Leopardos Blancos de Yishana y la reina en persona cabalgaba bajo su estandarte, tras la primera falange, al frente de un batallón de caballeros.

Se abalanzaron sobre el enemigo, cuyas flechas se elevaron al cielo para caer estrepitosamente sobre los yelmos o penetrar con un ruido sordo en la carne.

Los gritos de guerra hirieron el plácido amanecer cuando las tropas bajaron veloces por las laderas y entraron finalmente en combate.

Elric se encontró enfrentado al delgado Jagreen Lern, y el vociferante Teócrata hizo frente al ataque de *Tormentosa* con una rodela rojo fuego que logró protegerlo; este detalle probaba que el escudo estaba preparado para hacer frente a las armas encantadas.

Jagreen Lern contrajo el rostro en una sonrisa maliciosa cuando reconoció a Elric y le dijo:

-Me habían dicho que estarías aquí, albino. ¡Te conozco Elric, y conozco tu destino!

-Al parecer, son demasiados los hombres que conocen mi destino mejor que yo -repuso el albino-. Pero tal vez si te mato, Teócrata, logre arrancarte el secreto antes de que mueras.

- ¡Pues no! No son ésos los planes de mi amo.

-¡Pero sí los míos!

Volvió a arremeter contra Jagreen Lern, pero una vez más, la espada gritó de rabia al ser rechazada. La sintió moverse en su mano, pues *Tormentosa* era un arma casi dotada de vida; notó como palpitaba de frustración, porque normalmente, el acero forjado en el infierno podía partir el metal mejor templado.

Jagreen Lern llevaba en la enguantada mano izquierda una enorme hacha de guerra que revoleó apuntando a la cabeza desprotegida del corcel de Elric. Aquello resultaba extraño, puesto que se encontraba en una posición que le permitía golpear al albino. Elric tiró de las riendas para que su caballo apartara la cabeza, esquivó el golpe y volvió a cargar contra el pecho de Jagreen Lern con la espada en ristre. La espada rúnica chilló al no poder perforar la armadura. El hacha de guerra volvió a hender el aire y Elric tuvo que levantar su acero para protegerse; asombrado, se vio lanzado hacia atrás por la fuerza del golpe, y a duras penas logró controlar su cabalgadura, pues uno de sus pies había resbalado del estribo.

Jagreen Lern volvió a golpear al caballo de Elric y le partió la cabeza; el animal, con los ojos desorbitados, cayó al suelo de rodillas en medio de un charco de sangre y sesos, y murió.

Despojado de su cabalgadura, Elric se incorporó con dificultad y se dispuso a recibir el siguiente golpe de Jagreen Lern.

Pero para su asombro, el rey–hechicero se dio la vuelta para internarse en el fragor de la batalla.

- ¡Es una pena que tu vida no me pertenezca para poder acabar con ella, albino! Es una prerrogativa de otras fuerzas. Puede que si vives, y resultamos vencedores, vuelva a buscarte.

Fue tal el asombro de Elric, que no logró entender el sentido de aquella actitud; desesperado, miró a su alrededor buscando otro caballo y vio un corcel dharijoriano, con la cabeza y las manos bien protegidas por una abollada armadura negra, que corría desbocado alejándose del terreno de lucha.

Saltó velozmente y aferró una de las riendas, detuvo al animal, colocó un pie en un estribo y se izó sobre la silla, que resultaba incómoda para un hombre sin armadura. De pie en los estribos, Elric condujo al corcel de vuelta a la batalla.

A mandobles se abrió paso a través de los caballeros enemigos, matando ora a un Jinete del Diablo, ora a un tigre de caza que se abalanzaba sobre él con las fauces abiertas, ora a un comandante dharijoriano, ora a dos soldados que lo golpeaban con sus alabardas. Su corcel reculaba como un monstruo, y ¿1 lo obligaba desesperadamente a acercarse hacia el estandarte de Yishana hasta que alcanzó a divisar a uno de los heraldos.

El ejército de Yishana luchaba con bravura, pero había perdido la disciplina. Si se deseaba que fuese efectivo, había que reagruparlo.

-¡Haz volver a la caballería! -aulló Elric-. ¡Haz volver a la caballería!

El joven heraldo levantó la vista. En ese momento sufría el terrible acoso de dos Jinetes del Diablo. La distracción le costó cara; fue espetado en la espada de un Jinete del Diablo y lanzó gritos agónicos cuando los dos hombres lo remataron.

Lanzando una maldición, Elric se acercó un poco y golpeó a uno de los atacantes en el costado de la cabeza. El hombre fue derribado de su cabalgadura y cayó en el fango. El otro Jinete se volvió para encontrarse con la punta aulladora de *Tormentosa* murió gritando cuando la espada rúnica se bebió su alma.

El heraldo que había muerto sobre la silla de montar llevaba el cuerpo plagado de cortes. Elric se inclinó hacia adelante, arrancó el cuerno ensangrentado que colgaba del cuello del cadáver, se lo llevó a los labios y llamó a repliegue a la caballería; por el rabillo del ojo notó que los jinetes se volvían. Vio entonces que el estandarte comenzaba a caer y advirtió que su portador había muerto. Se irguió en la silla, agarró el asta en la que flameaba la brillante bandera de Jharkor y empuñándola en una mano, con el cuerno en la boca, intentó reagrupar a sus fuerzas.

Lentamente, los restos del vapuleado ejército se fueron reuniendo a su alrededor. Una vez hubo tomado el control de la batalla, Elric hizo lo único que podía, siguió el curso de acción que podía salvarles a todos.

Le arrancó al cuerno una nota larga y lastimera. En respuesta a la llamada, se oyó el batir de pesadas alas y entonces los hombres de Myyrrhn se elevaron por los aires.

Al ver aquello, el enemigo abrió las puertas de las misteriosas jaulas.

Elric gimió desesperado.

Un extraño ulular precedió la aparición de búhos gigantescos que se elevaron al cielo en vuelo circular. Se trataba de unas criaturas que incluso en Myyrrhn, su tierra de origen, se tenían por extinguidas.

El enemigo se había preparado para recibir un ataque por aire y, por algún medio desconocido, habían materializado a los antiquísimos enemigos de los hombres de Myyrrhn.

Ligeramente desalentados por aquella inesperada aparición, los hombres de Myyrrhn, armados de largas lanzas,

atacaron a los enormes pájaros. Los guerreros que luchaban en tierra recibieron un aguacero de sangre y plumas. De lo alto comenzaron a caer cadáveres de hombres y pájaros, que fueron a aplastar a la infantería y a la caballería que había debajo.

En medio de esa confusión, Elric y los Leopardos Blancos de Yishana se abrieron paso hacia el enemigo para reunirse con Dyvim Slorm y sus imrryrianos, el resto de la caballería tarkeshita, y unos cien shazarianos, que habían logrado sobrevivir. Elric miró hacia el cielo y comprobó que la mayoría de los búhos gigantes habían sido destruidos, y apenas un puñado de hombres de Myyrrhn había sobrevivido a la batalla aérea. Los pocos que quedaban, después de haber hecho lo que pudieron frente a los búhos, volaban en círculos, disponiéndose a abandonar la batalla. Estaba claro que eran conscientes de la inutilidad de todo aquello.

Mientras las fuerzas se reagrupaban, Elric le gritó a Dyvim Slorm:

- ¡La batalla está perdida... ahora aquí mandan Sarosto y Jagreen Lern!

Dyvim Slorm levantó su larga espada y lanzó a Elric una mirada de asentimiento y le gritó:

- ¡Si hemos de vivir para cumplir con nuestro destino, será mejor que nos apresuremos a salir de aquí! No tenían más alternativas.

- ¡Para mí, la vida de Zarozinia es más importante que ninguna otra cosa! -aulló Elric-. ¡Hemos de analizar nuestra situación!

El peso de las fuerzas enemigas era como un torno que aplastaba a Elric y a sus hombres. El albino llevaba la cara cubierta de sangre de un golpe que había recibido en la frente. Le nublaba la vista y se veía obligado a llevarse la mano izquierda a la cara para enjugársela. Le dolía el brazo derecho al levantar una y otra vez a *Tormentosa* para traspasar y cercenar cuerpos desesperadamente, porque aunque el temible acero tenía vida propia y era casi inteligente, no lograba suministrar a su amo la vitalidad que necesitaba para permanecer alerta. En cierto modo, Elric se alegraba de ello, pues detestaba a la espada rúnica, a pesar de que dependía de la fuerza que de ella extraía. El tipo especial de albinismo que padecía lo dejaba normalmente apático y débil.

De *Tormentosa* fluía un veneno maligno que hacía algo más que matar a los contrincantes de Elric, les bebía el alma, parte de cuyas fuerzas pasaba al monarca melnibonés.

Las filas enemigas retrocedieron y comenzaron a desplegarse dejando paso a unos animales que se acercaron corriendo. Eran animales de brillantes ojos rojos y fauces llenas de colmillos. Animales con garras.

Los tigres cazadores de Pan Tang.

Los caballos relincharon cuando los tigres se abalanzaron sobre ellos para despedazarlos, desmontar a los jinetes y lanzarse a las gargantas de sus víctimas. Los tigres alzaban los hocicos ensangrentados y miraban a su alrededor en busca de una nueva presa. Aterradas, las fuerzas de Elric retrocedieron dando voces. Gran parte de los caballeros tarkeshitas comenzó a huir del campo de batalla, precipitando con ello la desbandada de los jharkorianos, cuyos corceles galopaban enloquecidos, y la huida de los pocos shazarianos que aún seguían montados. Al poco tiempo, sólo Elric, sus imrryrianos *y* unos cuarenta Leopardos Blancos hicieron frente al poder de Dharijor y Pan Tang.

Elric levantó el cuerno y tocó retirada; hizo recular a su negro caballo y salió a galope tendido en dirección al valle, seguido de los imrryrianos. Pero los Leopardos Blancos siguieron peleando hasta el final. Yishana había dicho que lo único que sabían era matar. Evidentemente, también sabían morir.

Elric y Dyvim Slorm condujeron a los imrryrianos valle arriba, en parte agradecidos de que los Leopardos Blancos les cubrieran la retirada. El melnibonés no había visto a Yishana desde el comienzo de la lucha con Jagreen Lern. Se preguntó qué habría sido de ella.

Al doblar en un recodo del valle, Elric comprendió el plan de batalla de Jagreen Lern y su aliado: en el extremo opuesto del valle se había reunido un ejército de soldados y caballeros con el fin de cortarles la retirada.

Sin reflexionar, Elric espoleó a su caballo obligándolo a subir por las laderas de las colinas; sus hombres lo siguieron y todos fueron ascendiendo agazapados para evitar las ramas bajas de los abedules, mientras los dharijorianos se lanzaban sobre ellos desplegados para impedir que huyesen.

Elric obligó a su caballo a volverse y comprobó que los Leopardos Blancos continuaban luchando agrupados alrededor del estandarte de Jharkor, entonces se encaminó en esa dirección, sin abandonar las colinas. Cabalgó sobre la cima de las colinas seguido de Dyvim Slorm *y* un puñado de imrryrianos; luego se lanzaron a galope tendido hacia campo abierto perseguidos por los caballeros de Dharijor y Pan Tang. Era evidente que habían reconocido a Elric y deseaban matarlo o bien capturarlo.

A lo lejos, Elric vio que los tarkeshitas, shazarianos y jharkorianos que antes habían huido habían escogido la misma ruta que él. Pero ya no cabalgaban unidos, sino en desbandada.

Elric y Dyvim Slorm huyeron hacia el oeste a través de terreno desconocido, mientras los demás imrryrianos, para distraer a los perseguidores, cabalgaban hacia el noreste, en dirección a Tarkesh donde, quizá, lograrían

ponerse a salvo durante unos días.

Se había perdido la batalla. Los esbirros del mal habían resultado vencedores y en las tierras de los Reinos Jóvenes del oeste se iniciaba así una era de terror.

Días más tarde, Elric, Dyvim Slorm, dos imrryrianos, un comandante tarkeshita llamado Yedn−pad−Juizev, que tenía una herida grave en el costado, y Orlon, un soldado de la infantería shazariana que había logrado rescatar con vida un caballo, se encontraban temporalmente a salvo y avanzaban a duras penas sobre sus cabalgaduras en dirección a un grupo de montañas de estilizados picos que se elevaban cual una masa negra contra el cielo enrojecido del atardecer.

Llevaban horas sin decir palabra. Yedn−pad−Juizev se estaba muriendo y nada podían hacer por él. Él también lo sabía y no esperaba nada, simplemente se limitaba a cabalgar con los demás para no quedarse solo. Para ser tarkeshita era muy alto; la pluma escarlata de su abollado yelmo azul continuaba agitándose; llevaba el peto roto y manchado con su sangre y la de otros. Su barba era negra y el aceite la hacía brillar; su nariz era como un risco saliente en la roca de su rostro de soldado y tenía los ojos vidriosos. Aguantaba bien el dolor. A pesar de que estaban impacientes por alcanzar la relativa seguridad de la cadena de montañas, los demás seguían el ritmo de su caballo, en parte por respeto y en parte por la fascinación que les producía el hecho de que un hombre lograse aferrarse a la vida durante tanto tiempo.

Cayó la noche y una enorme luna amarilla colgaba del cielo, sobre las montañas. El cielo estaba completamente despejado y las estrellas brillaban. Los guerreros hubieran deseado que la noche fuera oscura y tormentosa, porque de ese modo habrían obtenido un mayor refugio de las sombras. Pero como era clara, sólo les quedaba abrigar la esperanza de alcanzar pronto las montañas antes de que los tigres de caza de Pan Tang descubriesen sus huellas y acabaran muriendo bajo las letales garras de aquellas temibles bestias.

Elric se encontraba de un talante sombrío y pensativo. Durante un cierto tiempo, los conquistadores cíe Dharijor y Pan Tang estarían ocupados con la consolidación del imperio recién conquistado. Tal vez ello daría origen a rencillas internas, tal vez no. De todos modos, no tardarían en volverse muy poderosos y en convertirse en una amenaza para la seguridad de las otras naciones de los continentes del sur y del este.

A pesar de que todo esto ensombreciera el destino del mundo entero, para Elric significaba muy poco puesto que todavía no lograba ver con claridad cómo llegaría hasta Zarozinia. Recordó la profecía de la criatura muerta, parte de la cual se había hecho ya realidad. Pero aun así significaba poco. Sintió como si algo lo empujara constantemente hacia el oeste, como si tuviera la obligación de adentrarse más y más en las tierras poco pobladas que había después de Jharkor. ¿Estaría allí su destino? ¿Se encontrarían allí los raptores de Zarozinia? *Más allá del mar se está urdiendo una batalla. Más allá de la batalla fluirá la sangre...*

¿Había fluido ya la sangre, o debía fluir aún? ¿Cuál sería la gemela que llevaba Dyvim Slorm, deudo de Elric? ¿Cuál sería el que no debía seguir con vida?

¿Acaso el secreto se encontraba en las montañas que se alzaban allá á lo lejos?

Continuaron cabalgando bajo la luna, y por fin llegaron a una garganta. En mitad de su extensión encontraron una cueva en la que entraron a descansar.

Por la mañana, un ruido que se produjo fuera de la cueva despertó a Elric. De inmediato desenvainó a *Tormentosa* y se arrastró hasta la entrada de la cueva. Lo que vio le hizo envainar la espada y llamar en voz baja al hombre maltrecho que cabalgaba garganta arriba en dirección a la cueva.

- ¡Aquí, heraldo! ¡Somos amigos!

El hombre era uno de los heraldos de Yishana. Llevaba el abrigo hecho jirones y la armadura completamente aplastada contra el cuerpo. Iba sin espada ni yelmo; era un hombre joven, demacrado por el cansancio y la desesperación. Levantó la mirada y en su rostro se reflejó el alivio cuando reconoció a Elric.

-Mi señor Elric... me dijeron que os habían matado en el campo de batalla.

-Me alegra que lo hicieran, de ese modo, es menos probable que nos persigan. Ven, entra.

Los demás ya estaban todos despiertos, excepto uno. Yedn−pad−Juizev había muerto durante la noche, mientras dormía. Orozn bostezó y señalando el cadáver con un pulgar comentó:

-Si no encontramos comida pronto, sentiré la tentación de comerme a nuestro amigo muerto.

El hombre miró a Elric en busca de una respuesta a la broma, pero al ver la expresión del albino, se avergonzó y se retiró al fondo de la cueva mientras protestaba y pateaba piedras sueltas.

Elric se apoyó contra la pared de la cueva, cerca de la entrada, y preguntó al heraldo:

-¿Qué noticias traes?

-Muy negras, mi señor. De Shazar a Tarkesh prevalece la más espantosa de las miserias y el acero y el fuego asolan las naciones cual impía tormenta. Hemos sido conquistados por completo. Sólo quedan algunas pequeñas

bandas de hombres que siguen luchando sin mayores esperanzas contra el enemigo. Algunos de nuestros paisanos hablan ya de convertirse en bandidos y atacarse los unos a los otros, ya veis lo desesperado de la situación.

-Es lo que ocurre cuando los aliados extranjeros son derrotados en terreno amigo -dijo Elric asintiendo - . ¿Qué ha sido de la Reina Yishana?

-Triste ha sido su destino, mi señor. Vestida de metal, luchó contra cientos de hombres antes de expirar, con el cuerpo partido en trozos por la fuerza de su ataque. Sarosto se llevó su cabeza como recuerdo y la agregó a sus otros trofeos, entre los que se encuentran las manos de Karnarl, su medio hermano que osó oponérsele en el asunto de la alianza con Pan Tang, y los ojos de Penik de Nargesser, que encabezó el alzamiento en contra de él en esa provincia. El Teócrata Jagreen Lern ordenó que los demás prisioneros fuesen torturados hasta morir y colgados de cadenas por todo el territorio como advertencia para los posibles insurrectos. ¡Esos dos son unos impíos, mi señor!

Elric apretó los labios al oír todo esto. Comenzaba a darse cuenta de que su única posibilidad de huida se encontraba en el oeste, pues si regresaba, los conquistadores no tardarían en encontrarlo. Se volvió hacia Dyvim Slorm. El imrryriano llevaba la camisa hecha pedazos y el brazo izquierdo cubierto de sangre reseca.

-Al parecer nuestro destino se encuentra en el oeste -le dijo en voz baja.

-Entonces démonos prisa -repuso su primo-, estoy impaciente por acabar con esto y saber si viviremos o pereceremos en esta empresa. De nuestro encuentro con el enemigo no hemos logrado más que perder el tiempo.

-Yo he ganado algo -dijo Elric, recordando su primera lucha con Jagreen Lern-. He logrado saber que Jagreen Lern está relacionado de algún modo con el rapto de mi esposa... y si tuvo algo que ver en ello, me vengaré sea como sea.

-Démonos prisa, pues -dijo Dyvim Slorm-. Vayamos hacia el oeste.

4

Aquel día se internaron más en las montañas, evitando a las pocas partidas de caza enviadas por los conquistadores, pero los dos imrryrianos, al saber que sus jefes estaban realizando un viaje especial, se marcharon en otra dirección. El heraldo fue hacia el sur para esparcir sus lúgubres noticias, de modo que sólo quedaron Elric, Dyvim Slorm y Orozn. La compañía de Orozn no les resultaba nada grata, pero decidieron soportarla.

Al cabo de un día, Orozn desapareció y Elric y Dyvim Slorm se internaron mas en los negros riscos, pasando por cañones altos y opresivos y recorriendo estrechos senderos.

Las montañas estaban nevadas, la nieve blanca resaltaba contra el fondo oscuro y llenaba las gargantas convirtiendo los senderos en peligrosas trampas resbaladizas. Una tarde, llegaron a un lugar donde las montañas daban paso a un amplio valle; descendieron con dificultad hasta él, dejando en la nieve las negras cicatrices de sus huellas; los caballos despedían nubecillas de humo y su aliento se elevaba blanco en el aire frío.

Observaron que en el valle había un jinete que cabalgaba hacia ellos. Como sólo era uno, nada temieron, de modo que esperaron a que se les acercase. Para su sorpresa, era Orozn, que iba vestido con ropas nuevas de piel de lobo y cuero de venado. Los saludó en tono amistoso.

-He venido a buscaros. Debéis de haber tomado un camino más difícil que yo.

-¿De dónde vienes? -inquirió Elric; su rostro estaba tenso y la piel tirante hacía resaltar sus pómulos. Sus brillantes ojos carmesíes le hacían asemejar más que nunca a un lobo. El destino de Zarozinia era un peso que no abandonaba su mente.

-Hay un poblado aquí cerca. Venid, os llevaré hasta él.

Siguieron a Orozn durante un trecho; oscurecía, y el sol poniente teñía de rojo las montañas, cuando alcanzaron el extremo opuesto del valle, donde se alzaban unos cuantos abedules, y un poco más arriba, un grupo de abetos.

Orozn los condujo hasta ese bosquecillo.

De la oscuridad salieron vociferando unos doce hombres atezados, poseídos por el odio, y algo más. En las manos que más bien parecían garras empuñaban las armas. Por las armaduras, los hombres provenían de Pan Tang. Debieron de haber capturado a Orozn y lo persuadieron para que condujera a Elric y a su primo hasta aquella emboscada.

Elric hizo girar a su corcel y retrocedió.

-¡Orozn, nos has traicionado!

Pero Orozn siguió cabalgando. Se volvió una sola vez, su rostro pálido torturado por la culpa. Pero después, apartó la vista de Elric y de Dyvim Slorm, frunció el ceño y bajó por la colina cubierta de musgo húmedo para internarse en la aullante oscuridad de la noche.

Elric sacó a *Tormentosa* del cinturón, aferró la empuñadura, bloqueó un golpe de una maza con remaches de bronce, deslizó la espada por el mango de la maza y le rebanó los dedos a su atacante. El albino y Dyvim Slorm no tardaron en quedar rodeados, pero Elric siguió peleando, mientras *Tormentosa* cantaba su salvaje canción de muerte.

Pero los dos imrryrianos seguían débiles a causa de los rigores de sus pasadas aventuras. Ni siquiera la maligna fuerza de *Tormentosa* bastaba para revitalizar a Elric por lo que el albino sintió miedo, pero no de los atacantes, sino del hecho de que estaba destinado a morir o ser capturado. Tenía la sensación de que aquellos guerreros nada sabían del papel desempeñado por su amo en la profecía, y que tampoco se daban cuenta de que, de momento, él no debía morir.

Mientras continuaba luchando, decidió que, en realidad, se iba a cometer un gran error...

-¡Arioco! -El miedo le hizo invocar al dios demonio de Melniboné-. ¡Arioco, ayúdame! ¡Sangre y almas por tu ayuda! Pero aquella entidad intratable no envió su ayuda.

La larga espada de Dyvim Slorm alcanzó a un hombre justo debajo del gorjal y le atravesó la garganta. Los demás jinetes de Pan Tang se le echaron encima pero se vieron obligados a retroceder ante el torbellino de su espada.

- ¿Para qué adoramos a semejante dios si casi siempre decide por puro capricho? -preguntó Dyvim Slorm a

gritos.

- ¡Quizá crea que ha llegado nuestra hora! -le contestó Elric mientras su espada rúnica se bebía la vida de otro enemigo.

Perdiendo rápidamente las fuerzas, continuaron luchando hasta que un nuevo sonido se elevó por encima del entrechocar de las armas; era el sonido de carros y de unos gemidos.

Entonces cayeron sobre todos ellos; eran unos hombres negros con bonitas facciones y bocas orgullosas de finos labios. Sus magníficos cuerpos iban medio desnudos bajo las capas de zorro blanco que volaban tras ellos; lanzaban sus jabalinas con una tremenda precisión a los asombrados hombres de Pan Tang.

Elric desenvainó la espada dispuesto a luchar o a huir.

- ¡Éste es el que buscamos... el de la cara pálida! -gritó uno de los aurigas negros al ver a Elric.

Los carros se detuvieron, y los enormes corceles comenzaron a patear el suelo y a resollar. Elric se acercó al jefe del grupo.

-Os estoy agradecido -le dijo medio cayéndose de la silla por la debilidad. Volvió los hombros encorvados y añadió-: Al parecer me conocéis... es la tercera vez en mi viaje que me encuentro con alguien que me reconoce sin que yo pueda devolverle el cumplido.

El jefe del grupo tironeó de su capa de zorro para cubrirse el pecho desnudo y sonrió son sus finos labios.

-Me llamo Sepiriz y no tardarás en conocerme. En cuanto a ti, te conocemos desde hace miles de años. Elric, ¿no eres acaso el último rey de Melniboné?

-Es verdad.

-Y tú -dijo Sepiriz dirigiéndose a Dyvim Slorm-, eres primo de Elric. Sois los dos últimos representantes del linaje de Melniboné.

-Así es -convino Dyvim Slorm; la curiosidad se le reflejaba en los ojos.

-Esperábamos a que pasarais por aquí. Había una profecía...

- ¿Vosotros sois los raptores de Zarozinia? -inquirió Elric llevando la mano a la espada.

-No -repuso Sepiriz sacudiendo la cabeza-, pero podemos decirte dónde está. Cálmate. Aunque me hago cargo de la agonía por la que estarás pasando, podré explicaros mejor cuanto sé si volvemos a nuestros dominios.

-Antes dinos quiénes sois -exigió Elric.

-Ya nos conoces -dijo Sepiriz sonriendo levemente-, creo... o al menos conoces nuestra existencia. En la primera época del Brillante Imperio entre tus antepasados y mi pueblo existió una cierta amistad. -Hizo una pausa antes de continuar-: ¿Has oído, quizá en Imrryr, unas leyendas que hablan de los Diez de las montañas? ¿De los Diez que duermen en la montaña de ruego?

-Muchas veces -repuso Elric conteniendo el aliento-. Ahora te reconozco por las descripciones. Pero se dice que dormís durante siglos en la montaña de fuego. ¿Por qué estáis merodeando de este modo, lejos de vuestro lugar?

-Una erupción nos obligó a salir de la casa que tenemos en el volcán, que permaneció inactivo durante dos siglos. Últimamente, la tierra ha experimentado muchos de estos movimientos naturales. Supimos entonces que había llegado el momento de volver a despertarnos. Éramos siervos del Destino, y nuestra misión está fuertemente ligada al tuyo. Te traemos un mensaje del raptor de Zarozinia... y otro de una fuente distinta. ¿Nos acompañarás ahora al Abismo de Nihrain para enterarte de cuanto podemos decirte?

Elric reflexionó durante un instante, luego levantó su cara pálida y dijo:

-Me urge clamar mi venganza, Sepiriz. Pero si lo que vas a contarme facilitará mi propósito, iré contigo.

- ¡Andando, pues!

El negro gigante tiró de las riendas de su caballo e hizo que el carro diera la vuelta.

El viaje hasta el Abismo de Nihrain duró un día y una noche; se trataba de un lugar donde había una enorme fisura abierta en las montañas, al que nadie osaba acercarse; poseía un significado sobrenatural para quienes habitaban cerca de las montañas.

El arrogante nativo de Nihrain apenas habló durante el viaje y por fin, cuando llegaron al Abismo, descendieron con los carros por un empinado sendero serpenteante que se internaba en las oscuras profundidades.

A unos setecientos metros de la superficie ya no penetraba la luz, pero delante de ellos vieron la luz vacilante de unas antorchas que iluminaban parte de un fantástico mural tallado y revelaban una abertura en la roca. Mientras guiaban a sus caballos para que continuaran descendiendo, vieron detalladamente la aterradora ciudad de Nihrain, que los extranjeros llevaban muchos siglos sin atisbar. Allí vivían los últimos habitantes de Nihrain; eran diez hombres inmortales de una raza más antigua que la de Melniboné, y poseían una historia de veinte mil años.

Por encima de ellos, talladas siglos antes en la piedra viva, se elevaban columnas gigantescas, enormes estatuas y amplios balcones de varios niveles. En la parte frontal del abismo aparecían ventanas de treinta metros de altura y extensos escalones. Los Diez condujeron sus carros amarillos a través de una puerta imponente y entraron en las

cavernas de Nihrain, que aparecían enteramente tapizadas de extraños símbolos y murales aún más extraños. Los esclavos, que habían despertado de un sueño de siglos para atender a sus amos, se les acercaron a la carrera. Ni siquiera ellos guardaban un gran parecido con los hombres que Elric conocía.

Sepiriz le entregó las riendas a un esclavo mientras Elric y Dyvim Slorm desmontaban, mirando a su alrededor asombrados.

-Y ahora -les dijo-, vayamos a mis aposentos donde os informaré de lo que queréis saber... y os diré qué debéis hacer.

Conducidos por Sepiriz, los deudos avanzaron a grandes zancadas nerviosas por las galerías y entraron en una amplia estancia llena de esculturas oscuras. En esa estancia, dispuestos en círculos, había varios fuegos que ardían en enormes parrillas. Sepiriz instaló su enorme corpachón en una silla y les hizo señas para que ocuparan otras dos similares, talladas en bloques de ébano. Cuando se hubieron sentado ante uno de los fuegos, Sepiriz inspiró profundamente mirando a su alrededor, recordando quizá su historia reciente.

Molesto por aquel despliegue despreocupado, Elric dijo con impaciencia:

- Perdóname, Sepiriz..., pero prometiste transmitirnos tu mensaje.

-Es verdad -admitió Sepiriz-, pero es tanto lo que debo contaros que he de hacer una pausa para ordenar mis pensamientos. - Se acomodó en la silla antes de proseguir, y finalmente dijo-: Sabemos dónde está tu esposa, y sabemos también que se encuentra a salvo. No le harán daño puesto que van a devolverla a cambio de algo que tú posees.

-Entonces cuéntame toda la historia -pidió Elric, desolado.

-Éramos amigos de tus antepasados, Elric. Y también éramos amigos de quienes los suplantaron, los que forjaron la espada que llevas.

Elric se sintió interesado a pesar de su ansiedad. Durante años había intentado deshacerse de la espada rúnica, pero jamás lo había logrado. Todos sus intentos habían fallado y todavía necesitaba llevarla, aunque con las medicinas lograba ya gran parte de sus fuerzas.

-¿Estarías dispuesto a deshacerte de tu espada, Elric? -inquirió Sepiriz.

-Sí..., es de todos sabido.

-Entonces, escucha esta historia: Sabemos para quién y para qué fue forjada la espada, así como su gemela. Fueron hechas con un fin especial y para hombres especiales. Sólo los melniboneses pueden llevarlas, y de ellos sólo los de sangre real.

-La historia y la leyenda melnibonesas no mencionan que las espadas deban tener un fin especial -aclaró Elric inclinándose hacia adelante.

-Hay secretos que no conviene desvelar -repuso Sepiriz tranquilamente-. Esas espadas fueron forjadas para destruir a un grupo de seres muy poderosos. Entre ellos se encuentran los Dioses Muertos.

-Los Dioses Muertos..., pero por su mismo nombre deberías saber que perecieron hace siglos.

- «Perecieron» como tú dices. En términos humanos están muertos. Pero eligieron morir, eligieron deshacerse de la forma material y lanzar su materia viva en la negrura de la eternidad, porque en aquellos días estaban llenos de temor.

Elric no alcanzaba a concebir realmente cuanto Sepiriz le describía, pero aceptó lo que el nihrainiano decía y siguió escuchando.

-Uno de ellos regresó -dijo Sepiriz.

- ¿Por qué?

-Para buscar, a cualquier precio, dos cosas que lo amenazan tanto a él como a sus compañeros... Dondequiera que se encuentren, todavía pueden resultar dañados por estas cosas.

-¿Y cuáles son?

-Tienen la apariencia terrenal de dos espadas, con tallas rúnicas, de naturaleza mágica... *Enlutada* y *Tormentosa.*

- ¡Ésta! -exclamó Elric tocando su espada-, ¿Por qué iban los dioses a tener miedo de mi espada? Además, la otra fue a parar al Limbo junto con mi primo Yyrkoon, al que maté hace muchos años. Se ha perdido.

-Eso no es verdad. Nosotros la recuperamos... era parte del designio que el Destino nos tenía guardado. La tenemos aquí, en Nihrain. Las espadas fueron forjadas para tus antepasados, que las utilizaron para deshacerse de los Dioses Muertos. Las forjaron otros herreros no humanos que también eran enemigos de los Dioses Muertos. Estos herreros se vieron obligados a combatir el mal con mal, aunque ellos no estaban comprometidos con el Caos, sino con la Ley. Forjaron las espadas por diversos motivos... liberar al mundo de los Dioses Muertos era sólo uno de ellos.

-¿Y los otros motivos?

-Los conocerás en su debido momento... pues nuestro vínculo no acabará hasta que se haya verificado todo el destino. Estamos obligados a no revelar los otros motivos hasta que llegue el instante oportuno. Elric, tienes un destino peligroso que no envidio.

- ¿Cuál es el mensaje que tienes? -preguntó Elric, impaciente.

-Debido al alboroto creado por Jagreen Lern, uno de los Dioses Muertos ha podido regresar a la tierra, tal como te he explicado. Ha reunido a algunos acólitos. Ellos raptaron a tu esposa.

Elric sintió que una profunda desesperación se apoderaba de él. ¿Acaso debía desafiar a un poder como aquél?

- ¿Por qué...? -inquirió con un hilo de voz.

-Darnizhaan sabe que para ti Zarozinia es muy importante. Y quiere trocarla por las dos espadas. En este asunto no somos más que mensajeros. Hemos de entregarte la espada que custodiamos o bien a ti o a Dyvim Slorm, porque por derecho pertenece a la familia real. Las condiciones de Darnizhaan son simples. Enviará a Zarozinia al Limbo a menos que tú le entregues las espadas que amenazan su existencia. La muerte de tu esposa, no sería una muerte como la que nosotros conocemos, sino que sería desagradable y eterna.

-Y si acepto hacer lo que me pide, ¿qué ocurriría?

-Volverían todos los Dioses Muertos. ¡El poder de las espadas es lo único que les impide hacerlo!

-¿Y qué ocurriría si los Dioses Muertos regresaran?

-Sin la presencia de los Dioses Muertos, el Caos amenaza con conquistar el planeta, pero con ellos, sería invencible y su efecto sería inmediato. El mal arrasaría el mundo. El Caos sumiría a esta tierra en un infierno maloliente, lleno de terror y destrucción. Ya has tenido ocasión de ver con tus propios ojos lo que está sucediendo, y piensa que Darnizhaan acaba de regresar.

-¿Te refieres a la derrota de los ejércitos de Yishana y a la conquista por. parte de Sarosto y Jagreen Lern?

-Exactamente. Jagreen Lern ha hecho un pacto con el Caos, con todos los Señores del Caos, no sólo con los Dioses Muertos, pues el Caos teme los planes que el Destino tiene guardados para el futuro de la tierra y está dispuesto a impedir que se lleven a cabo, para ello es preciso que domine nuestro planeta. Los Señores del Caos ya tienen una fuerza considerable sin la ayuda de los Dioses Muertos. Darnizhaan debe ser destruido.

-Sepiriz, es una decisión imposible. Si entrego a *Tormentosa,* probablemente podría sobrevivir con hierbas y cosas parecidas. Pero si la entrego a cambio de Zarozinia, entonces el Caos gozará de una total libertad para hacer cuanto le plazca y yo tendré un horrible crimen en mi conciencia.

-Eres tú quien ha de decidir.

Elric reflexionó un momento pero no se le ocurrió ninguna solución al problema.

-Tráeme la otra espada -ordenó finalmente.

Sepiriz volvió a reunirse con ellos poco después, portando una espada envainada que no parecía muy diferente de *Tormentosa.*

- Dime, Elric, ¿queda explicada entonces la profecía? -inquirió, sin soltar a *Enlutada.*

-Sí... aquí está la gemela de la que llevo. Pero la última parte... ¿adonde hemos de ir?

-Te lo diré dentro de un momento. Aunque los Dioses Muertos y las fuerzas del Caos saben que poseemos la espada hermana, ignoran a quién servimos realmente. El Destino, tal como te he dicho ya, es nuestro amo, y él ha hilado para esta tierra una trama que sería difícil de alterar. Pero podría ser alterada, por ello se nos ha encomendado vigilar que el Destino no sea engañado. Estás a punto de ser sometido a una prueba. Tu actuación durante esa prueba y la decisión que tomes nos indicarán qué hemos de decirte cuando regreses a Nihrain.

-¿Deseas que regrese aquí?

-–Sí.

-Entrégame a *Enlutada* -le ordenó Elric.

Sepiriz le entregó la espada y Elric se quedó allí de pie con una espada gemela en cada mano, como sopesando algo entre las dos.

Ambos aceros gimieron al reconocerse y sus fuerzas recorrieron el cuerpo del albino dándole la sensación de estar hecho de un fuego duro como el acero.

-Ahora que empuño a las dos, recuerdo que sus fuerzas son mayores de lo que imaginaba. Cuando están juntas poseen una cualidad que quizá podamos utilizar contra este Dios Muerto. -Frunció el ceño y añadió-: Pero ya os diré más dentro de un instante. -Miró fijamente a Sepiriz y le pidió-: Y ahora dime dónde está Darnizhaan.

-En el Valle de Xanyaw, en Myyrrhn. Elric entregó a *Enlutada* a Dyvim Slorm, que la aceptó cautelosamente.

-¿Cuál será tu decisión? -inquirió Sepiriz.

-¿Quién sabe? -respondió Elric con amarga alegría-. Quizá exista un modo de derrotar a este Dios Muerto...

-Pero te diré una cosa, Sepiriz... si se me presenta la ocasión, haré que ese Dios se arrepienta de haber venido,

porque ha hecho lo único que puede causarme verdadera ira. ¡Y la ira de Elric de Melniboné y de su espada Tormentosa puede destruir el mundo!

Sepiriz se levantó de su silla y enarcó las cejas.

-¿Y a los dioses, Elric, puede destruir a los dioses?

5

Elric cabalgó como si fuese un cuervo gigantesco, rígido y desolado sobre el potente lomo del corcel nihrainiano. Su rostro sombrío parecía una máscara que ocultara sus emociones y sus ojos carmesíes ardían cual ascuas en sus hundidas cavidades. El viento le azotaba el cabello pero él continuaba erguido en la silla, con la vista al frente, y una mano de largos dedos agarrotada alrededor de la empuñadura de *Tormentosa.*

De vez en cuando, Dyvim Slorm, que llevaba a *Enlutada* con orgullo y cautela a la vez, oyó que su espada le gemía a su hermana y la sintió estremecerse a su costado. Sólo más tarde comenzó a preguntarse en qué lo convertiría la espada, qué iba a darle y a exigirle. Después de estos pensamientos, se cuidó muy bien de no posar la mano en su acero.

Cerca de las fronteras de Myyrrhn fueron abordados por un grupo de mercenarios dharijorianos, que en realidad eran jharkorianos nativos vestidos con las ropas de sus conquistadores. Eran unos brutos indeseables, que no sabían a qué se arriesgaban interponiéndose en el camino de Elric. Condujeron sus cabalgaduras hacia los dos jinetes, con amplias sonrisas en sus labios. Las plumas negras de sus yelmos se agitaban, las correas de sus armaduras crujían y el metal entrechocaba. El jefe, un fanfarrón bizco que portaba un hacha en el cinturón, detuvo su corcel delante de Elric.

El caballo del albino se detuvo cuando su amo tiró de las riendas. Inmutable, Elric desenvainó a *Tormentosa* con un ademán limpio y felino. Dyvim Slorm lo imitó, sin dejar de mirar de reojo a los hombres que reían por lo bajo. Se sorprendió al comprobar la rapidez con la que la espada saltó de su vaina.

Entonces, sin haber recibido provocación alguna, Elric comenzó a luchar.

Peleó como un autómata, deprisa, con eficacia, inmutable, dejando caer su espada sobre la hombrera del jefe, asestándole un mandoble que partió al soldado desde el hombro hasta el estómago con un movimiento que arrancó armadura y carne y destrozó el cuerpo pintando una gran abertura roja en el metal negro, y el jefe lloró mientras moría lentamente, despatarrado sobre su caballo antes de deslizarse de la montura con un pie atrapado en el estribo.

Tormentosa ronroneó con un placentero sonido metálico y Elric revoleó la espada a su alrededor, eliminando sin emoción alguna a los jinetes como si estuviesen desarmados y encadenados.

Dyvim Slorm, que no estaba acostumbrado a *Enlutada,* intentó esgrimirla como una espada corriente, pero ella se movió en su mano, asestando mandobles con más destreza que él. Un extraño sentido de poder, a la vez frío y sensual, lo recorrió todo; oyó entonces que su voz gritaba exultante, y entonces se dio cuenta de lo que debían de haber sido sus antepasados en la guerra.

La lucha pronto tocó a su fin; dejando tendidos en el suelo a los cadáveres sin alma, continuaron viaje y no tardaron en llegar a la tierra de Myyrrhn. Ambas espadas habían probado juntas la sangre.

Elric estaba en mejores condiciones para pensar y actuar con coherencia, pero no podía compartir este hecho con−Dyvim Slorm, por lo que continuó cabalgando sin dirigirle la palabra a su primo, que iba a su lado, frustrado porque no solicitaban su ayuda.

Elric dejó que su mente vagara en el tiempo, ciñendo el pasado, el presente y el futuro para formar con ellos un todo, un diseño. Al no ser partidario de la forma, sospechaba de los diseños, porque no le inspiraban confianza. Para él, la vida era caótica, imprevisible, dominada por el azar. Por lo tanto, era un truco, una ilusión de la mente, el que se pudiera ver en ella un diseño.

Sabía unas cuantas cosas, pero no juzgaba.

Sabía que llevaba una espada que física y psicológicamente necesitaba llevar. Reconocía de forma inequívoca que había en él una debilidad, una falta de confianza en sí mismo y en la filosofía de la causa y el efecto. Se tenía por un hombre realista.

Cabalgaron a través de la noche sombría, en medio de un terrible viento.

A medida que fueron acercándose al Valle de Xanyaw, el cielo, la tierra y el aire se llenaron de una música pesada y palpitante. Una melodía sensual de grandes acordes subía y bajaba, y siguiendo su ritmo, llegaron los de rostro blanco.

Cada uno de ellos llevaba una capucha negra y una espada que en el extremo se dividía en tres lengüetas curvas. Todos lucían una sonrisa estática en el rostro. La música los seguía cuando se acercaron corriendo como posesos a los dos hombres que sofrenaban sus caballos, conteniendo las ganas de dar media vuelta y huir. Elric había visto

muchos horrores en su vida, había visto cosas que habrían hecho enloquecer a otros, pero por algún motivo desconocido, aquellos jinetes le produjeron mayor estupor que ninguna de sus horribles experiencias anteriores. A simple vista eran hombres corrientes... pero se trataba de unos hombres poseídos por un espíritu impío.

Preparados para defenderse, Elric y Dyvim Slorm desenvainaron las espadas y esperaron el choque, pero éste no se produjo. La música y los hombres pasaron al lado de ellos y siguieron camino en la misma dirección que llevaban.

De repente, en el cielo, oyeron un batir de alas, un chillido y un lamento fantasmal. Dos mujeres aparecieron a toda carrera. Cuando las vio, Elric se sintió turbado al comprobar que pertenecían a la raza alada de Myyrrhn, pero que sus alas habían desaparecido. A diferencia de una mujer que Elric recordaba, a éstas les habían arrancado las alas. Sin prestar atención a los dos jinetes, las mujeres desaparecieron internándose en la noche, con la mirada perdida y las caras enloquecidas.

- ¿Qué ocurre, Elric? -gritó Dyvim Slorm, volviendo a envainar su espada rúnica, mientras que con la otra mano luchaba por controlar el corcoveo de su caballo.

-No lo sé. ¿Qué es lo que puede ocurrir en un lugar donde vuelven a reinar los Dioses Muertos?

Todo era confusión y alboroto; la noche estaba plagada de horrores y movimiento.

- ¡Vamos! -ordenó Elric golpeando el lomo de su cabalgadura con la espada.

El caballo partió al galope y se internó en la terrible noche.

Mientras se adentraban en el Valle de Xanyaw, una carcajada poderosa los saludó. El valle estaba sumido en una oscuridad más negra que la pez y plagado de amenazas, hasta las colinas parecían dotadas de vida. Aminoraron el paso al perder el sentido de la orientación, y Elric tuvo que llamar a su primo, para asegurarse de que seguía a su lado. Volvió a oírse el eco de la carcajada, que rugía en la oscuridad haciendo temblar la tierra. Era como si el planeta entero riese presa de irónica hilaridad ante sus esfuerzos por dominar sus miedos y seguir avanzando por el valle.

Elric se preguntó si no lo habrían traicionado y si aquélla no sería una trampa que le tendían los Dioses Muertos. ¿Qué prueba tenía de que Zarozinia estaba allí? ¿Por qué se había fiado de Sepiriz? Algo le rozó la pierna al pasar a su lado y llevó la mano a la empuñadura de su espada, listo para desenvainarla.

De pronto, de la tierra misma, salió disparada hacia el cielo oscuro una enorme figura que les cerró el paso. Ante ellos, con los brazos en jarras, envuelto en una luz dorada, con su cara de simio mezclada con otra forma que le daba dignidad y una cierta grandeza, el cuerpo vivo y danzante en medio del color y la luz, con la boca sonriente de gozo y sabiduría, se presentó Darnizhaan, el Dios Muerto.

-¡Elric!

- ¡Darnizhaan! -gritó Elric con fuerza, estirando el cuello para ver la cara del Dios Muerto. Ya no sentía miedo-. ¡He venido a buscar a mi esposa!

Reunidos a los pies del Dios Muerto se hallaban sus acólitos, unos seres de labios gruesos y rostros pálidos y triangulares. Llevaban unos bonetes y tenían la mirada perdida de los locos. Soltaban risitas entrecortadas, chillaban y se estremecían bajo la luz del cuerpo hermoso y grotesco de Darnizhaan. Se burlaban de los dos jinetes y les hacían muecas, pero no se movieron del lado del Dios Muerto.

- Sois unos esbirros degenerados y lamentables -les espetó Elric.

-No tan lamentables como tú, Elric de Melniboné -repuso el Dios Muerto soltando una carcajada-. ¿Has venido a negociar o a entregarme en custodia el alma de tu esposa para que pueda pasarse toda la eternidad muriendo?

Elric no permitió que su rostro reflejara el odio que sentía en ese momento.

-Te destruiría, es algo instintivo en mí, pero... El Dios Muerto sonrió casi con pena y repuso:

-Al que hay que destruir es a ti. Eres un anacronismo. Tu Tiempo ha pasado.

-¿Y tú me lo dices, Darnizhaan?

-Yo sí que podría destruirte.

-Pero no lo harás.

Aunque aquel ser le inspiraba un profundo odio, al mismo tiempo, Elric sentía por el Dios Muerto una especie de camaradería que le incomodaba. Ambos representaban una época pasada y ninguno de los dos formaba parte de la nueva tierra.

-Entonces la destruiré a ella -concluyó el Dios Muerto-, Es algo que podría hacer impunemente.

- ¿Dónde está Zarozinia?

Una vez más, la risa potente de Darnizhaan sacudió el Valle de Xanyaw.

- ¿Qué ha sido de los antiguos? Hubo una época en que ningún hombre de Melniboné, sobre todo si pertenecía a la familia real, era capaz de reconocer que le preocupaba el alma de otro mortal, especialmente si pertenecía a la

raza bestial, la nueva raza de la era que llamáis de los Reinos Jóvenes. ¿Pero cómo? ¿Acaso te apareas con los animales, Rey de Melniboné? ¿Dónde está tu sangre, tu sangre cruel y brillante? ¿Dónde está tu gloriosa maldad? Di, Elric.

En Elric se agitaron unas emociones muy peculiares cuando recordó a sus antepasados, los emperadores hechiceros de la Isla Dragón. Se dio cuenta de que el Dios Muerto despertaba expresamente esas emociones, y con esfuerzo logró no dejarse dominar por ellas.

-Eso es cosa del pasado -gritó-, en la tierra ha surgido ahora un nuevo linaje. Pronto se acabará nuestro tiempo... ¡y el tuyo se ha acabado ya!

-No, Elric. Escucha bien lo que voy a decirte y recuérdalo ocurra lo que ocurra. El alba ha concluido y pronto será barrida como hojas muertas por el viento de la mañana. La historia de la tierra no ha comenzado siquiera. Tú, tus antepasados, incluso estos hombres de las nuevas razas, no sois más que un preludio de la historia. Seréis olvidados cuando comience la verdadera historia del mundo. Pero podemos impedirlo, podemos sobrevivir, conquistar la tierra y enfrentarla a los Señores de la Ley, incluso al Destino y al Equilibrio Cósmico... ¡podemos seguir viviendo, pero debes entregarme las espadas!

-No logro entenderte -dijo Elric apretando los labios y rechinando los dientes - . Estoy aquí para negociar o pelear por mi esposa.

-No comprendes -repuso el Dios Muerto con una carcajada-, todos nosotros, dioses y hombres, no somos más que sombras que desempeñan el papel de títeres antes de que comience la verdadera obra. Más te valdrá no enfrentarte a mí... sacarás más partido uniéndote a mí, porque yo sé la verdad. Compartimos un destino común. Ninguno de nosotros existe. La antigua raza está sentenciada, igual que tú, que mis hermanos y yo, a menos que me des esas espadas. No debemos pelearnos, sino compartir el terrible conocimiento que nos ha llevado a la locura. No hay nada, Elric, ni pasado, ni presente, ni futuro. ¡Ninguno de nosotros existe!

- Sigo sin entenderte -replicó Elric sacudiendo la cabeza rápidamente-. No te entendería aunque pudiera hacerlo. Sólo deseo recuperar a mi esposa... ¡no me vengas con intrincados enigmas!

- ¡No! -gritó Darnizhaan soltando otra carcajada-. No tendrás a esa mujer a menos que nos otorgues el control de las espadas. No te das cuenta de sus propiedades. No fueron creadas sólo para destruirnos o exiliarnos... su destino es destruir el mundo tal como lo conocemos. Si te las quedas, Elric, serás responsable de borrar de tu propia memoria a quienes te sucederán.

-Algo que me satisfaría -repuso Elric.

Dyvim Slorm no dijo nada a pesar de que no estaba del todo de acuerdo con Elric. El argumento del Dios Muerto parecía contener una cierta dosis de verdad.

Darnizhaan sacudió su cuerpo haciendo bailar la luz dorada que momentáneamente se esparció por una zona más amplia.

-Quédate con las espadas y será como si ninguno cíe nosotros hubiera existido jamás -dijo, impaciente.

-Así sea -repuso Elric tercamente - , ¿acaso crees que necesito de la memoria para seguir viviendo... del recuerdo del mal, de la ruina y la destrucción? ¿La memoria de un hombre con sangre envenenada en las venas... un hombre al que aplican motes como asesino de amigos, asesino de mujeres y otros parecidos?

- ¡Elric, te han engañado! -exclamó Darnizhaan con tono alarmado, aterrado casi - . En algún momento te han dado una conciencia. Debes unirte a nosotros. Si los Señores del Caos logran establecer su reinado, sobreviviremos. ¡Si no fuera así, seremos destruidos!

- ¡Bien!

-El limbo, Elric. ¡El limbo! ¿No comprendes lo que eso significa?

-No me importa. ¿Dónde está mi esposa?

Elric impidió que su mente reflexionara sobre aquella verdad, se esforzó por anular el terror que le provocaban las palabras del Dios Muerto. No podía permitirse el lujo de escuchar ni de comprender del todo. Debía salvar a Zarozinia.

-He traído las espadas y quiero que me devuelvan a mi esposa.

-Está bien -dijo el Dios Muerto con una amplia sonrisa de alivio-. Al menos si tenemos las espadas en su verdadera forma, lejos de la tierra, es posible que logremos conservar el control del mundo. En tus manos podrían destruirnos no sólo a nosotros, sino a ti también, a tu mundo, a cuanto representas. Las bestias dominarían el mundo durante millones de años antes de que volviese a resurgir la era de la inteligencia. Y sería una época mucho más oscura que la actual. No queremos que esto ocurra. ¡Pero si tú te hubieras quedado con las espadas, todo esto habría ocurrido de un modo casi inevitable!

- ¡Cállate! -gritó Elric-. Para ser dios hablas demasiado. ¡Llévate las espadas y devuélveme a mi esposa!

El Dios Muerto dio una orden y algunos de sus acólitos se alejaron. Elric vio como sus cuerpos brillantes

desaparecían en la oscuridad. Esperó ansiosamente hasta que regresaron; traían con ellos a Zarozinia, que no paraba de luchar. La dejaron en el suelo; Elric notó que en su rostro se reflejaba una mirada atónita.

- ¡Zarozinia!

La muchacha miró a su alrededor antes de que sus ojos descubrieran a Elric. Se disponía a dirigirse hacia él, pero los acólitos la retuvieron riéndose entre dientes.

Darnizhaan tendió dos manos gigantescas y brillantes.

-Antes quiero las espadas.

Elric y Dyvim Slorm se las entregaron. El Dios Muerto se irguió, aferró sus trofeos y expresó su satisfacción con sonoras carcajadas. Zarozinia fue liberada y sollozando corrió a aferrar la mano de su esposo. Elric la cogió entre sus brazos y le acarició el pelo; estaba demasiado conmovido como para pronunciar palabra.

Después, dirigiéndose a Dyvim Slorm, gritó:

- ¡Veamos si nuestro plan funciona, primo! Elric miró a *Tormentosa,* que se debatía en la mano de Darnizhaan.

- *¡Tormentosa!* Kerana soliem, o'glara...

Dyvim Slorm llamó también a *Enlutada* en la Lengua Antigua de Melniboné, la lengua mística que había sido utilizada para componer las runas y levantar a los demonios durante los doscientos siglos de historia de Melniboné.

Juntos manejaron las espadas como si las estuvieran empuñando, y simplemente gritando órdenes, Elric y Dyvim Slorm comenzaron su trabajo. Aquélla era la cualidad de ambas espadas cuando se unían en una lucha común. Los aceros se agitaron en las manos brillantes de Darnizhaan. El Dios Muerto retrocedió; su silueta se tornó borrosa, por momentos era humana, por momentos animal y por momentos adoptaba una forma extraña. Pero era evidente que estaba aterrado.

Las espadas saltaron de sus manos y se volvieron contra él. Luchó contra ellas, esquivando las estocadas que desde el aire le lanzaban, al tiempo que silbaban malévolas y triunfantes, y lo atacaban con una fuerza enloquecida. Respondiendo a una orden de Elric, *Tormentosa* destrozó al ser sobrenatural y *Enlutada* la imitó. Dado que las espadas rúnicas también eran sobrenaturales, Darnizhaan resultó horriblemente herido cada vez que las armas le asestaban un golpe.

- ¡Elric! -rugió-. ¡Elric... no sabes lo que haces! ¡Detenlas! ¡Detenlas! Deberías haber escuchado con más atención cuando te hablé. ¡Detenlas!

Pero era tal el odio que Elric sentía que continuó azuzando a las espadas, obligándolas a enterrarse en el cuerpo del Dios Muerto una y otra vez hasta que su silueta se fue desvaneciendo y sus brillantes colores se fueron apagando. Los acólitos huyeron hacia el valle, convencidos de que su amo estaba condenado. Su señor también lo creía así. Intentó abalanzarse sobre los dos jinetes, pero la materia de la que estaba hecho comenzó a desmoronarse ante el ataque de las espadas; su cuerpo se fue deshaciendo en pedazos y éstos flotaron en el aire para ser tragados por la negra noche.

Elric siguió incitando a las espadas con una saña increíble mientras la voz de Dyvim Slorm se mezclaba con la suya para expresar una cruel alegría ante la destrucción de aquel ser.

- ¡Infelices! -gritó el Dios Muerto-. *¡Al destruirme a mí os estáis destruyendo a vosotros mismos!*

Pero Elric no lo escuchó; cuando ya no quedaba nada del Dios Muerto, las dos espadas volvieron, alegres, a las manos de sus amos.

Elric envainó a *Tormentosa* a toda prisa, sintiendo un repentino estremecimiento.

Desmontó y ayudó a su joven esposa a subir a la grupa de su semental y volvió a montar. En el Valle de Xanyaw reinaba el silencio.

6

Días después, tres personas encorvadas sobre las sillas de montar llegaron al Abismo de Nihrain. Bajaron los sinuosos senderos hasta alcanzar las negras profundidades de la ciudad de montaña y una vez allí, fueron recibidas por Sepiriz, cuyo rostro se mostraba serio, aunque sus palabras fueron alentadoras.

-De modo que lo lograste, Elric -dijo sonriendo levemente.

Elric se detuvo, desmontó y ayudó a Zarozinia a bajarse del caballo. Dirigiéndose a Sepiriz le dijo:

-No estoy demasiado satisfecho con esta aventura, aunque hice lo que debía para salvar a mi esposa. Quisiera hablar contigo en privado, Sepiriz.

El negro nihrainiano asintió con gesto serio y repuso:

-Cuando hayamos comido hablaremos a solas.

Avanzaron cansinamente por una serie de galerías, y al hacerlo notaron que en la ciudad había una actividad mucho más considerable, pero no había señales de los nueve hermanos de Sepiriz... Éste les explicó su ausencia mientras conducía a Elric y sus acompañantes a sus aposentos.

-Como siervos del Destino han sido llamados a otro plano en el que observarán una parte de los varios futuros posibles de la tierra, para así mantenerme informado de lo que debo hacer aquí.

Entraron en los aposentos de Sepiriz y encontraron la comida preparada; cuando hubieron satisfecho su apetito, Dyvim Slorm y Zarozinia dejaron a solas a los otros dos.

El fuego ardía en el gran hogar. Elric y Sepiriz estaban encorvados en sus sillas, sentado el uno al lado del otro, sin decirse palabra.

Finalmente, y sin preámbulos, Elric le refirió a Sepiriz la historia de lo ocurrido, le explicó cuanto recordaba de las palabras del Dios Muerto y cómo le habían turbado al punto de parecerle ciertas.

Cuando hubo concluido, Sepiriz asintió y le dijo:

-Así es. Darnizhaan te dijo la verdad. O al menos te dijo gran parte de la verdad, tal como él la entendía.

- ¿Quieres decir que pronto dejaremos de existir? ¿Que será como si jamás hubiésemos respirado, pensado o luchado?

-Es probable.

- ¿Pero por qué? Me parece injusto.

- ¿Quién te ha dicho que el mundo era justo?

Elric sonrió al ver confirmadas sus propias sospechas.

-Tal como yo esperaba, no hay justicia.

-Sí que la hay -le contradijo Sepiriz-, se trata de una justicia que puede tallarse en el caos de la existencia. El hombre no nació para estar en un mundo de justicia. ¡Pero puede crear un mundo así!

-Me parece bien -dijo Elric-, ¿pero de qué servirían todos nuestros esfuerzos si estamos condenados a morir y los resultados de nuestros actos desaparecerán con nosotros?

-No es exactamente así. Algo continuará. Quienes nos sucedan heredarán algo de nosotros.

-¿Qué?

-Una tierra libre de las principales fuerzas del Caos.

-¿Te refieres a un mundo libre de la brujería?

-No del todo libre de la brujería, pero el caos y la brujería no dominarán el mundo del futuro tal como ocurre en éste.

-Entonces, Sepiriz, por eso sí que merece la pena luchar -dijo Elric casi con alivio-. ¿Y qué papel desempeñan las espadas rúnicas en este esquema?

- Cumplen dos funciones. La primera, liberar al mundo de las fuerzas dominantes del mal...

- ¡Pero si las espadas mismas son el mal!

-Ya lo sé. Pero para luchar contra un mal poderoso hace falta otro mal poderoso. En los días que vendrán, las fuerzas del bien podrán derrotar a las del mal. Pero todavía no son lo bastante fuertes. Y es por eso, como ya te he dicho, por lo que hemos de luchar.

- ¿Cuál es la otra función de las espadas?

- Se trata de su propósito último... tu destino. Ahora puedo contártelo. Debo hacerlo, o bien dejar que sigas tu destino ignorante de todo.

-Entonces cuéntamelo -exigió Elric, impaciente.

- ¡Su propósito último es destruir este mundo!

-Ah, no, Sepiriz -dijo Elric poniéndose en pie-. No puedo creérmelo. ¿Acaso mi conciencia ha de cargar con semejante crimen?

-No es un crimen, está en la naturaleza de las cosas. La edad del Brillante Imperio, incluso la de los Reinos Jóvenes, está tocando a su fin. El Caos formó esta tierra, y ha gobernado desde tiempos inmemoriales. Los hombres fueron creados para poner fin a ese dominio.

- Pero mis antepasados adoraban los poderes del Caos. Arioco, mi demonio protector, es un Duque del Infierno, uno de los principales Señores del Caos.

-Ya. Pero tanto tú como tus antepasados no erais verdaderos hombres, sino un tipo intermedio creado con un fin. Tú comprendes el Caos como ningún hombre verdadero podría hacerlo. Puedes controlar las fuerzas del Caos como ningún hombre verdadero podría hacerlo. Puedes debilitar las fuerzas del Caos, porque conoces las cualidades del Caos. Y eso es precisamente lo que has hecho, debilitar las fuerzas del Caos. Aunque adoraban a los Señores del Azar y el Mal, tu raza fue la primera en imponer un cierto orden en la tierra. Los pueblos de los Reinos Jóvenes han heredado esto de vosotros, y lo han consolidado. Pero, por el momento, el Caos sigue siendo muy fuerte. *Tormentosa* y *Enlutada,* las espadas rúnicas, esta era más ordenada, la sabiduría que tu raza y la mía han alcanzado, todo ello contribuirá a sentar las bases de los verdaderos inicios de la historia de la Humanidad. Esa historia no comenzará hasta dentro de varios miles de años, puede que adopte una forma de vida inferior, puede que se vuelva más bestial antes de experimentar una evolución, pero cuando lo haga, surgirá un mundo libre de las fuerzas del Caos. Un mundo que tendrá ocasión de luchar. Nosotros estamos todos condenados, pero ellos tal vez no.

-De modo que eso era a lo que Darnizhaan se refería cuando me dijo que éramos sólo títeres que desempeñábamos nuestros papeles antes de que comenzara la verdadera obra de teatro... -Elric lanzó un profundo suspiro; el peso de semejante responsabilidad le oprimía el alma. No le hacía ninguna gracia. pero acabó aceptándola.

-Ésa es tu finalidad, Elric de Melniboné -dijo Sepiriz con tono amable - . Hasta ahora, tu vida te ha parecido carente de sentido. Te has pasado todos estos años buscando un fin por el que vivir, ¿no es así?

-Sí -repuso Elric con una leve sonrisa-. Durante muchos años, desde que he nacido, he sentido un cierto desasosiego que ha aumentado mucho más entre el momento en que raptaron a Zarozinia y ahora.

-Es lógico que así fuera -reconoció Sepiriz-, porque existe una finalidad para ti... la finalidad del Destino. Y es ese mismo sentido lo que has presentido durante todos tus días mortales. Tú, el último de la línea real de Melniboné, debes cumplir con tu destino en los tiempos que seguirán a éstos. El mundo se está volviendo oscuro, la naturaleza se rebela ante los abusos a los que los Señores del Caos la han sometido. Los océanos hierven y las selvas oscilan, la lava hirviente surge de mijes de montañas, los vientos rugen su furioso tormento y los cielos están repletos de una terrible conmoción. Sobre la faz de la tierra, los guerreros están enzarzados en una lucha que decidirá el destino del mundo, puesto que esa lucha está conectada con otros conflictos más importantes entre los Dioses. Sólo en este continente, millones de mujeres y niños arden en las piras funerarias. El conflicto no tardará en propagarse a otros continentes–Pronto, todos los hombres de la tierra habrán tomado partido Y puede que el Caos gane fácilmente. Y ganaría si no fuera por una sola cosa: tú y tu espada *Tormentosa* .

- *Tormentosa.* Ya me ha traído muchas tormentas. Tal vez en esta ocasión logre calmar una. ¿Y si ganara la Ley?

- Si ganara la Ley... entonces, eso también significaría el declive y la muerte de este mundo... todos seremos olvidados. Pero si venciera el Caos... entonces la muerte nublará el cielo, el dolor resonará en el viento y la miseria dominará en un mundo inquietante donde imperará la brujería, el odio y el mal. Pero tú, Elric, con tu espada y tu ayuda, podrías impedirlo. Ha de hacerse así.

-Que así sea pues -dijo Elric en voz baja-, si ha de hacerse... que sea bien.

-Los ejércitos serán guiados contra las fuerzas de Pan Tang -dijo Sepiriz-. Han de ser nuestra primera defensa. Después. te llamaremos para que cumplas con el resto de tu destino.

-Desempeñaré mi papel con gusto -replicó Elric-, siquiera sea para devolverle al Teócrata todos sus insultos y las molestias que me ha causado. Si bien es posible que no instigara el rapto de Zarozinia, sino más bien que ayudara a quienes se la llevaron, pero de todos modos, morirá lentamente por ello.

-Vete pues, date prisa, por que cada minuto que pierdas le permitirá al Teócrata consolidar mis el imperio que acaba de ganar.

-Adiós -dijo Elric, más ansioso que nunca por salir de Nihrain y regresar a tierras conocidas - . Sé que volveremos a encontrarnos, Sepiriz, pero ruego por que sea en tiempos más tranquilos que éstos.

Los tres cabalgaron hacia el este, en dirección de la costa de Tarkesh, donde esperaban encontrar un barco secreto que los ayudara a cruzar el Mar Pálido hasta Ilmiora, para pasar desde allí a Karlaak, junto al Erial de los Sollozos. Cabalgaron en sus mágicos corceles nihrainianos sin cuidarse de los peligros, a través de un mundo devastado por la guerra, arruinado y descontento bajo la garra del Teócrata.

Elric y Zarozinia se miraban con frecuencia, pero no se hablaban demasiado, embargados los dos por la certeza de algo sobre lo que no podían hablar, y que no se atrevían a admitir. Ella sabía que aunque regresaran a Karlaak no podrían estar juntos mucho tiempo más, notaba que él sufría y ella sufría también, incapaz de comprender el cambio que había experimentado su esposo, sólo sabía que la espada negra que llevaba a su costado ya no volvería a colgar en el arsenal. Zarozinia sentía que le había fallado, aunque en realidad no era así.

Al llegar a la cima de una colina vieron una columna de denso humo negro elevarse sobre las llanuras de Torauz, otrora hermosa, ahora en ruinas; Dyvim Slorm les gritó desde atrás:

-Una sola cosa, primo... pase lo que pase, hemos de vengarnos del Teócrata y de sus aliados. Elric apretó los labios.

-Sí -repuso, y volvió a mirar a Zarozinia, que en aquel momento tenía los ojos entornados.

Finalmente alcanzaron a divisar el mar, que se extendía hasta el horizonte para encontrarse con el cielo hirviente; fue entonces cuando Elric oyó un grito que provenía de su derecha y al volverse vio que una silueta se dirigía hacia él a todo galope. Aferró la empuñadura de su espada y esperó; Dyvim Slorm y Zarozinia estaban detrás de él. Al reconocer al jinete, sonrió.

-Moonglum, ¿qué haces tú por las tierras occidentales?

El orgulloso pelirrojo aparecía cubierto de polvo por el viaje; obsequió a Elric con una amplia sonrisa al tiempo que detenía su cabalgadura.

-Me he enterado de tus problemas y he venido para ayudarte... pero he encontrado estas tierras sumidas en una guerra sangrienta. No he podido conseguir información precisa en cuanto a tu destino y volvía sobre mis pasos con la esperanza de haber perdido tu rastro en algún punto. ¿Estás al tanto de lo que ocurre en el Sur?

-No. Sólo sé que Jagreen Lern atacará en cuanto pueda.

-Ellos también han llegado a esa conclusión, pero no se ponen de acuerdo sobre cuáles son los mejores medios para hacer frente al ataque. El brusco y honrado de Kargan, Señor del Mar de la Isla de las Ciudades Purpúreas, intentó aliarse a los pomposos Príncipes Mercaderes de las naciones del continente, pero rechazaron su oferta y lo ofendieron. De modo que ahora están divididos. Te necesitan para que los unas, Elric.

-Entonces, será mejor que nos demos prisa por volver a casa -repuso Elric-. Hemos de conseguir embarcarnos en algún navío... ¿Cuál es la situación en los puertos conquistados?

-Muchos han zarpado con rumbo al sur y los capitanes se muestran impacientes por conseguir más, y temen la ira de Jagreen Lern, pero quizá logremos salir airosos.

-Entonces intentémoslo.

Moonglum cabalgó junto a su amigo cuando el reducido grupo partió con rumbo a Nio, el puerto más cercano.

Nio era un pueblecito en el que por esas épocas había poco comercio. Se mantenía principalmente con la pesca, pero algunos mercaderes continuaban acudiendo a él. El grupo se puso en contacto con varios capitanes a los que intentaron sobornar, pero sólo Lans Burta, con antepasados de Pan Tang y Tarkesh, fue lo bastante codicioso como para aceptar. Su rostro pálido se mostró pensativo cuando se enfrentó a los cuatro en una taberna maloliente del puerto.

-Llevaré a la muchacha -dijo-, pero la magia de Jagreen Lern es poderosa, es capaz de oler a un enemigo como tú, mi señor Elric. No me atrevería a llevarte a ti.

-Ella no viajará sola -dijo Elric, decidido, y se alejó de la mesa.

-Entonces que venga uno de ellos -dijo rápidamente Lans Hurta-, él o él -añadió, señalando a Dyvim Slorm y luego a Moonglum.

Moonglum le echó una mirada a Elric y dijo:

- Preferiría ir contigo, Elric, como en el pasado, pero...

- Entonces, Dyvim Slorm escoltará a Zarozinia -dijo Elric asintiendo - . Buscaremos un barco para nosotros, uno de esos barcos de pescadores nos bastará, y nos arriesgaremos a cruzar en él.

-Mi señor, en esta época, las aguas están plagadas de misterios -le advirtió Lans Burta frunciendo el ceño-. La influencia del Caos sobre ellas es fuerte.

-Da igual. Es la mejor manera de hacerlo.

-Está bien -dijo Lans Burta-. Y ahora hablemos de las condiciones.

Se pactaron las condiciones, se despidieron y Elric y Moonglum recorrieron los muelles donde estaban amarradas las barcas de los pescadores para elegir la mejor.

7

El alba surgió en el horizonte dejando a la vista un erial de aguas grises sin tierra visible. El viento había amainado y el aire era más cálido. El cielo se llenó de bancos de nubes purpúreas veteadas de azafrán y escarlata que parecían el humo de una monstruosa pira. Pronto comenzaron a sudar bajo un sol de justicia; el viento había amainado del todo y la vela apenas se movía, pero a pesar de ello, el mar comenzó a agitarse como azotado por una borrasca.

Las aguas se movían como dotadas de vida propia provocándoles un sueño plagado de pesadillas. Moonglum echó un vistazo a Elric desde donde yacía despatarrado en la proa. Elric le devolvió la mirada sacudiendo la cabeza y soltando el timón. Era inútil tratar de timonear la barca en semejantes condiciones. Las olas gigantescas zarandeaban la embarcación, sin embargo, el agua no entraba en ella ni los rociaba. Todo se había vuelto irreal, como en un sueño, y por un momento, Elric tuvo la impresión de que de haber querido hablar, le habría resultado imposible.

Luego, a lo lejos, oyeron un zumbido leve que fue aumentando hasta convertirse en un gemido apabullante; de repente, la barca se elevó en el aire y fue volando por encima de las olas para ser lanzada luego al mar. En lo alto, las aguas azules y plateadas tuvieron por un momento todo el aspecto de una muralla metálica que acabó desplomándose sobre ellos.

Como saliendo de un hechizo, Elric se aferró al timón y gritó:

- ¡Agárrate a la barca, Moonglum! ¡Agárrate o estás perdido!

El agua tibia cayó sobre ellos aplastándolos como si una mano gigantesca les hubiera dado un golpe. La barca cayó más aún hasta que creyeron que serían aplastados en el fondo por la fuerza cíe las aguas. Luego volvieron a elevarse para volver a caer, y al ver la superficie hirviente, Elric advirtió que en el mar habían surgido tres montañas que escupían lava y fuego. Medio llena de agua, la barca fue zarandeada por las olas; presa de frenesí, los dos hombres se pusieron a achicar, mientras la embarcación se movía violentamente e iba acercándose a los volcanes recién formados.

Elric soltó el recipiente y se lanzó contra el timón, obligando a la barca a alejarse de las montañas de fuego. La embarcación respondió con lentitud, pero comenzó a moverse en dirección opuesta.

Elric vio a Moonglum, completamente pálido, que intentaba desplegar la vela empapada. El calor que despedían los volcanes era insoportable. El albino miró hacia arriba intentando orientarse, pero el sol parecía haberse hinchado hasta romperse y lo que vio fueron millones de fragmentos ígneos.

- ¡Moonglum, esto es obra del Caos! -gritó-. ¡Y me imagino que es sólo una muestra de lo que puede llegar a ser!

- ¡Deben de haberse enterado de que estamos aquí e intentan destruirnos! -Moonglum no cesaba de quitarse el sudor de los ojos con el dorso de la mano.

-Es posible, aunque no lo creo.

Volvió a mirar hacia arriba y el sol parecía casi normal. Se orientó y comenzó a timonear la barca para alejarla de las montañas de fuego, pero se habían desviado muchas millas de su curso anterior.

Había planeado navegar a través de los Estrechos del Caos, pero unas corrientes sobrenaturales habían tomado el control de la embarcación durante la noche y en aquel momento resultaba evidente que se encontraban al norte de los Estrechos y que seguían siendo impulsados hacia el norte, en dirección al mismo Pan Tang.

Había una posibilidad de dirigirse a Melniboné, la tierra más cercana, excluyendo a Pan Tang. Pero se preguntó si la Isla del Dragón habría sobrevivido a los terribles maremotos.

El mar estaba un poco más calmado, pero las aguas habían alcanzado casi el punto de ebullición, de modo que cada gota que le caía encima le escaldaba la piel. En la superficie se formaban burbujas y era como si estuviesen navegando en el gigantesco caldero de una bruja. A la deriva iban infinidad de peces muertos y siluetas medio reptiloides que formaban una espesa marea que amenazaba con impedir el avance a la embarcación. Pero el viento había comenzado a soplar en una dirección y Moonglum sonrió aliviado al ver que la vela se hinchaba.

Lentamente fueron avanzando por las aguas espesas y lograron navegar hacia el noroeste, en dirección de la Isla de Melniboné, mientras sobre la superficie del mar se formaban nubes de vapor que impedían la visibilidad.

Horas más tarde, habían salido ya de las aguas hirvientes y navegaban bajo un cielo claro, en un mar en calma. Se permitieron el lujo de dormitar. En menos de un día llegarían a Melniboné, pero en aquel momento se sintieron presa de la reacción a la experiencia por la que acababan de pasar y, medio adormecidos, se preguntaron cómo habrían logrado sobrevivir a aquella terrible tempestad.

Elric abrió los ojos, asombrado. Estaba seguro de no haber dormido mucho, sin embargo, el cielo aparecía negro y sobre ellos caía una fría llovizna. Cuando las gotas le tocaban la cabeza y la cara, resbalaban como una gelatina viscosa. Le entraron unas cuantas en la boca y se apresuró a escupir aquella sustancia amarga.

-Moonglum -gritó en la oscuridad azul -, ¿sabes qué hora es?

La voz soñolienta del oriental le contestó, atolondrada:

-No lo sé. Pero juraría que todavía no es de noche. Elric le dio un empellón al timón. La embarcación no respondió. Miró por la borda.

Era como si estuviesen navegando por el cielo. El casco de la embarcación aparecía envuelto en un gas luminoso, pero no alcanzó a ver el agua. Se estremeció. ¿Acaso habrían abandonado el plano terrestre? ¿Acaso navegaban por un mar horrendo y sobrenatural? Se maldijo por haberse quedado dormido y se sintió presa de una impotencia mayor que la que lo había embargado durante la tempestad. La lluvia pesada y gelatinosa los golpeaba con fuerza; se cubrió el pelo blanco con la capucha de la capa. Del morral que llevaba en el cinturón sacó un trozo de pedernal y unas astillas; la luz que logró conseguir le permitió ver la mirada enloquecida de Moonglum. El pequeño oriental estaba tenso de miedo. Elric jamás había visto tanto temor reflejado en el rostro de su amigo, y sabía que de no haber tenido un dominio sobre sí mismo tan férreo, en su rostro se habría reflejado una expresión semejante.

-Nos ha llegado la hora -sentenció Moonglum - . ¡Elric, creo que por fin hemos muerto!

-No digas insensateces, Moonglum. Jamás he oído decir que después de la muerte hubiera una vida como ésta.

Pero en el fondo de su corazón, Elric se preguntaba si su amigo Moonglum no estaría en lo cierto. La embarcación parecía avanzar velozmente por un mar gaseoso, como impulsada o atraída hacia un destino desconocido, como si los dioses estuviesen dirigiendo su curso, pero Elric hubiera jurado que los Señores del Caos ignoraban la existencia de su barca y de su misión.

La embarcación navegaba cada vez más deprisa; finalmente, aliviados, oyeron el chapoteo familiar del agua al golpear contra la quilla y entonces, vieron que el mar salado había vuelto. La lluvia viscosa continuó cayendo durante unos instantes más pero después cesó.

Moonglum suspiró al comprobar que la negrura iba cediendo lentamente paso a la luz, que les permitió verse otra vez en un océano normal.

- ¿Qué habrá sido entonces? -preguntó por fin.

-Otra manifestación de la naturaleza quebrantada -repuso Elric procurando mantener la calma-. Tal vez una especie de alabeo en la barrera que separa el reino de los hombres del reino del caos. No cuestiones nuestra suerte por haber sobrevivido a la experiencia. Hemos vuelto a perder el rumbo. -Se interrumpió, señaló hacia el horizonte y añadió-: Y allá parece estar formándose una tempestad natural. Es posible que algún ente sobrenatural nos haya desviado deliberadamente de nuestro curso.

-Si se trata de una tempestad natural soy capaz de aceptarla, por peligrosa que sea -murmuró Moonglum y rápidamente recogió la vela al comprobar que el viento aumentaba y el mar se encrespaba.

En cierto modo, Elric recibió con gusto a la tempestad cuando por fin se desató. Al menos respondía a leyes naturales contra las que se podía luchar con medios naturales. La lluvia les refrescó las caras, el viento les alborotó el pelo; lucharon contra la tempestad con furiosa alegría mientras la frágil barca subía y bajaba sobre la cresta de las olas. Pero a pesar de ello, seguían desviándose cada vez más hacia el noreste, en dirección de las costas conquistadas de Shazar, exactamente el rumbo contrario al que llevaban.

La tempestad continuó golpeándolos con fuerza hasta que la idea de su destino y del peligro sobrenatural fue expulsada de sus mentes; continuaron luchando denodadamente, con los músculos doloridos, esforzándose por respirar cada vez que sobre ellos caían las olas heladas.

La barca se zarandeaba sin parar, y los dos hombres tenían las manos plagadas de llagas de aferrarse con fuerza a la embarcación y las cuerdas, pero era como si el Destino hubiera decidido que vivieran, o quizá, les aguardaba una muerte menos limpia, porque continuaron cabalgando las olas embravecidas.

Con gran sorpresa, Elric divisó unas rocas a lo lejos y Moonglum, al reconocerlas, gritó:

- ¡Los Dientes de la Serpiente!

Los Dientes de la Serpiente se encontraban cerca de Shazar y constituían uno de los peligros más temidos por los navegantes del oeste. Elric y Moonglum ya los habían visto en otra ocasión, aunque de lejos, pero en ese

momento la tempestad los iba acercando cada vez más, y aunque lucharon por impedirlo, parecían destinados a morir aplastados contra aquellas rocas afiladas.

Debajo de la barca comenzó a formarse una ola que los elevó para volver a dejarlos caer. Elric se aferró de la borda y creyó oír el grito salvaje de Moonglum por encima del ruido de la tormenta antes de ser arrojados contra los Dientes de la Serpiente.

¡Adiós!

Siguió entonces el temible sonido de la madera al romperse y el dolor producido por las rocas afiladas al lacerar su cuerpo; las olas lo hundieron y luchó por salir a respirar a la superficie antes de que otra ola volviera a lanzarlo contra las rocas donde un saliente le hizo una herida en el brazo.

Con desesperación, impulsado por la espada rúnica que le infundía vida, intentó nadar hacia los acantilados de Shazar, consciente de que aunque sobreviviera, el Destino lo había devuelto a tierra enemiga y que las posibilidades de que llegara a las tierras del sur eran más remotas que nunca.

8

Elric despertó exhausto sobre una playa de guijarros; oía el sonido musical de la marea al rozar las piedras. Otro sonido se superponía al del mar: el crujido de unas botas. Alguien se acercaba a él. Estando en Shazar, lo más probable era que se tratara de un enemigo. Sacando fuerzas de flaqueza, rodó hacia un lado y comenzó a ponerse en pie. Con la mano derecha desenvainó un poco a *Tormentosa* antes de darse cuenta que se trataba de Moonglum que, doblado por el cansancio, lo miraba desde lo alto con una sonrisa en los labios.

- ¡Gracias a los dioses sigues con vida! -Moonglum se tendió sobre los guijarros de la playa, apoyó el peso del cuerpo sobre los brazos y observó el mar en calma y los imponentes Dientes de la Serpiente que se elevaban a lo lejos. Al cabo de un instante, añadió-: Creo que los dioses tuvieron que ver con nuestro naufragio y nuestro rescate.

-Sí, estamos vivos -dijo Elric con ánimo sombrío - , pero no sabría decirte por cuánto tiempo seguiremos estándolo en esta tierra arrasada.

Moonglum sacudió la cabeza y lanzó una leve carcajada.

-Sigues siendo el mismo pesimista de siempre, amigo mío. A mi modo de ver, deberías estar agradecido por conservar la vida.

-En este conflicto, las misericordias como ésta nos servirán de poco -repuso Elric-. Descansa, Moonglum, que yo cubriré el primer turno de guardia. Cuando iniciamos esta aventura no teníamos tiempo que perder, ahora hemos perdido varios días, de modo que puedes descansar.

Moonglum no opuso resistencia, y de inmediato se durmió; al despertar, mucho más repuesto, aunque seguía dolorido, Elric durmió hasta que la luna salió en lo alto del cielo despejado iluminándolo con su brillante luz.

Emprendieron la marcha en plena noche, por la costa cubierta de una hierba rala hasta alcanzar una zona cíe terreno negro y húmedo. Era como si un holocausto hubiera arrasado los campos, seguido de una fuerte tormenta que dejó tras ella un pantano de cenizas. Al recordar las llanuras cubiertas de pastizales de esa zona de Shazar, Elric se sintió horrorizado, incapaz de discernir si aquella destrucción había sido obra del hombre o de los Señores del Caos.

Fueron transcurriendo las horas de la mañana, y hacia el mediodía, cuando en el cielo cubierto cíe nubes brillantes comenzaron a notarse unas extrañas perturbaciones, vieron acercarse a ellos una larga fila de personas. Se tendieron en el suelo y se ocultaron para espiar cautelosamente cómo se iba acercando el grupo. No eran soldados enemigos, sino mujeres sufridas y niños famélicos, hombres que a duras penas lograban avanzar, cubiertos de harapos, y unos pocos jinetes magullados, obviamente, los restos de alguna banda derrotada de guerrilleros que había logrado sobrevivir al ataque de Jagreen Lern.

- Creo que estamos ante gente amiga, o algo parecido -masculló Elric, agradecido-. Tal vez nos den información que pueda ayudarnos.

Se pusieron en pie y se dirigieron hacia el maltrecho grupo. Los jinetes se agruparon velozmente alrededor de los civiles y sacaron las armas, pero antes de que nadie pudiera amenazar a nadie, alguien del grupo gritó:

- ¡Elric de Melniboné! Elric... ¿has venido a traernos noticias sobre nuestro rescate?

Elric no reconoció aquella voz, pero sabía que su rostro de piel blanquísima y ojos carmesíes era ya una leyenda.

-Yo mismo voy en busca de que me rescaten, amigo -dijo con fingida alegría-. Naufragamos en vuestras costas cuando intentábamos buscar ayuda de las tierras del sur, pero a menos que encontremos otra barca, nuestras posibilidades son bien escasas.

- ¿En qué dirección navegabas, Elric? -inquirió el invisible portavoz.

-Hacia el sur, ya te lo he dicho.

- ¡Entonces ibas en dirección errada!

Elric se irguió cuanto pudo e intentó atisbar entre la multitud.

- ¿Quién eres tú para decirnos algo así?

Se produjo un movimiento entre el gentío y un hombrecito encorvado, de mediana edad, que llevaba unos bigotes largos y enroscados, se abrió paso para plantarse ante el albino, apoyándose en una vara. Los jinetes apartaron sus cabalgaduras para que Elric pudiera verlo.

-Me llamo Ohada, el Vidente. Hace mucho tiempo fui famoso en Falitain como oráculo. Pero Falitain fue

arrasada durante el saqueo de Shazar y yo fui lo bastante afortunado como para poder huir junto con esta gente, todos ellos nativos de Falitain, una de las últimas ciudades que sucumbieron a los poderes mágicos de Pan Tang. Elric, te traigo un mensaje muy importante. Es sólo para ti, y lo he recibido de alguien que conoces, alguien que quizá pueda ayudarte a ti, e indirectamente, a nosotros.

-Me has picado la curiosidad y aumentado mis esperanzas -respondió Elric haciéndole señas on la mano-. Acércate, vidente, dame tu mensaje y esperemos que sea positivo, tal como pareces sugerir.

Moonglum retrocedió cuando el vidente se acercó a su amigo. Tanto el oriental como los aflitainianos observaron con curiosidad mientras Ohada le susurraba algo a Elric. Elric tuvo que hacer un esfuerzo por captar sus palabras.

-Te traigo un mensaje de un hombre extraño llamado Sepiriz. Dice que él fue quien envió esta tempestad pero que hay algo que debes hacer que él no puede. Dice que vayas a la ciudad tallada y que una vez allí te dará más información.

- ¡Sepiriz! ¡Pero si me he separado de él no hace mucho! ¿Cómo se puso en contacto contigo?

- Soy clarividente. Se me apareció en sueños.

-Tus palabras podrían ser una trampa ideada para conducirme a manos de Jagreen Lern.

-Sepiriz me dijo una cosa más... me indicó que íbamos a encontrarnos en este mismo lugar. ¿Crees tú que Jagreen Lern podía haberlo sabido entonces?

-No es muy probable... pero, con ese mismo criterio, ¿acaso podía haberlo sabido nadie? Gracias, vidente. -Dicho lo cual, dirigiéndose a los guerreros montados, les gritó-: ¡Necesitamos dos de vuestros mejores caballos!

-Nuestros caballos son muy valiosos para nosotros -masculló un caballero vestido con una armadura destartalada-, son todo lo que tenemos.

-Mi compañero y yo debemos viajar con rapidez si hemos de salvar al mundo del Caos. ¡Venga, arriesgad un par de caballos contra la posibilidad de que se venguen de vuestros conquistadores!

-Está bien -repuso el caballero, y a regañadientes desmontó del caballo.

El jinete que estaba a su lado lo imitó y ambos acercaron los corceles hasta donde se encontraban Elric y Moonglum.

Elric tomó las riendas y montó de un salto; la espada rúnica le golpeó el muslo.

-¿Qué planes tenéis ahora?

- Seguiremos luchando lo mejor que podamos.

- ¿No sería más prudente que os ocultarais en las montañas o en los Pantanos de la Bruma?

- Si hubieras presenciado la depravación y el terror del mandato de Jagreen, no te atreverías a sugerir algo semejante -comentó el caballero sombríamente-. Aunque no podemos abrigar esperanzas de vencer un hechicero cuyos siervos tienen la capacidad de ordenar a la tierra que se agite como si fuera un océano, de hacer que el cielo suelte torrentes de agua salada y de enviar nubes verdes al suelo para que destruyan a los niños en formas inefables, procuraremos vengarnos como podamos. Comparado con lo que ocurre en otras zonas del continente, por aquí reina la calma. Se están produciendo unos espantosos cambios geológicos. A diez millas al norte de aquí no podrías reconocer ni una sola colina y ni una sola selva. Y aquellas que vas dejando atrás, muy bien podrían cambiar o desaparecer al día siguiente.

-Hemos presenciado algo similar en nuestro viaje por mar

-dijo Elric-. Te deseo una larga vida de venganza. Yo también tengo cuentas pendientes con Jagreen Lern y su cómplice.

- ¿Su cómplice? ¿Te refieres al rey Sarosto de Dharijor?

-Una leve sonrisa iluminó el rostro macilento del caballero-. No podrás vengarte de Sarosto. Fue asesinado poco después que nuestras fuerzas fueran derrotadas en la batalla de Sequa. Aunque no se ha podido probar nada, es de público conocimiento que lo mandó matar el Teócrata, que ahora gobierna sin que nadie le haga sombra. -El caballero se encogió de hombros y añadió-: ¿Y quién podrá oponerse a Jagreen Lern, y mucho menos a sus capitanes?

- ¿Quiénes son esos capitanes?

-Pues ha mandado llamar a los Duques del Infierno. No sé si seguirán aceptando su dominio durante mucho tiempo más. Nosotros creemos que Jagreen Lern será el próximo en morir, entonces... ¡el Infierno incontrolado dominará en este lugar!

-Espero que no -dijo Elric con un hilo de voz-, porque no quiero que impidan mi venganza. El caballero lanzó un suspiro y dijo:

- Con los Duques del Infierno como aliados, Jagreen Lern no tardará en gobernar el mundo.

-Reguemos porque yo pueda encontrar la forma de acabar con esa oscura aristocracia y mantener mi promesa de

matar a Jagreen Lern -dijo Elric, y con un ademán de despedida al vidente y a los dos caballeros, hizo girar a su caballo en dirección de las montañas de Jharkor, seguido de Moonglum.

En la peligrosa cabalgata hacia la montaña donde moraba Sepiriz tuvieron pocas ocasiones de descanso, porque tal como les había advertido el caballero, el terreno mismo parecía dotado de vida y la anarquía imperaba en todas partes. Más tarde, Elric recordaría muy poco, salvo la sensación de horror y el sonido de unos chirridos impíos en sus oídos, la visión de oscuros colores, dorados, rojos, azules, negro y el anaranjado brillante que estaba por todas partes y era el signo del Caos sobre la tierra.

En las regiones montañosas, cerca de Nihrain, descubrieron que el dominio del Caos no era tan completo como en otras partes. Aquello probaba que Sepiriz y sus nueve hermanos negros ejercían al menos un cierto control sobre las fuerzas que amenazaban con engullirlos.

Para llegar al corazón de las antiguas montañas se fueron internando cada vez más por profundas gargantas de roca oscura, por traicioneros senderos de montaña y por laderas de las que se desprendían las piedras. Se trataba de las montañas más antiguas del mundo, y encerraban los secretos más antiguos de la tierra: el dominio del inmortal Nihrain que había gobernado durante siglos, incluso antes de la aparición de los melniboneses. Finalmente llegaron a la Ciudad Tallada de Nihrain, con sus altos palacios, sus templos y sus fuertes tallados en la roca viva, ocultos en las profundidades del abismo que podía haber sido insondable. Prácticamente alejada de todo salvo de la leve luz que de los escasos rayos del sol lograba colarse, allí había estado desde tiempos inmemoriales.

Condujeron a sus renuentes corceles por unos estrechos senderos hasta que llegaron a la enorme puerta, cuyos pilares eran unos titanes tallados sobre los que se alzaban unas figuras semihumanas; al verlos, Moonglum lanzó una exclamación de sorpresa e inmediatamente cerró la boca, apabullado ante el genio capaz de combinar en una obra gigantesca la ingeniería y el arte.

En las cavernas, donde también había escenas talladas que representaban las leyendas de Nihrain, los esperaba Sepiriz, quien los recibió con una sonrisa en los labios de ébano.

-Saludos, Sepiriz -dijo Elric desmontando de su caballo y entregándoles las riendas a unos esclavos que se llevaron el corcel.

Moonglum lo imitó, un tanto cansado.

-Lamento haber tenido que pedirte que volvieras tan pronto, pero ocurre que Jagreen Lern ha actuado más deprisa de lo que esperábamos -dijo Sepiriz aferrando a Elric por los hombros.

-Ya me he enterado. Además, ha convocado a los Señores Oscuros.

- Sí. Por nuestra parte, intentábamos ponernos en contacto con los Señores Blancos con la ayuda de magos ermitaños de la Isla de los Hechiceros, pero la flota guerrera de Jagreen Lern destruyó la isla y el Caos ha interceptado nuestros intentos de rescatar a los ermitaños. Mis hermanos siguen luchando por encontrar a los Señores Blancos en los planos superiores. Pero más cerca de aquí hay trabajo para ti y tu espada. Venid a mis aposentos a refrescaros. Tenemos un vino que os devolverá las fuerzas y cuando lo hayáis bebido, os diré qué tarea os ha reservado el Destino.

Sentado en su silla, mientras bebía el vino y echaba una mirada a los oscuros aposentos de Sepiriz, iluminados únicamente por los fuegos que ardían en las parrillas de varias chimeneas, Elric se devanó los sesos por encontrar una pista que le permitiera descifrar las impresiones que parecían navegar justo debajo de la superficie de su conciencia. Aquellos aposentos tenían algo misterioso, un misterio que provenía no sólo de su vastedad y de las sombras que en ellos vagaban. Sin saber por qué, Elric pensó que aunque aquella estancia estuviera rodeada de millas y millas de roca sólida, sus dimensiones no podían ser medidas con los medios empleados normalmente; era como si se extendiera a planos que no se conformaban al tiempo y al espacio de la tierra, planos que de hecho carecían de tiempo *y* de espacio. Presintió que podría intentar cruzar la estancia de una pared a la otra, pero que si lo intentaba, se encontraría caminando eternamente sin alcanzar nunca la pared opuesta. Trató de desechar estos pensamientos, dejó su copa e inspiró profundamente. No cabía duda de que el vino le había devuelto las fuerzas y lo había relajado. Señalando la jarra que estaba sobre la mesa de piedra, le dijo a Sepiriz:

- ¡No resultaría nada difícil que este brebaje te creara adicción!

-A mí ya me la ha creado -dijo Moonglum con una sonrisa al tiempo que se servía otra copa.

-Nuestro vino de Nihrain posee una extraña cualidad -les informó Sepiriz sacudiendo la cabeza-. Tiene un sabor agradable y refresca a quienes están cansados, pero una vez recuperadas las fuerzas, provoca náuseas a quien siga bebiéndolo. Es por eso que todavía nos quedan reservas. Pero ya se nos están acabando, pues las viñas de las que se obtiene han desaparecido de la tierra hace mucho tiempo.

-Una poción mágica -dijo Moonglum dejando la copa sobre la mesa.

- Si es así como prefieres llamarla. Elric y yo pertenecemos a una época en la cual lo que ahora tú llamas magia

formaba parte de la vida normal, y en la que el Caos gobernaba a sus anchas, aunque de un modo más tranquilo que ahora. Vosotros, los hombres de los Reinos Jóvenes, quizá tengáis razón al sospechar de la brujería, porque si logramos preparar al mundo para la ley, entonces quizá logréis encontrar vinos parecidos mediante métodos más dolorosos, métodos que podáis entender mejor.

-Lo dudo -repuso Moonglum lanzando una carcajada-. Hablas como si tener conocimientos sobrenaturales fuera algo sencillo. Por lo que he oído, hace falta un hombre genial para dominarlos.

-En estos días es así, efectivamente -dijo Sepiriz.

- Si no tenemos más suerte de la que hemos tenido hasta ahora -dijo Elric suspirando-, veremos el Caos desatado sobre la tierra y a la Ley vencida para siempre.

-Sería muy desafortunado para nosotros si la Ley triunfara, ¿verdad? -inquirió Sepiriz sirviéndose otra copa de vino.

Moonglum lanzó una mirada inquisitiva a Elric, y entonces comprendió mejor la difícil situación en la que se encontraba su amigo.

-Sepiriz, me has dicho que había otro trabajo para mí y para mi espada -dijo Elric-. ¿De qué se trata?

-Ya sabes que Jagreen Lern ha convocado a algunos de los Duques del Infierno para capitanear sus tropas y controlar las tierras ya conquistadas.

-Sí, ya lo sé.

-¿Y comprendes la gravedad de todo ello? Jagreen Lern ha logrado abrir una brecha de considerable tamaño en la barrera construida por la Ley, cuyo fin era el de impedir que las criaturas del Caos gobernaran del todo este planeta. A medida que aumenta su poder, esa brecha se ensancha. Esto explica por qué logró convocar a los más poderosos representantes de la nobleza infernal, cuando en el pasado resultaba sumamente difícil hacer que uno de ellos llegara a nuestro plano. Arioco se encuentra entre los convocados...

- ¡Arioco!

Arioco había sido siempre el demonio protector de Elric, el principal dios adorado por sus antepasados. El hecho de que la situación fuese tan grave le permitió darse cuenta de que era un paria y que no gozaba ni de la protección de la Ley ni de la del Caos.

-En estos momentos, tu única aliada sobrenatural es esa espada que llevas -le dijo Sepiriz con tono sombrío-. Y quizá sus hermanos.

- ¿Sus hermanos? ¿Qué hermanos? Sólo existe una hermana, *Enlutada, y* la tiene Dyvim Slorm.

- ¿Recuerdas que te conté que las espadas gemelas eran en realidad una manifestación terrenal de sus yoes sobrenaturales?

-Sí, lo recuerdo.

-Pues bien, puedo decirte ahora que el ser real de *Tormentosa* está relacionado a otras fuerzas sobrenaturales que se encuentran en otro plano. Sé cómo convocarlas, pero estos entes son también criaturas del Caos, por lo tanto, en lo que a ti concierne, son un tanto difíciles de dominar. Podrían muy bien desmandarse, y llegar incluso a volverse en tu contra. *Tormentosa,* tal como has tenido ocasión de comprobar en el pasado, está unida a ti por unos lazos más fuertes que los que la atan a sus hermanos, que en realidad son seres inferiores, pero ocurre que la superan en número, y *Tormentosa* podría no ser capaz de protegerte contra ellos.

- ¿Por qué no lo he sabido hasta ahora?

-En cierto modo lo has sabido siempre. ¿Recuerdas las ocasiones en que has pedido a los Seres Oscuros que te ayudaran y la ayuda te llegaba?

- Sí. ¿Quieres decir pues que esa ayuda me la proporcionaban los hermanos de *Tormentosa?*

- En muchas ocasiones, sí. Ya están acostumbrados a acudir en tu auxilio. No son lo que tú y yo calificaríamos de inteligentes, pero sienten, por lo tanto, no están tan ligados al Caos como sus sirvientes que gozan de raciocinio. Pueden ser controlados hasta cierto punto por cualquiera que tenga poderes como los que tú tienes sobre uno de sus hermanos. Si necesitas su ayuda, sólo deberás recordar una runa que después te diré.

- ¿Cuál es mi cometido?

- ¡Destruir a los Duques del Infierno!

- ¿Qué dices? ¡Sepiriz, es imposible! Son Señores del Caos, uno de los grupos más poderosos en todo el Reino del Azar. ¡Sepiriz, no podré hacerlo!

-Es verdad. Pero controlas una de las armas más potentes. Claro que ningún mortal puede destruir del todo a los duques, a lo único que puede aspirar es a obligarlos a regresar a su plano destruyendo la sustancia que utilizan como cuerpo en la tierra. Ése es tu cometido. Ya existen señales de que los Duques del Infierno, Arioco, Balan y Maluk, le han arrebatado a Jagreen Lern parte de su poder. El muy tonto sigue creyendo que puede seguir dominando los poderes sobrenaturales que representan. Es posible que a ellos les convenga dejar que lo crea, pero

una cosa es segura, con amigos así, Jagreen Lern podrá derrotar a las tierras del sur con un mínimo de gasto en armamento, embarcaciones y hombres. Sin ellos, podría hacerlo igualmente, pero tardaría mucho más y debería emplear un mayor esfuerzo, con lo que nos estaría dando una ligera ventaja para preparar nuestra defensa mientras él doblega a las tierras del sur.

Elric no se molestó en preguntarle a Sepiriz cómo se había enterado de la decisión de los del sur de enfrentarse solos a Jagreen Lern. Era evidente que Sepiriz poseía diversos poderes, tal como lo había probado su capacidad de ponerse en contacto con Elric a través del vidente.

- He jurado ayudar a las tierras del sur a pesar de su negativa a ponerse de nuestro lado para luchar contra el Teócrata -dijo Elric con tono tranquilo.

-Y mantendrás ese juramento destruyendo a los duques... si puedes.

-Destruir a Arioco, a Balan, a Maluk... -Elric susurró los nombres, temeroso de que a pesar de encontrarse donde estaba, con su sola mención pudiera invocarlos.

-Arioco ha sido siempre un demonio poco colaborador -apuntó Moonglum-. En el pasado se ha negado más de una vez a auxiliarte, Elric.

-Porque ya sabía que tú y él ibais a enfrentaros en el futuro -aclaró Sepiriz.

A pesar de que el vino le había refrescado el cuerpo, la mente de Elric era un hervidero. Era tal el esfuerzo al que se veía sometida su alma que creyó que iba a rompérsele. Luchar contra el dios demonio de sus antepasados... La sangre de sus predecesores seguía fluyendo con fuerza por sus venas y las antiguas lealtades seguían vigentes.

Sepiriz se puso en pie, aferró a Elric por los hombros, fijó sus negros ojos en los carmesíes del albino, y le dijo:

-Te has comprometido a llevar a cabo esta misión, ¿recuerdas?

-Sí, me he comprometido... pero Sepiriz... los Duques del Infierno... Arioco... yo... ah, cómo desearía estar muerto en este momento...

-Te queda mucho por hacer antes de que se te permita morir, Elric -dijo Sepiriz en voz baja-. Debes comprender cuan importantes sois tú y tu espada para la causa del Destino. ¡Recuerda tu compromiso!

Elric se irguió y asintió vagamente.

-Si antes de aceptar este compromiso hubiera sabido que esto iba a ocurrir, lo habría aceptado de todos modos. Pero...

-¿Qué?

-No deposites demasiada fe en mi capacidad de cumplir con esta parte de mi cometido, Sepiriz.

El negro nihrainiano no dijo palabra. La cara normalmente alegre de Moonglum dejó entrever una seriedad y una tristeza inmensas cuando el oriental miró a Elric, de pie en el enorme vestíbulo mientras la luz del fuego hacía piruetas a su alrededor, con los brazos cruzados sobre el pecho, la enorme espada colgada a su costado, y una mirada de asombro en sus ojos carmesíes. Sepiriz se internó en las sombras para volver con una tabla blanca sobre la que estaban grabadas unas viejas runas. Se la entregó al albino.

-Memoriza el hechizo -le aconsejó Sepiriz en voz baja - , y luego destruye la tabla. Pero recuerda, utilízalo únicamente en caso de extrema gravedad, porque, tal como te he advertido, los hermanos de *Tormentosa* podrían negarse a ayudarte.

Haciendo un gran esfuerzo, Elric logró controlar sus emociones. Moonglum se retiró a descansar y el albino estudió la runa bajo la guía del nihrainiano; aprendió su expresión oral, y también los matices lógicos que era preciso que entendiera, así como el estado mental en el que debía encontrarse para que surtiera efecto.

Cuando tanto Sepiriz como él se sintieron satisfechos, Elric permitió que un esclavo lo condujera a sus aposentos, pero le resultó imposible dormir y se pasó la noche atormentado hasta que el esclavo fue a despertarlo a la mañana siguiente, encontrándole completamente vestido y preparado para la cabalgada hasta Pan Tang, donde se habían reunido los Duques del Infierno.

9

Elric y Moonglum cabalgaron por las asoladas tierras del oeste, a lomos de fuertes caballos nihrainianos que parecían no temer a nada ni necesitar descanso. Se trataba de un regalo especial, pues éstos poseían ciertos poderes aparte de su fuerza y resistencia inusitadas. Sepiriz les había dicho que en realidad, aquellos caballos no existían del todo en el plano terrenal y que sus cascos no tocaban el suelo en el sentido estricto de la palabra, sino que se apoyaban sobre la materia de su otro plano, por lo que daba la impresión de que galopaban en el aire o sobre el agua.

Por todas partes encontraron escenas de terror. En cierta ocasión presenciaron un hecho horrendo; una multitud enloquecida e infernal destruyó una aldea construida alrededor de un castillo. El castillo estaba en llamas y en el horizonte se veía una montaña de humo y fuego: otro volcán en unas tierras donde jamás habían existido. Aunque los saqueadores tenían forma humana, eran criaturas degeneradas que, con igual abandono, derramaban sangre y se la bebían. Al frente del grupo, aunque sin participar en la orgía, Elric y Moonglum vieron una cosa que parecía un cadáver montado sobre el esqueleto viviente de un caballo. Iba ataviado con brillantes vestiduras, empuñaba una espada llameante y llevaba un yelmo dorado.

Se alejaron a toda prisa de aquella escena atravesando unas brumas que parecían y olían igual que la sangre; vadearon ríos infestados de muertos, dejaron atrás bosques que parecían seguirlos, bajo cielos repletos de fantasmales figuras aladas que portaban cargas más fantasmales aún.

En otras ocasiones, se toparon con grupos de guerreros. Muchos de ellos llevaban las armaduras y los trajes de las naciones conquistadas, pero era evidente que se trataba de gente depravada que se había vendido al Caos. Según las circunstancias, se enfrentaban a ellos o los evitaban, y cuando por fin llegaron a los acantilados de Jharkor *y* vieron el mar que los llevaría a la Isla de Pan Tang, supieron que acababan de cruzar unas tierras a las que había llegado el Infierno.

Galoparon a lo largo de los acantilados, mientras allá abajo bullía el mar grisáceo y en el horizonte, el cielo aparecía oscuro y frío; al llegar a la playa reposaron un momento al borde del agua.

- ¡Vamos! -gritó Elric espoleando a su caballo-. ¡A Pan Tang!

Casi sin detenerse, cabalgaron en sus mágicos corceles sobre las aguas, en dirección de la malvada isla de Pan Tang, de donde Jagreen Lern y sus terribles aliados se disponían a zarpar con su gigantesca flota para aplastar la potencia naval del sur antes de conquistar sus tierras.

- ¡Elric! -gritó Moonglum por encima del silbido del viento-. ¿No deberíamos ir con más cautela?

- ¿Cautela? ¿De qué nos serviría cuando los Duques del Infierno deben de saber ya que el renegado de su sirviente viene para enfrentarse a ellos?

Perturbado, Moonglum apretó los labios, porque Elric parecía fuera de sí.

Los sombríos acantilados de Pan Tang se elevaron en el horizonte, ominosos y bañados por el mar que gemía como sometido a una tortura especial que el Caos estuviese infligiéndole a la naturaleza misma.

Sobre la isla se cernía también una peculiar oscuridad que se agitaba y cambiaba.

Los caballos nihrainianos fueron subiendo por la escarpada playa de Pan Tang, un lugar que siempre había estado sometido al dominio de los sacerdotes del mal, una teocracia que había intentado siempre emular a los legendarios emperadores hechiceros del Brillante Imperio de Melniboné. Pero Elric, el último de esos emperadores, sin tierras ya, con pocos súbditos, sabía que las artes oscuras habían sido naturales y legales para sus antepasados, mientras que aquellos humanos se habían pervertido adorando a una impía jerarquía que apenas lograban comprender.

Sepiriz les había indicado la ruta y galoparon a través de turbulentas zonas en dirección a la capital: Hwamgaarl, la Ciudad de las Estatuas Vociferantes.

Pan Tang era una isla de obsidiana verde brillante que despedía unos extraños reflejos; era una piedra que parecía dotada de vida.

A lo lejos no tardaron en divisar las murallas de Hwamgaarl. A medida que fueron acercándose, un ejército de espadachines encapuchados que cantaba una horrible letanía, pareció surgir del suelo para impedirles el paso.

Elric no tenía tiempo que perder con aquellos espadachines, en los que reconoció a un destacamento de los

sacerdotes guerreros de Jagreen Lern.

- ¡Arriba, caballo! -gritó, y el corcel nihrainiano saltó hacia el cielo pasando por encima de los desconcertados sacerdotes.

Moonglum lo imitó; se burló de los espadachines lanzando una sonora carcajada mientras él y su amigo avanzaron raudamente hacia Hwamgaarl. Durante un trecho nadie les salió al paso, dado que Jagreen Lern había supuesto que el destacamento habría bastado para retener a los dos jinetes durante un tiempo considerable. Pero cuando la Ciudad de las Estatuas Vociferantes se encontraba apenas a una milla de distancia, el suelo comenzó a sacudirse y a partirse. Aquello no les molestó demasiado, porque los caballos nihrainianos no necesitaban apoyarse en el suelo.

El cielo comenzó a agitarse también, y unas listas de luminoso ébano fueron surcándolo, y de las hendiduras del suelo fueron surgiendo monstruosas figuras.

Unos leones con cabeza de buitre, de cuatro metros de altura, se abalanzaron sobre ellos con hambrienta furia, mientras agitaban sus melenas de plumas.

Moonglum se quedó boquiabierto cuando oyó que Elric se echaba a reír y decidió que el albino se había vuelto loco. Pero Elric ya estaba familiarizado con aquellos seres macabros, dado que sus antepasados los habían creado hacía decenas de siglos para utilizarlos en su propio beneficio. Evidentemente, Jagreen Lern había descubierto aquella manada de bestias merodeando en las fronteras entre el Caos y la tierra y la había utilizado sin saber nada de sus orígenes.

Unas antiguas palabras fueron formándose en los pálidos labios de Elric cuando se dirigió cariñosamente a las enormes aves–bestias. La manada se detuvo y miró a su alrededor sin saber ya a quién debía lealtad. Sus colas emplumadas golpearon el suelo, mientras sus garras iban dejando profundos desgarrones en la obsidiana. Aprovechándose de ese titubeo, Elric y Moonglum pasaron entre aquellas bestias con sus corceles y salieron justo cuando una voz zumbona y colérica surgió de los cielos y, en la Lengua Alta de Melniboné, que seguía siendo la lengua de todos los hechiceros, ordenó:

- ¡Destruidlos!

Un león–buitre se lanzó titubeante sobre los dos jinetes. Otro le siguió, y otro más, hasta que toda la manada corrió tras ellos para darles caza.

- ¡Más deprisa! -le susurró Elric al caballo nihrainiano, pero el corcel apenas lograba mantener la distancia que los separaba de las bestias.

No les quedaba más remedio que dar la vuelta. En el fondo de su memoria, recordó un hechizo que había aprendido de pequeño. Su padre le había enseñado todos los antiguos hechizos de Melniboné, y al hacerlo, le había advertido que en esos tiempos, muchos de ellos eran prácticamente inservibles. Pero había uno... el hechizo para convocar a los leones con cabeza de buitre, y otro más... ¡Ya lo recordaba! El hechizo para enviarlos de vuelta al reino del Caos. ¿Funcionaría?

Se concentró, encontró las palabras que necesitaba justo cuando las bestias se abalanzaron sobre él.

¡ Criaturas*, Matik de Melniboné os creó*
con la materia de la locura!
¡Si queréis seguir vivas como estáis ahora,
marchaos, o Matik volverá a emplear su hechizo!

Las criaturas se detuvieron; desesperado, Elric repitió el hechizo pues temía haberse equivocado ya fuera en su disposición mental o en las palabras pronunciadas. Moonglum, que había colocado su caballo junto al de Elric, no se atrevía a enunciar sus temores, porque sabía que no debía molestar al hechicero albino cuando pronunciaba un encantamiento. Estremecido, observó como la bestia que iba al frente de la manada lanzó un rugido que se transformó en graznido.

Pero Elric recibió aquel sonido con alivio, porque indicaba que las bestias habían entendido su amenaza y que obedecerían al hechizo. Lentamente y de mala gana, volvieron a introducirse en las hendiduras y desaparecieron.

Bañado en sudor, Elric dijo triunfante:

- ¡De momento, la suerte nos acompaña! ¡O bien Jagreen Lern subestimó mis poderes, o bien esto es lo único que logró convocar con los suyos! ¡Una prueba más de que el Caos lo está utilizando y no al revés!

-No vayas a tentar nuestra suerte hablando de ella -le advirtió Moonglum-. Por lo que me has contado, estas bestias son la gloria comparadas con lo que nos espera.

Elric lanzó una mirada iracunda a su amigo. No le hacía ninguna gracia pensar en el cometido que le esperaba.

Se acercaron a las enormes murallas de Hwamgaarl. En las murallas, que estaban inclinadas hacia afuera, de vez

en cuando aparecían las estatuas vociferantes, cuyo fin era el de disuadir a potenciales sitiadores. Esas estatuas vociferantes eran hombres y mujeres a los que Jagreen Lern y sus antepasados habían convertido en piedra, aunque les habían permitido conservar la vida y el don del habla. Hablaban poco, pero gritaban mucho, y sus gritos fantasmales se elevaban por la espantosa ciudad como las voces atormentadas de los condenados, porque la suerte que les había tocado era precisamente eso, una condena. Aquellos sonidos sollozantes eran horrendos, incluso para Elric que estaba familiarizado con ellos. Otro sonido se mezcló con aquél, cuando el inmenso rastrillo de la puerta principal de Hwamgaarl comenzó a subir con un chirrido dejando paso a una multitud de hombres bien armados.

-Evidentemente, los poderes mágicos de Jagreen Lern se han agotado por el momento, y los Duques del Infierno no se rebajan a unirse a él para luchar contra dos simples mortales -dijo Elric llevando la mano a la empuñadura de su negra espada rúnica.

Era tal el asombro de Moonglum que no lograba articular palabra. Desenvainó sus armas, pues sabía que debía luchar y vencer sus temores antes de enfrentarse a los hombres que en ese momento corrían hacia él.

Con un salvaje aullido que ahogó los gritos de las estatuas, *Tormentosa* saltó de su vaina y esperó en la mano de Elric, deseosa de beberse aquellas almas que, a su vez, le permitirían darle más fuerzas a quien la empuñaba.

Elric se encogió cuando notó el contacto de la espada en la mano húmeda. No obstante, dirigiéndose a los soldados que avanzaban, les gritó:

- ¡Mirad, chacales! ¡Mirad esta espada! ¡Fue forjada por el Caos para destruir al Caos! ¡Venid, dejad que os beba el alma y derrame vuestra sangre! ¡Estamos preparados!

No esperó; seguido de Moonglum, espoleo a su caballo nihrainiano y se abalanzó sobre las filas que avanzaban lanzando mandobles a diestro y siniestro con parte del antiguo deleite.

Se encontraba tan unido a la espada infernal, que una hambrienta alegría de matar le invadió, la alegría de robar las almas que alimentarían sus debilitadas venas con una vitalidad impía.

A pesar de que un centenar de soldados les impedía el paso, abrió entre ellos un sendero sangriento, y Moonglum, contagiado por un frenesí parecido al de su amigo, también logró acabar con cuantos se le acercaban. Aunque familiarizados con el horror, los soldados no tardaron en mostrarse reacios a acercarse a la espada rúnica, que brillaba con una luz peculiar, una luz negra que traspasaba la oscuridad misma.

Riendo a carcajadas, presa de su triunfo demencial, Elric experimentó la insensible alegría que sus antepasados debieron de sentir siglos antes, cuando conquistaron el mundo y lo obligaron a arrodillarse ante el Brillante Imperio. El Caos luchaba contra el Caos, pero se trataba de un Caos más antiguo, de naturaleza más limpia, que había venido a destruir a unos orgullosos pervertidos que se creían tan poderosos como los salvajes Señores Dragones de Melniboné. A través del ensangrentado sendero que abrieron entre las filas enemigas, los dos hombres fueron avanzando hasta llegar ante la puerta que boqueaba como las fauces de un monstruo. Elric la traspuso sin detenerse y, riéndose a carcajadas, entró en la Ciudad de las Estatuas Vociferantes, mientras a su paso las personas corrían a buscar refugio. .

-¿Hacia dónde vamos ahora? -inquirió Moonglum, jadeante; ya no tenía miedo.

-Al templo palacio del Teócrata. ¡Allí nos estarán esperando Arioco y los demás duques!

Cabalgaron por las calles de la ciudad, orgullosos y terribles, como si fueran al frente de un ejército. A ambos lados de la calle se alzaban oscuros edificios, pero ni una sola cara se atrevió a espiar desde las ventanas. Pan Tang había planeado gobernar el mundo -cosa que todavía podía hacer-, pero de momento, sus ciudadanos estaban completamente desmoralizados por la presencia de aquellos dos hombres que habían tomado la ciudad por asalto.

Cuando llegaron a la amplia plaza, Elric y Moonglum sofrenaron sus caballos y en el centro vieron el inmenso altar de bronce que colgaba de unas cadenas. Tras él se alzaba el palacio de Jagreen Lern, todo columnas y torres, ominosamente en calma. Hasta las estatuas habían dejado de gritar, y los cascos de los caballos no hicieron ruido alguno cuando Elric y Moonglum se acercaron al altar. Elric empuñaba aún la espada rúnica manchada de sangre y la levantó en el aire y a un costado cuando llegó al altar de bronce. Acto seguido, asestó un potente mandoble a las cadenas que lo aguantaban. La espada sobrenatural mordió el metal y cortó los eslabones. El estruendo que hizo el altar al caer y romperse en pedazos, esparciendo los huesos de los antepasados de Jagreen Lern, pareció mil veces más fuerte en medio del silencio reinante. Su eco se propagó por todo Hwamgaarl y cada uno de sus habitantes que seguía con vida supo lo que aquello significaba.

- ¡Así es como te desafío, Jagreen Lern! -gritó Elric, consciente de que sus palabras también serían oídas por todos-. ¡Tal como prometí, he venido a saldar una deuda! ¡Sal, títere! -Hizo una pausa. Ni siquiera su momentáneo triunfo bastaba para vencer la vacilación que le provocaba la tarea que iba a emprender-, ¡Sal! Tráete a los Duques del Infierno...

Moonglum tragó saliva y miró con ojos asombrados el rostro crispado de Elric, pero el albino continuó:

-Trae a Arioco. Trae a Balan. ¡Y a Maluk también! ¡Tráete a los orgullosos príncipes del Caos, he venido a hacerlos regresar a su reino para siempre!

El silencio volvió a tragarse aquel desafío; Elric oyó como sus ecos se apagaban en los rincones mis lejanos de la ciudad.

10

Desde el interior del palacio le llegó el rumor de un movimiento. El corazón le latió con tanta fuerza que creyó que iba a saltársele del pecho para quedarse allí como prueba palpitante de su inmortalidad. Oyó un sonido parecido al golpear de unos cascos monstruosos y también el ruido de unos pasos medidos que debían de ser de un hombre.

Tenía la mirada fija en las puertas doradas del palacio, que se alzaban envueltas en las sombras proyectadas por las columnas. Las puertas comenzaron a abrirse silenciosamente. Una silueta de anchos hombros, empequeñecida por el tamaño de las puertas, avanzó y se quedó allí de pie, observando a Elric con el rostro crispado por una ira desbordante.

La armadura que llevaba puesta brillaba como si estuviese al rojo vivo. En el brazo izquierdo llevaba un escudo del mismo material, y en la mano derecha empuñaba una espada de acero. Tenía una cabeza estrecha, aguileña, y llevaba barba y bigote negros bien recortados. Llevaba un yelmo muy ornamentado, con la Cresta de Tritón típica de Pan Tang. Con la voz temblorosa por la rabia, Jagreen Lern dijo:

-De modo que después de todo has mantenido parte de tu palabra, Elric. No sabes cuánto desearía haber podido matarte en Sequa cuando tuve oportunidad, pero entonces había hecho un trato con Darnizhaan...

-Lucha, Teócrata -le ordenó Elric con repentina calma-. Te daré otra oportunidad de que te enfrentes a mí en un combate justo.

-Justo? - dijo Jagreen Lern con desprecio-. ¿Empuñando esa espada? Una vez me enfrenté a ella y no perecí, pero ahora arde con las almas de mis mejores sacerdotes guerreros. Conozco su poder. No voy a ser tan tonto como para enfrentarme a ella. No... ¡deja que lo hagan quienes has desafiado!

Jagreen Lern se hizo a un lado. Las puertas se abrieron un poco más y si Elric había esperado encontrarse con figuras gigantescas, sufrió una decepción. Los duques habían adquirido proporciones y aspectos humanos. Pero al moverse, desprendían una especie de aura poderosa que llenaba el aire. Avanzaron desdeñando la presencia de Jagreen Lern y se colocaron en lo alto de la escalinata del palacio.

Elric observó sus hermosas caras sonrientes y volvió a estremecerse, porque en aquellos rostros vio reflejado una especie de amor, de amor mezclado con orgullo y confianza, de modo que por un momento le invadió la imperiosa necesidad de saltar del caballo y arrojarse a sus pies para implorarles que le perdonasen por haberse convertido en lo que era. Todo el anhelo y la soledad que llevaba dentro se le agolparon en la garganta y supo que aquellos hermosos seres lo reclamarían y lo protegerían...

-Y bien, Elric -dijo Arioco, el jefe-. ¿Te arrepentirás y volverás con nosotros?

Aquella voz poseía una belleza argéntea, y Elric estuvo a punto de desmontar, pero entonces se tapó las orejas con las manos mientras la espada rúnica colgaba de su correa, y gritó:

- ¡No! ¡No! ¡Debo hacer lo que es debido! ¡Se te ha acabado el tiempo, igual que a mí!

-No hables así, Elric -le pidió Balan con tono persuasivo-, nuestro dominio apenas acaba de comenzar. La tierra y todas sus criaturas no tardarán en formar parte del reino del Caos y así comenzará una época espléndida y salvaje. -Aquellas palabras traspasaron las manos de Elric y le dieron vueltas en la cabeza-. El Caos nunca había sido tan poderoso en la tierra... ni siquiera en sus inicios. Te haremos grande. ¡Te convertiremos en Señor del Caos, te pondremos a nuestra misma altura! Te ofrecemos la inmortalidad, Elric. Si te comportas estúpidamente, no harás más que encontrar la muerte, y nadie te recordará.

-¡Ya lo sé! ¡No quisiera ser recordado en un mundo dominado por la Ley!

-Eso no ocurrirá nunca -dijo Maluk riéndose por lo bajo-. Interceptamos cada uno de los movimientos que hace la Ley para ayudar a la tierra.

- ¡Por eso debéis ser destruidos! -gritó Elric.

- Somos inmortales... ¡nada puede acabar con nosotros! -exclamó Arioco con impaciencia.

- ¡Entonces os enviaré de vuelta al Caos de modo tal que jamás volváis a tener la capacidad de regresar a la tierra!

Elric agitó la espada rúnica en el aire y ésta tembló y lanzó un leve gemido, como si se mostrara insegura, igual

que su amo.

- ¿Lo ves? -dijo Balan bajando unos cuantos escalones-. Hasta tu adorada espacia sabe que decimos la verdad.

-La vuestra es una verdad a medias -dijo Moonglum con voz vacilante, asombrado de su propia osadía-. Pero yo recuerdo algo que encierra mayor verdad que la vuestra, una regla que debería unir al Caos y a la Ley, la Ley del Equilibrio. Ese equilibrio se mantiene en ía tierra y se ha decretado que el Caos y la Ley deben mantenerlo. A veces, se inclina hacia un lado, a veces, hacia el otro... así es como se crean las eras de la tierra. Pero un desequilibrio de esta magnitud está mal. ¿Acaso en vuestra lucha, vosotros, los representantes del Caos, os habéis olvidado de esto?

-Lo hemos olvidado por un buen motivo, mortal. El equilibrio se ha inclinado hasta tal punto a nuestro favor que ya no es posible recuperarlo. ¡El triunfo es nuestro!

Elric aprovechó la pausa para dominarse. Al notar su fuerza renovada, *Tormentosa* respondió con un ronroneo confiado.

Los duques también lo notaron y se miraron.

El hermoso rostro de Arioco se encendió de ira; bajó majestuoso en dirección de Elric seguido de los demás duques.

El corcel de Elric retrocedió unos cuantos pasos.

En la mano de Arioco surgió una descarga llameante que el dios lanzó contra el albino. Elric sintió un dolor frío en el pecho y se tambaleó en la silla.

-Tu cuerpo no importa–, Elric. ¡Pero piensa en el efecto que tendría una descarga semejante sobre tu alma! -Arioco comenzaba a perder su aire reposado y paciente.

Elric echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada. Arioco se había traicionado. De haber conservado la calma, habría contado con una mayor ventaja, pero se mostró perturbado por más que lo negase.

-En el pasado me has ayudado a vivir, Arioco. ¡Lo lamentarás!

-¡Todavía puedo poner remedio a mi desatino, advenedizo!

Sobre Elric cayó otra descarga, pero al levantar a *Tormentosa* comprobó, aliviado, que la espada había desviado aquella arma impía.

Pero ante semejante poder estaban, sin duda, condenados, a menos que lograsen invocar alguna ayuda sobrenatural. Pero Elric no se atrevía a recurrir a los hermanos de su espada rúnica. Todavía no. Debía pensar en algún otro medio. Mientras retrocedía ante las descargas abrasadoras, seguido de Moonglum, y murmuraba hechizos casi inútiles, pensó en los leones–buitres que había hecho regresar al Caos. Tal vez lograra llamarlos otra vez, pero con un fin diferente.

Recordaba claramente el hechizo, que en esas circunstancias requería un ligero cambio en la disposición mental y en la formulación. Sin perder la calma, esquivando mecánicamente las descargas de los duques, cuyas facciones habían experimentado un horrible cambio, aunque conservaban su belleza anterior, habían adquirido un aire malévolo, comenzó a pronunciar el hechizo:

¡Criaturas, Matik de Melniboné os creó
con la materia de la locura!
¡Si queréis seguir vivas como estáis ahora,
marchaos, o Matik volverá a emplear su hechizo!

De las zonas oscuras de la plaza surgieron las bestias picudas. Elric les gritó a los duques:

- ¡Las armas mortales no pueden dañaros! ¡Pero estas bestias vienen de vuestro mismo plano! ¡Comprobad su ferocidad! -Y en la extraña lengua de Melniboné ordenó a los leones–buitres que se lanzasen sobre los duques.

Dominados por la aprensión, Arioco y los demás duques volvieron a subir la escalinata, al tiempo que gritaban sus propias órdenes a los gigantescos animales, pero las bestias continuaron avanzando a mayor velocidad.

Elric vio cómo gritaba y se debatía Arioco cuando su cuerpo se partió en dos y adquirió una nueva forma menos reconocible en el instante mismo en que las bestias lo atacaron. De repente, la escena se cubrió de colores, de sonidos agudos y materia desordenada. Detrás de los demonios en lucha, Elric vio que Jagreen Lern corría a refugiarse en su palacio. Con la esperanza de cjue las criaturas que había convocado lograsen contener a los duques, Elric espoleó a su caballo, rodeó la masa hirviente y subió la escalinata al galope.

Los dos hombres traspusieron las puertas y alcanzaron a atisbar al aterrorizado Teócrata que corría delante de ellos.

- ¡Tus aliados no eran tan fuertes como creías, Jagreen Lern! -aulló Elric abalanzándose sobre su enemigo-,

¡Infeliz, no sé qué te hizo pensar que tus conocimientos estarían a la altura de los de un melnibonés!

Jagreen Lern comenzó a subir afanosamente una sinuosa escalera, demasiado aterrado como para mirar atrás. Elric lanzó otra de sus carcajadas, sofrenó a su caballo y observó al hombre que huía.

- ¡Duques! ¡Duques! -sollozó Jagreen Lern sin dejar de subir-. ¡No me abandonéis ahora!

- ¿No es verdad que esas criaturas no podrán derrotar a los aristócratas del Infierno? - inquinó Moonglum con un hilo de voz.

Elric sacudió la cabeza y repuso:

-No espero que lo hagan, pero si acabo con Jagreen Lern, al menos pondré fin a sus conquistas y no podrá seguir invocando demonios.

Espoleó al corcel nihrainiano y subió la escalera tras el Teócrata, que al oírlo venir se encerró en una habitación. Elric oyó el sonido de una tranca al caer y el chirrido de los pasadores.

Cuando estuvo ante la puerta, ésta cayó al primer mandoble y entró en los aposentos. Jagreen Lern había desaparecido.

Elric desmontó y se dirigió a una puertecita que se encontraba en el extremo más alejado del cuarto y la derribó también. Una estrecha escalera conducía hacia lo alto; sin duda, hacia una torre. Pensó que por fin podría vengarse; subió la escalera y se encontró en. lo alto con otra puerta más; levantó la espacia para destrozarla, pero al caer sobre ella, la puerta resistió.

- ¡Maldita sea, está protegida por un encantamiento! Se disponía a asestar otro mandoble, cuando oyó que Moonglum lo llamaba con insistencia desde abajo.

- ¡Elric! Elric... han derrotado a las criaturas. ¡Vuelven al palacio!

Por el momento tendría que olvidarse de Jagreen Lern. Bajó de un salto, llegó a los aposentos y salió a la escalera. En el vestíbulo vio las formas fluctuantes de la impía trinidad. En mitad de la escalera Moonglum temblaba como una hoja.

- *Tormentosa* -gritó Elric-, es hora de invocar a tus hermanos.

La espada se agitó en su mano, como si asintiera. Elric comenzó a cantar la complicada runa que Sepiriz le había enseñado. *Tormentosa* gimió haciéndole de fondo mientras que los duques, fatigados por la batalla, iban tomando distintas formas y comenzaban a acercarse amenazadoramente a Elric.

En el aire, alrededor del albino, aparecieron unas siluetas borrosas que se encontraban parcialmente en el plano de Elric y en el del Caos. El albino las vio moverse y de pronto fue como si el aire se hubiera llenado de un millón de espadas, todas gemelas de *Tormentosa.*

Siguiendo su instinto, Elric soltó su espada y la lanzó junto con las demás. Quedó suspendida en el aire ante las demás, que parecieron reconocerla.

- ¡Guíalas, *Tormentosa!* ¡Que luchen contra los duques... o tu amo morirá y jamás volverás a beber almas humanas!

El mar de espadas se agitó y un espantoso gemido surgió de ellas. Los duques se abalanzaron sobre el albino y éste retrocedió ante el odio que despedían aquellas formas retorcidas.

Miró hacía abajo y al ver a Moonglum acurrucado en su silla no supo si había muerto o se había desvanecido.

Las espadas cayeron entonces sobre los duques y Elric sintió náuseas ante el espectáculo de un millón de aceros hundiéndose en la materia de aquellos seres.

El ruido ululante de la batalla resonó en sus oídos, y la espantosa visión del conflicto le nubló la vista. Sin la malvada vitalidad de *Tormentosa,* se sintió débil y desprotegido. Le temblaban las rodillas y las piernas apenas lograban sostenerlo; nada podía hacer para ayudar a los hermanos de la espada negra en su lucha contra los Duques del Infierno.

Se desplomó, consciente de que si continuaba presenciando semejante horror iba a volverse completamente loco. Agradecido, notó que todo se volvía negro y, por fin, perdió el sentido sin saber a ciencia cierta quién ganaría.

11

Le picaba el cuerpo. Le dolían los brazos y la espalda. Las muñecas le latían de dolor. Elric abrió los ojos.

Ante él descubrió inmediatamente a Moonglum, encadenado de pies y manos a la pared. En el centro de la estancia fluctuaba una llama mortecina; sintió dolor en la rodilla desnuda, miró hacia abajo y vio a Jagreen Lern.

El Teócrata le escupió.

-De modo que he fallado -dijo Elric con voz poco clara-. Después de todo tú ganas.

Jagreen Lern no parecía triunfante. En sus ojos bullía aún la ira.

- ¿Y cómo voy a castigarte? -susurró.

-¿Castigarme? ¿Entonces...? -El corazón de Elric latió con más fuerza.

-Tu último hechizo dio resultado -dijo el Teócrata, categórico, al tiempo que se volvía para contemplar el brasero-. Tus aliados y los míos desaparecieron y todos mis intentos por ponerme en contacto con los duques han fallado. Has cumplido con tu amenaza, o lo han hecho tus esbirros por ti... ¡los has enviado para siempre al Caos!

- ¿Y mi espada? ¿Qué me dices de mi espada?

-Es mi único consuelo -dijo el Teócrata con una amarga sonrisa-. Tu espada desapareció junto con las otras. Ahora eres débil e indefenso, Elric. Podré torturarte y mutilarte hasta el fin de mis días.

Elric estaba pasmado. Una parte de él se alegraba de que los duques hubiesen sido derrotados. Pero parte de él lamentaba la pérdida de su espacia. Tal como Jagreen Lern había manifestado, sin su acero era menos que un hombre corriente, porque el albinismo lo debilitaba. Ya comenzaba a fallarle la vista y las piernas no le respondían.

Jagreen Lern levantó la mirada y lo observó.

-Disfruta de los pocos días sin dolor que te quedan, Elric. Entretanto, imagínate lo que te tengo reservado. Ahora he de irme para darles instrucciones a mis hombres; han de preparar la flota de guerra que zarpará pronto hacia el sur. No voy a perder el tiempo ahora con toscas torturas, porque he de buscar las más exquisitas imaginables. Juro que tardarás años en morir.

Abandonó la celda y mientras la puerta se cerraba con estrépito, Elric oyó a Jagreen Lern que le decía al guardia:

-Que el brasero no se apague en ningún momento. Quiero que suden como condenados. Dales de comer cada tres días, y poco, lo suficiente como para que no se mueran. No tardarán en suplicar cjue les demos agua. Sólo les darás la suficiente para que sigan vivos. Se merecen algo mucho peor que esto, y ya les daré su merecido cuando mi mente haya tenido tiempo para meditar el problema.

La verdadera agonía comenzó al día siguiente. Sus cuerpos habían consumido hasta la última gota de sudor. Se les había hinchado la lengua y mientras gemían en su tormento, fueron conscientes de que aquella terrible tortura no sería nada comparada con lo que les esperaba. El cuerpo debilitado de Elric no respondía a pesar de que él se desesperaba por moverse; al final, se le nubló la mente y el dolor se convirtió en algo constante y familiar; el tiempo dejó de existir.

Más tarde, a través de una especie de niebla logró reconocer una voz. Era la voz cargada de odio de Jagreen Lern.

En la celda había más gente. Sintió que unas manos lo agarraban y se notó ligero cuando lo levantaron en volandas y lo sacaron de allí.

Aunque oía frases sueltas, no lograba encontrarle sentido alguno a las palabras de Jagreen Lern. Fue conducido a un sitio oscuro que se zarandeaba, lo cual le producía más dolor en el pecho.

Más tarde oyó la voz de Moonglum y se esforzó por comprender sus palabras.

- ¡Elric! ¿Qué ocurre? Juraría que estamos a bordo de una nave en alta mar!

Pero Elric masculló algo ininteligible. Su cuerpo se iba debilitando más deprisa que el de cualquier hombre normal. Pensó en Zarozinia, a quien no volvería a ver nunca más. Sabía que no viviría para enterarse si al final había vencido la Ley o el Caos, o si las tierras del sur harían frente al Teócrata.

Pero en cuanto estos pensamientos tomaban forma en su mente volvían a desvanecerse.

Después comenzó a llegar la comida y el agua que en cierto modo lo revitalizaron. En un momento dado, abrió

los ojos y al mirar hacia arriba descubrió el rostro sonriente de Jagreen Lern.

-Gracias a los dioses -dijo el Teócrata-. Temía haberte perdido. Amigo mío, eres muy delicado, no cabe duda. Debes vivir mucho más. Para comenzar con mi diversión, he decidido que navegaras en mi nave insignia. Estamos cruzando ahora el Mar del Dragón, y nuestra flota avanza con el auxilio de unos encantamientos que la protegen de los monstruos que pululan por estas zonas. -Frunció el ceño y añadió-: Gracias a ti, no necesitamos utilizar hechizos que nos habrían permitido surcar a salvo las aguas agitadas por el Caos. De momento, los mares están en calma. Pero eso pronto cambiará.

Por un momento, Elric recuperó su antiguo genio y lanzó a su enemigo una mirada cargada de odio, pero aún seguía demasiado débil como para expresar con palabras el asco que le inspiraba.

Jagreen Lern se echó a reír y movió la cara pálida y demacrada de Elric con la punta de la bota.

-Creo que podré preparar una poción que te dé un poco más de vitalidad.

La comida que le sirvieron después tenía un sabor asqueroso, y tuvieron que hacérsela tragar a la fuerza, pero al cabo de un instante, Elric pudo sentarse y contemplar el cuerpo encogido de Moonglum. Evidentemente, el hombrecito había sucumbido por completo a la tortura. Para su sorpresa, Elric descubrió que no llevaba grilletes; a rastras se acercó al Oriental y lo sacudió. Moonglum soltó un quejido pero no dijo nada más.

Un haz luminoso traspasó de pronto la oscuridad de la bodega. Elric parpadeó, y al mirar hacia lo alto descubrió que la escotilla había sido abierta y que la cara barbuda de Jagreen Lern lo miraba desde arriba.

-Bien, bien. Veo que la poción te ha hecho efecto. Anda, Elric, sube a aspirar el olor vigorizante del mar y a sentir el calor del sol. No estamos muy lejos de las costas de Argimiliar y nuestras naves exploradoras nos informan que una flota de considerable tamaño viene hacia aquí.

-¡Por Arioco, espero que os hundan! -maldijo Elric. Jagreen Lern apretó los labios, y le preguntó burlón:

-¿Por quién? ¿Por Arioco? ¿Es que no te acuerdas de lo que pasó en mi palacio? Arioco ya no puede ser invocado, ni por ti, ni por mí. ¡Tus malditos hechizos tienen la culpa! -Se dirigió a un subalterno que Elric no veía y le ordenó-: Átalo y súbelo a cubierta. Ya sabes qué hacer con él.

Dos guerreros bajaron a la bodega y sujetaron al aún débil Elric; lo ataron de pies y manos y lo subieron a la cubierta con brutalidad. Cuando el sol le dio en los ojos se quedó boquiabierto.

-Levantadlo para que podamos verlo -ordenó Jagreen Lern.

Los guerreros obedecieron y Elric fue izado hasta quedar de pie; entonces vio la enorme nave insignia de Jagreen Lern, con los toldos de seda en la cubierta agitados por la brisa del oeste, sus tres hileras de esforzados remeros y el alto mástil de ébano en el que ondeaba una vela rojo oscuro.

Más allá de las barandillas de la nave, Elric vio que una flota inmensa seguía a la nave insignia. Además de los barcos de Pan Tang y de Dharijor, había muchos de Jharkor, de Shazar y Tarkesh, pero en cada vela escarlata aparecía pintado el Tritón típico de Pan Tang.

Elric sintió una honda desesperación, porque sabía que por más fuertes que fueran las tierras del sur, no podrían hacer frente a semejante flota.

-Llevamos navegando apenas tres días -dijo Jagreen Lern-, pero gracias a un viento mágico, casi hemos llegado a nuestro destino. Una de nuestras naves exploradoras nos acaba de informar que al oír rumores de nuestra superioridad, la marina lormyriana navega hacia aquí para aliarse a nosotros. Una medida sabia del rey Montan... al menos de momento. Lo utilizaré y cuando deje de serme útil, lo mataré por ser un traidor y un renegado.

-¿Para qué me cuentas todo esto? -susurró Elric, haciendo rechinar los dientes para soportar el dolor que le provocaba el más ligero movimiento.

- Porque quiero que veas con tus propios ojos la derrota del sur. Los Príncipes Mercaderes navegan hacia aquí para hacernos frente... Vamos a aplastarlos sin ninguna dificultad. Quiero que sepas que lo que pretendiste impedir se producirá de todos modos. Cuando hayamos sometido al sur y nos hayamos apoderado de sus tesoros, venceremos a la Isla de las Ciudades Purpúreas, continuaremos nuestro avance y saquearemos Vilmir e Ilmiora. Será sencillo, ¿no crees? Contamos con otros aliados, aparte de los que tú derrotaste.

Al ver que Elric no le contestaba, Jagreen Lern se impacientó e hizo una señal a sus hombres.

-Atadlo al mástil para que vea bien la batalla. Protegeré su cuerpo con un hechizo, porque no quiero que una flecha perdida lo mate y me impida gozar de mi venganza.

Elric fue conducido hasta el mástil y atado a él, pero apenas se dio cuenta de lo que hacían pues tenía la cabeza inclinada sobre el hombro derecho y estaba semiinconsciente.

La flota siguió avanzando, segura de la victoria.

Hacia media tarde, el grito del timonel sacó a Elric de su estupor.

-Hacia el sudoeste. ¡La flota lormyriana se acerca!

Con rabia e impotencia, Elric vio como las cincuenta y dos naves con sus brillantes velas desplegadas que contrastaban con las de color rojo sombrío de las embarcaciones de Jagreen Lern, se alineaban a las demás.

Aunque Lormyr era una potencia inferior a Argimiliar, poseía una armada mayor. Elric calculó que la traición del rey Montan le había costado al sur más de un cuarto de sus fuerzas.

Supo entonces que no quedaba absolutamente ninguna esperanza para el sur y que la seguridad de Jagreen Lern en obtener la victoria no era infundada.

Cayó la noche y la flota esperó anclada. Un guardia se acercó a alimentar a Elric con una papilla que contenía otra dosis de la poción. Al recuperar las fuerzas, su rabia aumentó, y en dos ocasiones Jagreen Lern se detuvo junto al mástil para provocarlo de un modo despiadado.

-En cuanto amanezca nos encontraremos con la flota del sur -le informó con una sonrisa-, y al mediodía, lo que quede de ella flotará como una masa ensangrentada tras nuestra estela, mientras nosotros seguiremos avanzando para establecer nuestro dominio sobre las naciones que tan estúpidamente han confiado sus destinos a su armada.

Elric recordó que había advertido a los reyes de las tierras del sur que aquello podía ocurrir si se enfrentaban solos al Teócrata. Pero deseó haberse equivocado. Con el sur derrotado, la conquista del este parecía al alcance de la mano, y cuando Jagreen Lern gobernara el mundo, imperaría el Caos y la tierra regresaría a la sustancia de la que había surgido millones de años antes.

Durante toda aquella noche sin luna, meditó. Organizó sus pensamientos y reunió sus fuerzas para idear un plan que era sólo una sombra sepultada en el fondo de su mente.

12

Lo despertó el traqueteo de las anclas.

Parpadeando ante la luz tenue del sol, en el horizonte vio la flota del sur que avanzaba majestuosamente y envuelta en una pompa inútil hacia los barcos de Jagreen Lern. Pensó entonces que los reyes del sur o eran muy valientes o no habían calibrado bien la fuerza del enemigo.

Debajo de donde él se encontraba, en la cubierta principal de Jagreen Lern, descansaba una enorme catapulta y unos esclavos habían comenzado a cargarla con una enorme bola de brea encendida. Elric sabía que, normalmente, las catapultas como aquella eran un estorbo, puesto que cuando alcanzaban aquel tamaño resultaban muy difíciles de manejar, evidenciando las ventajas de las máquinas de guerra más ligeras, cuya manipulación era bastante más fácil. Sin embargo, era evidente que los ingenieros de Jagreen Lern no eran tontos. Elric observó que el enorme artefacto contaba con unos mecanismos adicionales que facilitaban su rápido manejo.

El viento había amainado y quinientos pares de brazos se esforzaron por hacer avanzar la galera de Jagreen Lern. En cubierta, ordenados disciplinadamente, los guerreros ocuparon sus puestos junto a las plataformas de abordaje que harían descender sobre los barcos enemigos, a los que se engancharían permitiéndoles formar un puente entre las naves.

Elric se vio obligado a reconocer que Jagreen Lern había sido previsor. No se había fiado por completo de la ayuda sobrenatural. Aquellos eran los barcos mejor equipados que había visto en su vida. La flota del sur estaba condenada. Luchar contra Jagreen Lern era una locura.

Pero el Teócrata había cometido un solo error. En su ardiente deseo de venganza, le había devuelto a Elric por unas horas parte de su vitalidad, y esta vitalidad se había extendido tanto a su mente como a su cuerpo.

Tormentosa había desaparecido. Con la ayuda de su espada era invencible. Sin ella, se sentía impotente. Aquellos eran dos hechos irrefutables. Por lo tanto, debía recuperar su acero a toda costa. ¿Pero cómo? Había regresado al plano del Caos junto con sus hermanos, presumiblemente arrastrada por la fuerza descomunal de las demás espadas.

Debía ponerse en contacto con ella.

No se atrevía a invocar a toda la horda de espadas con su hechizo, pues aquello sería tentar demasiado a la providencia.

Oyó un súbito chasquido y el rugido de la gigantesca catapulta al efectuar su primera descarga. La bola envuelta en llamas describió un arco sobre el océano y cayó al mar haciendo hervir las aguas antes de hundirse. El artefacto fue recogido de inmediato, y Elric se maravilló de la rapidez con que partió otra bola de brea ardiente. Jagreen Lern lo miró y lanzó una carcajada.

-Mi placer será muy fugaz. Son muy pocos y no ofrecerán demasiada resistencia. ¡Obsérvalos morir, Elric!

Elric no dijo palabra y se fingió temeroso y asombrado.

La siguiente bola de fuego fue a caer sobre una de las naves insignia y Elric vio como unas pequeñas siluetas salían corriendo y luchaban desesperadamente por apagar el fuego, pero al cabo de nada, toda la nave se convirtió en una pira inmensa, y las pequeñas siluetas saltaron por la borda, incapaces de salvar su embarcación.

A su alrededor, el aire se llenó con el sonido silbante de las bolas ígneas y la flota del sur, que ya se había puesto a tiro, respondía con máquinas más ligeras hasta que llegó un momento en que el cielo se llenó de miles de cometas y el calor llegó a ser tan insoportable como el que Elric había experimentado en la sala de torturas. Densas columnas de humo negro comenzaron a elevarse cuando las puntas de bronce de los espolones horadaron la madera espetando a los barcos como si fueran pescados. Al producirse los primeros combates cuerpo a cuerpo comenzaron a oírse los roncos gritos de los que luchaban y el entrechocar de las espadas.

Pero a Elric apenas le llegaban los sonidos, porque estaba sumido en una profunda reflexión.

Cuando por fin su mente estuvo dispuesta, con una voz desesperada y agónica que los oídos humanos no alcanzaron a percibir por encima del ruido de la guerra gritó:

- *¡Tormentosa!*

Su mente se esforzó para acompañar aquel grito y fue como si su mirada se perdiera más allá de la turbulenta

batalla, más allá del océano, más allá de la tierra misma, para posarse en un lugar de .sombras y terror. Allí había algo que se movía. Allí había muchas cosas que se agitaban.

-*¡Tormentosa!*

Desde abajo le llegó una maldición y vio que Jagreen Lern señalaba en su dirección.

-Amordazad al hechicero albino -ordenó Jagreen Lern. Sus ojos se encontraron con los de Elric, y el Teócrata inspiró y esperó un instante antes de añadir-: ¡Y si a pesar de eso no callara... matadlo!

El lugarteniente comenzó a subir al mástil en dirección a Elric.

- *¿Tormentosa!* ¡Tu amo se está muriendo! Luchó por desatarse, pero apenas logró moverse.

-*¡Tormentosa!*

Durante toda su vida había odiado a la espada de la que tanto dependía, y de la que pudo prescindir cada vez menos a medida que el tiempo iba pasando, pero en aquel momento la llamó como un hombre llama a su amada.

El guerrero lo aferró por el pie y lo sacudió.

- ¡Cállate! ¡Ya has oído a mi amo!

Con una mirada enloquecida, Elric pateó al guerrero, éste se estremeció y desenvainó la espada, sujetándose del mástil con una sola mano, dispuesto a asestarle a Elric un mandoble en sus órganos vitales.

-*¡Tormentosa!* -sollozó Elric. Debía seguir con vida. Sin él, el Caos acabaría dominando el mundo.

El hombre intentó asestarle un mandoble al cuerpo de Elric pero su espada no alcanzó al albino. Entonces, Elric recordó, súbitamente divertido, que Jagreen Lern le había protegido con un hechizo. ¡La magia del Teócrata había salvado a su enemigo!

-*¡Tormentosa!*

El guerrero se quedó sin aliento al comprobar que la espada se le caía de la mano. Intentó luchar contra algo invisible que lo tenía sujeto del cuello; Elric vio en ese instante que al hombre le rebanaban los dedos y que la sangre brotaba a chorros de los muñones. Después, lentamente, una forma se materializó y con alivio, el albino comprobó que era una espada... su propia espada rúnica la que atravesaba al guerrero y le bebía el alma.

El guerrero cayó, pero *Tormentosa* quedó colgada en el aire y volvió a caer para cortar las cuerdas que ataban las manos de Elric; después, se frotó casi con afecto contra la mano de su amo.

De inmediato, la vida que acababa de beber del cuerpo del guerrero comenzó a fluir a través de Elric y el dolor de su cuerpo desapareció. Se aferró con fuerza a uno de los cabos de la vela *y* cortó el resto de sus ataduras hasta quedar colgado en el aire.

-Y ahora Jagreen Lern verá quién va a ser el que logre vengarse.

Impulsándose con fuerza, se balanceó sobre la cubierta y cayó suavemente sobre ella; la impía vitalidad que le había proporcionado su espada lo llenó de un gozo casi divino. Nunca lo había experimentado con tanta fuerza.

Notó entonces que las plataformas de abordaje estaban en posición y que en la nave insignia sólo quedaba una tripulación mínima. Jagreen Lern debía de haber conducido al grueso de sus fuerzas hacia la embarcación sujeta por los ganchos.

Cerca de él vio un barril de brea de la utilizada para las bolas de fuego. Y a su lado había una antorcha para encenderlas. Elric cogió la antorcha y la lanzó al barril.

-Aunque Jagreen Lern gane esta batalla, su nave insignia acabará en el fondo del océano, junto a la flota del sur -dijo con tono sombrío, y corrió hacia la bodega donde había estado encerrado, para rescatar a Moonglum que continuaba allí, indefenso.

Levantó la escotilla, miró hacia abajo y vio el estado lamentable en que se encontraba su amigo. Evidentemente, lo habían dejado sin comida, para que muriera de hambre. Una rata se escabulló al ver entrar la luz en la bodega.

Elric entró de un salto y comprobó horrorizado que a Moonglum le habían comido parte del brazo derecho. Cargó el cuerpo sobre sus hombros, notó que el corazón aún le latía débilmente y subió a cubierta. Sería un problema poner a salvo a su amigo y al mismo tiempo vengarse de Jagreen Lern. Pero Elric avanzó por la plataforma de abordaje que supuestamente había utilizado el Teócrata. Al hacerlo, tres guerreros le salieron al paso. Uno de ellos gritó:

- ¡El albino! ¡El saqueador escapa!

Con un leve movimiento de la muñeca, Elric lo derribó de un golpe. La espada negra hizo el resto. Los demás retrocedieron al recordar cómo Elric había entrado en Hwamgaarl.

Nuevas energías fluyeron en sus venas. Porque cuantos más hombres mataba, su fuerza iba aumentando; una fuerza robada, pero necesaria si quería sobrevivir y ganar la partida para la Ley.

Corrió como si no llevara carga alguna, recorrió la plataforma de abordaje y saltó a la cubierta de la nave del sur. Mas adelante vio el estandarte de Argimiliar y un pequeño grupo de hombres a su alrededor, capitaneados por el mismo rey Hozel, que lo contemplaba con rostro tenso, porque sabía que su fin estaba próximo. Una muerte

merecida, por su orgullosa negativa a aceptar la ayuda de Kargan, pensó Elric sombríamente, pero no obstante, la muerte de Hozel sería otro triunfo para el Caos.

Oyó entonces un grito de una naturaleza distinta y pensó por un momento que lo habían descubierto, pero vio que uno de los hombres de Hozel señalaba hacia el norte e intentaba decir algo.

Elric miró en esa dirección y descubrió las valientes naves cíe las Ciudades Purpúreas. Eran naves de guerra, mejor equipadas para la batalla que las de los Príncipes Mercaderes. Sus brillantes velas atraían la luz. El único ornamento suntuoso que los austeros Señores del Mar se permitían aparecía expuesto en .sus velas. Kargan, viejo amigo de Elric, debía de ir al frente de ellas. Quizá existía aún la posibilidad de que se volvieran las tornas y de que pudieran derrotar a Jagreen Lern, cuya flota comenzaba a actuar de forma desorganizada.

Elric calculó que con él al frente podrían vencer. Con ese pensamiento, lanzó por la borda el cuerpo inconsciente de Moonglum y se zambulló tras él en el mar.

La espada le daba una fuerza sobrehumana; nadó hacia la nave insignia, que era la de Kargan, arrastrando el cuerpo de Moonglum. Confiando en los amplios conocimientos de náutica del señor del mar, nadó directamente hacia el galeón, gritando el nombre de Kargan.

La nave viró ligeramente *y* vio asomarse por la borda una fila de caras barbudas; cayeron unos cabos en su dirección, aferró uno y dejó que lo subieran a bordo con su carga.

Cuando los marineros los izaron sobre cubierta, Elric vio que Kargan lo observaba con ojos llenos de asombro. El señor del mar vestía la tosca armadura cíe cuero de su pueblo. Llevaba un yelmo de hierro y tenía una encrespada barba negra.

-¡Elric! ¡Creíamos que habías muerto... que te habías perdido en tu viaje hacia el sur! Dyvim Slorm está abajo... fue él quien me convenció para que acudiera en auxilio de los inútiles príncipes del continente, pero me temo que he llegado demasiado tarde.

Elric escupió agua salada y repuso:

-Es posible... pero si no atacamos ahora mismo, Jagreen Lern tendrá tiempo de reorganizarse. Hemos de hacer lo que podamos.

Kargan asintió con aire sombrío e instruyó a sus marineros:

-Llevaos abajo al pequeño, que lo vea el médico, y decidle al señor Dyvim Slorm que hemos pescado a un pariente suyo.

Los hombres obedecieron a Kargan y al mirar atrás, Elric comprobó que casi todos los barcos de la flota del sur habían sido hundidos. A más de un kilómetro a la redonda el mar estaba cubierto de embarcaciones en llamas, y el crepitar del fuego se entremezclaba con los gritos de los heridos.

-Si no detenemos ahora mismo a Jagreen Lern -dijo Kargan-, el resto del mundo no tardará mucho en caer presa de sus hordas.

Dyvim Slorm subió a cubierta y sonrió aliviado cuando vio a Elric.

-Te veo con vida, primo... aunque bastante maltrecho. ¿Estás dispuesto a continuar la lucha? Elric asintió y le dijo:

- *Tormentosa* me dará la fuerza que necesito.

Ya lograba pensar con más claridad, y recordaba algo que Jagreen Lern había dicho sobre otros aliados. ¿Pero qué clase de aliados? Quizá no hubiera sido más que un alarde, aunque no era seguro. Si atacaban en ese momento, tal vez hubiera tiempo de derrotarlo antes de que esos aliados acudieran en su auxilio.

Detrás de la nave insignia de Kargan vio al resto de la nota, los barcos más alejados eran diminutas siluetas en el horizonte. Las embarcaciones se disponían ya en formación de batalla, distribuyéndose en cinco escuadrones, cada uno al mando de un Señor del Mar experimentado de las Ciudades Purpúreas.

-¿Y Zarozinia? -preguntó.

-Está a salvo -repuso Dyvim Slorm con una sonrisa-. La envié a Karlaak acompañada de una fuerte escolta. En estos momentos se encontrará ya en la corte de su padre.

-Bien -dijo lanzando un suspiro. Había pasado tan poco tiempo con ella. Sin embargo, si lograban derrotar al Teócrata, quizá dispondría de mucho más para dedicárselo.

-Estas últimas noches hemos dormido muy mal -decía Dyvim Slorm-. A todos nos costó mucho conciliar el sueño, y cuando por fin llegaba, resultaba siempre agitado. Visiones de pozos, de monstruos y demonios, de formas horripilantes, de poderes sobrenaturales poblaban nuestros sueños.

Elric asintió sin prestar demasiada atención a su amigo. Los elementos del Caos que cada uno de ellos llevaba dentro habían despertado en respuesta al avance de la Horda del Caos. Abrigó la esperanza de que fuesen todos lo bastante fuertes como para resistir en realidad igual que habían hecho en sueños.

- ¡Hay una perturbación a proa! -gritó el vigía.

Elric hizo bocina con las manos y echó la cabeza hacia atrás.

- ¿Qué clase de perturbación? -preguntó.

-No se parece a nada de lo que he visto, mi señor... ¡no sé describirla!

Elric se dirigió a Kargan y le dijo:

-Instruye a la flota... aminora la velocidad a un golpe de tambor cada cuatro, y que los jefes de escuadrones esperen la orden de ataque.

A grandes zancadas se dirigió hacia el mástil y comenzó a subir al puesto del vigía. Cuando se encontró muy por encima de la cubierta, el vigía salió de su puesto y dejó pasar a Elric dado que sólo había sitio para una persona.

- ¿Es un enemigo, mi señor? -le preguntó mientras Elric subía a la plataforma.

El albino observó el horizonte y notó una especie de negrura enceguecedora que de vez en cuando soltaba unas descargas que permanecían en el aire unos instantes para volver a hundirse en la masa principal. Era una masa humeante, difícil de definir, que iba avanzando lenta hacia la flota de Jagreen Lern.

-Es un enemigo -dijo Elric en voz baja. Reconoció en aquella masa negra a una manifestación del Caos.

Evidentemente, Jagreen Lern no había alardeado. Sus aliados acudían en su auxilio.

Permaneció unos instantes en el puesto del vigía, estudiando la materia del caos que iba proyectándose en el cielo, como un monstruo amorfo presa de los estertores de la muerte. Pero aquellos no eran los estertores de la muerte. El Caos distaba mucho de estar al borde de la muerte.

Los restos de la flota del Teócrata habían virado y remaban velozmente en dirección de la extraña negrura que todavía no había adquirido una forma definida, aunque ya se distinguían unas siluetas borrosas. ¿Qué era? Elric se sintió invadido por la desesperanza. No les quedaba más remedio que luchar, pero estaban condenados de antemano.

Desde el puesto que ocupaba, alcanzó a ver claramente la flota que formaba sus respectivos escuadrones, disponiéndose en una cuña de más de un kilómetro por su parte más ancha y unos tres de profundidad. La nave de Kargan se encontraba al frente cié las demás, a la vista de los escuadrones. Elric gritó a Kargan al verlo pasar junto al mástil:

- ¡Espera la orden de avanzar, Kargan!

El señor del mar asintió sin detenerse. El escuadrón de cabeza estaba formado por las naves de guerra más pesadas que atacarían a la flota enemiga por el centro y tratarían de destruir su formación, apuntando sobre todo a la nave ocupada por Jagreen Lern. Si lograban matar o capturar a Jagreen, probablemente tendrían asegurada la victoria.

La materia oscura se encontraba más cercana y se había reunido con la flota del Teócrata. Elric sólo logró distinguir las velas de los primeros barcos, desplegadas una detrás de la otra. Cuando se acercaron aún más, reconoció finalmente las siluetas que iban emergiendo de la negrura. Eran unas siluetas inmensas y centelleantes al lado de las cuales quedaban empequeñecidas incluso las gigantescas naves de Jagreen Lern.

Las Naves del Caos.

Elric las reconoció gracias a su conocimiento de las ciencias ocultas. Se decía que aquellas naves navegaban normalmente en las profundidades de los océanos, y que su tripulación estaba formada por los ahogados, capitaneados por criaturas que nunca habían sido humanas. Era una flota que provenía del más profundo y oscuro dominio submarino que, desde tiempos inmemoriales, había disputado por la posesión del territorio, entre los Elementos Acuáticos, bajo el mando de Straasha, su rey, y los Señores del Caos, que reclamaban las profundidades marinas como su principal territorio en la tierra. Según las leyendas, el Caos había dominado durante una época sobre todos los mares y la Ley, sobre toda la tierra. Esto explicaba quizá el miedo que el mar inspiraba a muchos seres humanos, y la atracción que ejercía en otros.

Pero el hecho era que a pesar de que los Elementos habían logrado conquistar las zonas menos profundas del mar, los Señores del Caos habían mantenido el dominio sobre las profundidades abismales gracias a la ayuda de su flota de muertos. Las mismas naves eran de fabricación sobrenatural, y sus capitanes tampoco provenían de la tierra, sólo sus tripulaciones habían sido humanas y eran indestructibles.

Al acercarse más, Elric ya no tuvo dudas de que se trataba de esas naves. La Señal del Caos brillaba en sus velas: ocho flechas color ámbar que surgían de un centro, que representaba la jactancia del Caos de que contenía todas las posibilidades, mientras que se suponía que la Ley destruía toda posibilidad y todo resultado en un estancamiento perpetuo. La señal de la Ley era una sola flecha con la punta hacia arriba, que simbolizaba el crecimiento dinámico.

Elric sabía que en realidad el Caos era el precursor del estancamiento, porque a pesar de que cambiaba constantemente, nunca avanzaba. Pero en el fondo de su corazón, seguía añorando aquel estado, porque su pasada lealtad a los Señores del Caos le había sido más útil en momentos de salvaje destrucción que en los de progreso estable.

Pero el Caos debía luchar contra el Caos; Elric debía volverse en contra de aquellos a los cuales había sido leal,

utilizando armas forjadas por fuerzas caóticas para, ironías de la vida, derrotar a esas mismas fuerzas.

Abandonó el puesto del vigía, bajó por el mástil y saltó los últimos metros que le faltaban para plantarse en cubierta, en el momento en que aparecía Dyvim Slorm. Informó rápidamente a su primo de lo que había visto.

Dyvim Slorm no lograba salir de su asombro.

- Pero la flota de los muertos nunca sale a la superficie... salvo cuando... -se interrumpió y abrió desmesuradamente los ojos.

Elric se encogió de hombros y dijo:

-La leyenda cuenta que la flota de los muertos saldrá de las profundidades cuando llegue la lucha final, cuando el Caos esté dividido y se enfrente a sí mismo, cuando la Ley sea débil y la humanidad escoja un bando u otro en esta batalla final de la que surgirá una nueva tierra dominada por el Caos total, o la Ley casi total.

-¿Es ésta esa batalla final?

- Podría ser -respondió Elric-. Será sin duda una de las últimas puesto que decidirá para siempre si imperarán la Ley o el Caos.

-Si somos derrotados, entonces es indudable que imperará el Caos.

-Es posible, pero recuerda que la lucha no la deciden sólo las batallas.

-Eso dijo Sepiriz, pero si hoy somos derrotados, nos quedarán muy pocas posibilidades de descubrir si es verdad o no -Dyvim Slorm aferró la empuñadura de *Enlutada* y añadió-: Alguien ha de utilizar estos aceros, estas espadas del destino, cuando llegue el momento de decidir el duelo. Cada vez tenemos menos aliados, Elric.

-Es cierto.

13

La flota de Jagreen Lern avanzó hacia ellos y tras su estela planeaba la hirviente materia del Caos.

Elric dio la orden y los galeotes impulsaron sus remos haciendo que la nave insignia avanzara hacia el enemigo.

Mientras la nave insignia surcaba las olas espumosas, Elric desenvainó su espada y lanzó el antiquísimo grito de guerra de Melniboné, un grito lleno de alegre maldad. La voz espeluznante de *Tormentosa* se unió a la de su amo para entonar una canción insistente ante el inminente banquete que se daría con la sangre y las almas del enemigo.

La nueva nave insignia de Jagreen Lern se escudaba tras tres filas de buques de guerra y detrás de ella iban las Naves del Caos.

El espolón de hierro de la embarcación de Elric ensartó al primer barco enemigo y los galeotes se inclinaron sobre sus remos para retroceder y volver a ensartar a otro buque por debajo de la línea de flotación. Una lluvia de flechas partió desde la nave agujereada y fue a caer con estrépito sobre la cubierta y las armaduras. Varios galeotes perdieron la vida.

Elric y sus compañeros dirigían a sus hombres desde la cubierta principal, colocados en posiciones que les permitían observar cuanto ocurría a su alrededor. Elric miró de pronto hacia arriba, advertido por un sexto sentido, y vio que unas bolas de fuego verde bajaban del cielo.

- ¡Preparaos para apagar el fuego! -aulló Kargan, y el grupo de hombres se dirigió de inmediato hacia unas tinas llenas de una poción especial que los Señores del Mar habían preparado. Untaron con ella las cubiertas y mojaron las lonas, y cuando las bolas ígneas cayeron, se apagaron de inmediato.

-No entréis en combate a menos que sea preciso -gritó Elric a los marineros - , vuestro objetivo es la nave insignia. ¡Si logramos capturarla, conseguiremos una buena ventaja!

-Me temo que estamos condenados -dijo Kargan en voz baja, y estremeciéndose un poco al ver a lo lejos que la materia del caos se movía de repente y de ella partían unos zarcillos negros que se elevaban hacia el cielo.

Elric no respondió.

Se encontraban ya en el centro de la flota enemiga, los barcos de su escuadrón los seguían de cerca, sus enormes remos partían la espuma de las olas. Las máquinas de guerra de su propia flota no cesaban de lanzar mego y piedras contra el enemigo. Sólo unas pocas embarcaciones del grupo de Elric logró romper la avanzada enemiga y alcanzar el mar abierto para dirigirse hacia la nave insignia de Jagreen Lern.

En cuanto fueron descubiertos, los barcos enemigos acudieron a proteger a la nave insignia, y las brillantes naves de la muerte, moviéndose a una velocidad increíble para su tamaño, protegieron el navio del Teócrata.

Gritando por encima del rumor de las aguas, Kargan ordenó a su menguado escuadrón que adoptara una nueva formación. Dyvim Slorm sacudió la cabeza, sorprendido.

- ¿Cómo pueden unos mastodontes así aguantarse en el agua? -le preguntó a Elric.

-En realidad no se aguantan.

Mientras su barco maniobraba para quedar en la nueva posición, observó las gigantes embarcaciones, veinte en total, que empequeñecían cuanto flotaba en el mar. Parecían cubiertas por una especie de fluido brillante en el que relucían todos los colores del espectro, de modo que resultaba difícil distinguir sus siluetas y las tenues figuras que se movían por sus cubiertas gigantescas apenas se veían. En el aire comenzaron a flotar restos de materia negra que iban depositándose cerca del agua; entretanto, desde la cubierta inferior, Kargan gritó:

- ¡Mirad! ¡El Caos se acerca! ¡Cómo vamos a luchar contra eso!

- ¡Debemos intentarlo! -gritó Elric sacudiendo la cabeza-. Debemos atacar.

Kargan dio la orden con voz más aguda de lo acostumbrado.

Una amarga inquietud se apoderó cíe Elric al aferrarse de la borda para no balancearse. Dyvim Slorm masculló:

-Vamos hacia la muerte, Elric. No hay hombre que voluntariamente quiera acercarse a esas naves. ¡Sólo los muertos se sienten atraídos por ellas, y ni siquiera ellos van con gusto!

Pero Elric hizo caso omiso de lo que su primo le decía.

Un extraño silencio descendió sobre las aguas y el sonido rítmico de los remos al golpear las olas se oyó claramente. La flota de la muerte los esperaba, impasiva, como si no necesitara prepararse para la batalla. El albino

aferró con fuerza la empuñadura de *Tormentosa.* La espacia respondió al latir de su pulso moviéndose en su mano al ritmo de su corazón, como si estuviera unida a él a través de las venas y las arterias. Se encontraban tan cerca de las naves del Caos que lograron ver mejor las figuras que se agolpaban en sus amplísimas cubiertas. Espantado, Elric creyó reconocer las caras desoladas de algunos cíe aquellos muertos.

Las aguas se agitaron, formaron espuma y parecieron tratar de elevarse para volver a caer.

Desesperado, Elric le gritó a Kargan:

- ¡No tenemos escapatoria! ¡Obliga al barco a virar para que esquive la flota del Caos, intentaremos llegar a la nave de Jagreen Lern por la popa!

Bajo las órdenes del experto Kargan, el barco viró para evitar a las Naves del Infierno describiendo un amplio semicírculo. Sobre el rostro de Elric cayó una nube de rocío que envolvió las cubiertas con una blanca espuma. A través de aquella nube apenas lograba ver mientras se alejaban de las naves del Caos que habían trabado ya combate con otras embarcaciones y las destrozaban alterando la naturaleza de su madera, mientras los desgraciados tripulantes se ahogaban o adoptaban unas formas extrañas.

A sus oídos llegaron los gritos desesperados de los vencidos y el tronar triunfante de la música de la flota del Caos que avanzaba dispuesta a destruir las naves de los Señores del Mar. La nave insignia se zarandeaba de mala manera y resultaba difícil de controlar, pero al menos habían logrado alejarse del grueso de la flota infernal y se dirigían hacia la popa de la embarcación de Jagreen Lern.

A punto estuvieron de ensartar a la nave del Teócrata con el espolón, pero fueron desviados de su curso y tuvieron que volver a maniobrar. De las cubiertas enemigas partieron innumerables flechas que cayeron sobre ellos. Contestaron a la descarga enemiga surcando la cresta de una ola enorme, acabaron al costado de la nave insignia enemiga y lograron lanzarle los ganchos de abordaje. Unos cuantos lograron llegar a destino, acercando hacia la suya la nave del Teócrata, al tiempo que los hombres de Pan Tang intentaban cortar los cabos de los ganchos. Siguieron más cuerdas y luego la plataforma de abordaje cayó de su asidero y fue a parar sobre la cubierta de Jagreen Lern. Otra más la siguió. Elric corrió hasta la plataforma más cercana, seguido de Kargan, y ambos condujeron a un nutrido grupo de guerreros, en busca de Jagreen Lern. *Tormentosa* se cobró una decena de vidas y sus correspondientes almas antes de que Elric hubiera llegado a la cubierta principal. Allí se encontraron con un comandante resplandeciente, rodeado de un grupo de oficiales. Pero no era Jagreen Lern. Elric avanzó por el pasillo, partiendo a la altura de la cintura a un guerrero que quiso impedirle el paso. Dirigiéndose al grupo gritó:

- ¿Dónde está vuestro condenado jefe? ¿Dónde está Jagreen Lern?

La cara del comandante palideció porque ya había visto lo que Elric y su espada infernal eran capaces de hacer.

- ¡No está aquí, Elric, te lo juro!

- ¿Cómo? ¿He de ver otra vez frustrados mis planes? ¡Sé que mientes! -Elric avanzó hacia el grupo y éste retrocedió, con las espadas dispuestas.

- ¡Nuestro Teócrata no necesita protegerse con mentiras, engendro de la muerte! -respondió con desprecio un joven oficial, más valiente que los otros.

-Tal vez no -repuso Elric con tono amenazante al tiempo que avanzaba hacia el joven y hacía describir un arco en el aire a *Tormentosa-,* pero te quitaré la vida antes de que logre comprobar si tus palabras son ciertas.

El hombre levantó la espada para frenar a *Tormentosa.* La espada rúnica cortó el metal con un grito triunfante, volvió hacia atrás para coger impulso y clavarse en el costado del oficial, que quedó boquiabierto, con los puños crispados.

Elric lanzó una carcajada y dijo:

-Mi espada y yo necesitamos revitalizarnos... y tu alma constituye un buen preámbulo para recibir a la de Jagreen Lern.

- ¡No! -exclamó el joven con un hilo de voz-. ¡Mi alma no! Abrió los ojos desmesuradamente, durante un instante se llenaron de lágrimas y asomó a ellos el desvarío antes de que *Tormentosa* se saciara y Elric la sacara del cuerpo inerme una vez llena. No sentía ninguna compasión por aquel hombre.

-De todos modos, tu alma habría ido a parar a las profundidades del infierno -dijo, a la ligera-. Pero al menos ahora será con una cierta utilidad.

Otros dos oficiales saltaron por encima de la barandilla tratando de evitar el fin de su compañero.

Elric le seccionó la mano a uno. El hombre cayó a cubierta dando alaridos mientras su mano siguió aferrada de la barandilla. Al otro le clavó la espada en el vientre, y mientras *Tormentosa* le bebía el alma, el hombre se quedó allí suplicando de forma inconexa en un vano intento por impedir lo inevitable.

Fue tal la vitalidad que recorrió a Elric que al abalanzarse sobre el resto del grupo que rodeaba al comandante, parecía volar por la cubierta; al llegar a ellos, la emprendió a mandobles, cortó piernas y brazos como tallos de flores, hasta que se encontró delante del comandante, que le suplicó con voz débil:

-Me rindo. No te lleves mi alma.

- ¿Dónde está Jagreen Lern?

El comandante señaló a lo lejos, donde se podía ver a la flota del Caos sembrando la devastación entre los barcos orientales.

- ¡Allí! Navega con Pyaray del Caos, y ésa es su flota. Ningún hombre que no esté protegido o muerto puede llegar hasta ellos, porque en cuanto se acercara, su cuerpo se desharía.

-Ese maldito engendro del infierno sigue engañándome -dijo Elric con el rostro crispado-. Aquí tienes la recompensa por tu información...

Sin piedad alguna por uno de los hombres que había desolado y esclavizado a dos continentes, Elric atravesó con su espada la ornamentada armadura y, con delicadeza, y toda la maldad de sus antepasados hechiceros, le hizo cosquillas en el corazón antes de acabar con él.

Miró a su alrededor en busca de Kargan, pero no lo vio. Seguramente habría muerto ya. Después notó que la flota del Caos había regresado. Al principio creyó que era porque por fin Straasha había conseguido ayuda, pero después vio que los restos de su propia flota se batían en retirada. Jagreen Lern había vencido. Ni sus planes, ni sus formaciones, ni su valentía habían bastado para soportar las terribles urdimbres del Caos. La espantosa flota avanzaba hacia las dos naves insignia, unidas por los ganchos de abordaje. No había posibilidades de liberarse antes de que la flota les diera alcance. Elric gritó a Dyvim Slorm cuando lo vio correr hacia él desde el extremo opuesto de la cubierta, mientras cargaba con Moonglum.

- ¡Por la borda! ¡Salta por la borda, y aléjate de aquí a nado a toda prisa, que en ello os va la vida!

Por la borda se estaban lanzando ya otros al mar ensangrentado. Elric envainó la espada y se zambulló. El agua estaba fría a pesar de toda la sangre caliente que había en ella; nadó en dirección de la roja cabellera de Moonglum, que flotaba más adelante, y cerca de ella iba la rubia de Dyvim Slorm. Se volvió y vio que las maderas de los dos barcos comenzaban a derretirse y a enroscarse adoptando extrañas formas a medida que las Naves del Infierno se acercaban. Se sintió aliviado de no haber estado a bordo. Llegó junto a sus compañeros.

--Hemos escapado por los pelos -dijo Dyvim Slorm escupiendo agua-. ¿Y ahora qué hacemos, Elric?

Elric se acercó más y ayudó a su primo a aguantar a Moonglum. El hombrecito comenzaba a volver en sí y a mirar a su alrededor con aire perdido.

Por todas partes, los barcos del Caos destrozaban la naturaleza. Su influencia no tardaría en envolverlos a ellos también.

Dyvim Slorm miraba hacia arriba.

El sol se ponía y unos negros nubarrones colgaban en el cielo azul metálico, hasta tocar el horizonte. Pero no era eso lo que había llamado la atención de Dyvim Slorm. Entre las nubes surgió un globo dorado que avanzaba veloz hacia ellos. Flotó sobre sus cabezas y después bajó en picado. Eric lanzó un grito y levantó las manos para escudarse cuando aquel objeto brillante descendió. Sintió un frío intensísimo y después calor.

Acto seguido, tanto él como sus acompañantes se encontraron en una sala circular, y de píe, ante ellos, con expresión grave en el negro rostro aguileño, estaba Sepiriz, el vidente.

-Vuestro destino no es morir aquí ni en la forma que temíais - les dijo tranquilamente.

Notaron entonces que la esfera se movía.

-Dispongo de unos cuantos carruajes de este tipo y sólo puedo usarlos en casos de extrema urgencia -les explicó Sepiriz a los tres hombres asombrados-. Nos dirigimos hacia la Isla de las Ciudades Purpúreas... a la Fortaleza del Atardecer, donde os transmitiré las noticias que traigo.

-Pero la flota ha sido derrotada -dijo Elric, desesperado-. El este no dispone de más fuerzas. Jagreen Lern ha vencido. Hemos perdido.

-Espero que no, Elric -repuso Sepiriz encogiéndose de hombros - . Si bien es cierto que la fuerza de Jagreen Lern ha aumentado más de lo que yo esperaba, también es cierto que los esfuerzos de mis hermanos para ponerse en contacto con los Señores Blancos están dando cierto resultado.

- ¿Acaso los Señores Blancos están dispuestos a ayudarnos?

- Siempre han estado dispuestos a hacerlo... pero todavía no han logrado romper las defensas que el Caos ha colocado alrededor de este planeta. Y aquí disponemos de tan pocas armas contra el Caos que nos resultará difícil debilitar su poder.

-Al menos yo dispongo de un arma contra el Caos... mi espada... o eso me has dicho tú.

-Esa comealmas... no basta. Todavía no tienes protección contra los Señores Oscuros. De eso quería hablarte... de un armamento personal que te ayude en tu lucha, aunque habrás de arrebatárselo a su actual dueño.

- ¿Quién es su dueño?

-Un gigante que medita sumido en una tristeza eterna en un enorme castillo que hay en el confín del mundo, más allá del Desierto de los Suspiros. Se llama Mordaga, era un dios que fue convertido en mortal por los pecados

que cometió hace siglos contra los demás dioses.

- ¿Cómo es posible que sea mortal si ha vivido tantos años?

- Pues es mortal... aunque puede vivir considerablemente más que un hombre normal. Le obsesiona la idea de que un día ha de morir. Eso es lo que le entristece.

- ¿Y el arma?

-No es un arma, es un escudo. Un escudo con una finalidad. Lo construyó Mordaga cuando organizó una rebelión en el dominio de los dioses para tratar de convertirse en el más poderoso y arrebatarle el Eterno Equilibrio a quien lo posee. Por esto lo condenaron al destierro aquí en nuestro mundo, y le informaron que un día moriría... que lo mataría la espada de un mortal. El escudo, tal como habrás adivinado ya, es a prueba de las obras del Caos.

-¿Cómo es posible?

- Si las fuerzas caóticas son lo suficientemente poderosas pueden destruir cualquier defensa hecha con materiales legítimos; es bien sabido que nada de lo construido según los principios del orden puede soportar durante mucho tiempo la acción del caos. - Sepiriz se inclinó un poco hacia adelante y añadió -: *Tormentosa* te ha demostrado que la única arma efectiva contra el Caos es la que ha sido fabricada por el Caos mismo. Lo mismo puede decirse del Escudo del Caos. Su naturaleza es caótica y por lo tanto no hay en él nada organizado sobre lo cual puedan actuar las fuerzas fortuitas para destruirlo. Se enfrenta al Caos con el Caos mismo, de modo cjue las fuerzas hostiles quedan derrocadas.

- Ojalá hubiera tenido este escudo... las cosas habrían sido muy distintas para todos nosotros.

-No podía hablarte de él. No soy más que un siervo del Destino y no puedo actuar a menos que esté autorizado por mi amo. Tal vez, como presiento, está dispuesto a ver como el Caos arrasa con el mundo antes de ser derrotado, si es que llega a ser derrotado, para que pueda cambiar por completo la naturaleza de nuestro planeta antes de que comience un nuevo ciclo. Y cambiará, no cabe duda, pero si en el futuro será dominado por la Ley o el Caos, es algo que está en tus manos, Elric.

-¿Cómo voy a reconocer ese escudo?

-Por el símbolo del Caos, el que lleva ocho flechas que irradian de su centro. Es un escudo redondo y pesado que sirve al gigante de rodela. Pero con la vitalidad que recibes de tu espada rúnica, tendrás fuerza para cargar con él, no temas. Pero antes, deberás tener el valor de quitárselo a su actual dueño. Mordaga conoce la profecía, que le fue referida por los demás dioses antes de enviarlo al exilio.

- ¿Y tú también la conoces?

El globo parecía ir más lento. Le echó una mirada a Dyvim Slorm, que estaba sentado con las rodillas pegadas a la barbilla, con una expresión seria en el rostro. Moonglum se agitó y lanzó un quejido.

- Sí. En nuestra lengua, forma unos sencillos versos:

El orgullo de Mordaga; el fin de Mordaga, Mordaga está predestinado

a morir como los hombres, asesinado por hombres, cuatro hombres del destino.

- ¿Cuatro hombres? ¿Quiénes son los otros tres?

-Dos de ellos te acompañan. Al tercero lo encontrarás en la Fortaleza del Atardecer. Se trata de un antiguo amigo.

Notaron un ligero sacudón y las paredes del globo se esfumaron. Se encontraron tendidos en el patio de un inmenso castillo, rodeados por sus gruesos muros de granito rojo. Sepiriz había desaparecido, pero unos sirvientes se acercaron a ellos a la carrera.

Desde un lugar indefinido, a Elric le llegó la voz del vidente: «Ahora descansa. Volveré a visitarte para referirte el resto de tu destino».

LIBRO SEGUNDO El escudo del gigante triste

Sobre el mundo se había cernido la sombra de la anarquía. Ni los dioses, ni los hombres, ni siquiera aquel que gobernaba a ambos lograban ver claramente el futuro y *el destino de la Tierra, pues las Fuerzas del Caos iban aumentando su poder tanto por sí mismas como a través de sus esbirros humanos. Sobre la faz de la Tierra todo era destrucción y angustia, a excepción del poco poblado continente Oriental y de la Isla de las Ciudades Purpúreas. La potente marea del Caos no tardaría en bañar el mundo entero a menos que se convocara a una fuerza superior para que le pusiera freno.*

Más allá del plano terrestre, en sus reinos fronterizos, los Señores de los Mundos Superiores contemplaban la lucha, y ni siquiera ellos alcanzaban a ver el destino de Elric.

Grandes movimientos en la Tierra y más allá de ella; tomaban forma grandes destinos, se planeaban grandes acontecimientos, y sin embargo, ¿era acaso posible que a pesar de los Señores de los Mundos Superiores, a pesar de la Mano Cósmica, a pesar de la miríada de ciudadanos sobrenaturales que pululaban en el universo, sólo ese Hombre pudiera decidir la cuestión?

¿Un solo hombre?

¿Un solo hombre, una sola espada, un solo destino?

Crónica de la Espada Negra

Trece veces trece, los pasos que conducen
a la morada del gigante;
y allí está el Escudo del Caos.
Siete veces siete son los saúcos,
doce veces doce los guerreros que ve,
pero el Escudo del Caos está allí.
Y el héroe retará al Gigante Triste,
y la Espada Negra golpeará su escudo
el fúnebre día de la victoria.

1

Dos días más tarde vieron como los maltrechos supervivientes de la flota llegaban a puerto. Moonglum, completamente recuperado gracias a las hierbas curativas de Elric, los contaba, desesperado.

-Demasiado pocos -dijo-. Es éste un día aciago. Tras ellos sonó una trompeta.

-Alguien llega desde el continente -anunció Dyvim Slorm.

A grandes zancadas regresaron al Fuerte del Atardecer y llegaron a tiempo para ver a un arquero vestido de rojo que desmontaba de su caballo. Su rostro casi descarnado parecía esculpido en el hueso. Iba encorvado por el cansancio.

- ¡Rackhir! -exclamó Elric, sorprendido-. Tú dominas la costa ilmiorana. ¿Por qué estás aquí?

-Nos obligaron a retroceder. El Teócrata nos envió dos flotas. La otra venía desde el Mar Pálido y nos cogió de sorpresa. Nuestras defensas fueron aplastadas, el Caos entró a saco y nos vimos obligados a huir. El enemigo se ha establecido a menos de doscientos kilómetros de Bakshaan y desde allí marcha sobre el país... aunque más bien debería decir fluye sobre el país. Probablemente espera encontrarse con el ejército que el Teócrata planea desembarcar allí.

-Aaah, no hay duda, estamos derrotados... -La voz de Moonglum sonó como un suspiro leve.

-Liemos de conseguir ese escudo, Elric -dijo Dyvim Slorm - . ¿Dónde está Sepiriz?

-Tanto si viene como si no, he de partir esta misma noche hacia Karlaak. Mi Zarozinia está en peligro. - Elric se sintió presa de la desesperación. Se volvió y condujo a Rackhir hacia el otro lado del patio \ entraron en la Fortaleza-. Ven, Rackhir, debes descansar y luego ya nos contarás cuanto puedas.

Pero Sepiriz lo esperaba en el vestíbulo cuando se dirigió hacia allí después de haber acompañado a Rackhir a sus aposentos.

-Tu rostro está atormentado por la angustia, Elric, ¿te has enterado?

Elric asintió y luego dijo:

- Si ese escudo es nuestra única esperanza, Sepiriz, entonces debe de ser mío. ¡Dime cómo conseguirlo!

-Dentro de un momento. Por fin hemos logrado ponernos en contacto con los Señores Blancos, pero es poco lo que pueden hacer por ahora. Habrá que abrir un sendero hacia su plano a través de las barricadas que el Caos ha construido para impedirles el paso. Las conquistas terrenales de Jagreen Lern están casi acabadas. Una vez consolidadas, le permitirán hacerse con más poderes para reunir más aliados del Caos, las fuerzas más increíbles de ese reino se pondrán de su lado. Con la ayuda de Pyaray y de su Flota del Caos es ahora prácticamente invencible... si Pyaray pereciera...

- ¿Cómo podríamos eliminar a Pyaray?

-Un hombre ha de destrozar el cristal que lleva encima de la cabeza. Allí guarda su vida y su alma. Pero todavía no puedes intentarlo, Elric. A pesar de que tu espada te da cada vez más fuerza, antes necesitas el escudo de Mordaga. ¿Notas con qué rapidez tu acero te nutre de fuerza?

-Es cierto. Sin embargo, parece como si ahora dependiera más de esa fuerza -dijo, categórico-. Es mucho mayor ahora, pero yo estoy más débil.

-Esa fuerza la obtienes por medios malignos y es maligna en sí misma -dijo Sepiriz con tono serio-. El poder de la espada continuará aumentando, pero a medida que la fuerza de origen maligno vaya llenando tu ser, tendrás que luchar con más ahínco para controlar la potencia que llevas dentro. Para ello también necesitarás poder. De modo que has de usar parte de ese poder para luchar contra él.

Elric aferró la empuñadura de su espada y replicó:

-Aunque el mundo se venga abajo y se convierta en un gas hirviente, voy a vivir. Juro por el Equilibrio Cósmico que la Ley triunfará y que a esta tierra llegará una Nueva Era!

- Esperemos que así sea, Elric. Ahora bien, el castillo de Mordaga es prácticamente inexpugnable. Se alza en el risco más alto de una montaña solitaria, a la que se llega después de subir ciento treinta y nueve escalones. Rodeando estos escalones hay cuarenta y nueve saúcos, de los que habrás de cuidarte especialmente. Además, Mordaga posee una guardia formada por ciento cuarenta y cuatro guerreros. Te doy las cifras exactas porque estos números poseen un valor místico.

-De los guerreros me cuidaré, no cabe duda... ¿pero por qué de los saúcos?

-Cada uno de los saúcos contiene el alma de uno de los seguidores de Mordaga, a los que éste castigó de ese modo. Son unos árboles vengativos.

-¿Y el cuarto hombre de la profecía? Sepiriz se mostró entristecido al responder:

-Ya ha venido... por eso estoy aquí ahora. El pobre Rackhir es el cuarto.

- ¿El pobre Rackhir? ¿Pobre por qué? Sepiriz sacudió la cabeza y repuso:

-No importa... ya está todo dispuesto. -Entrelazó las manos y añadió-: Encontraréis vuestros corceles nihrainianos en los establos. Os llevarán más deprisa y llegaréis hasta Mordaga a tiempo. Aprovechad su rapidez, porque el Caos no tardará en entrometerse. -Aferró a Elric por el brazo y el albino se sorprendió al ver una mirada de piedad en los ojos del vidente-. Ah, Elric, me temo que todavía te esperan muchos pesares. Ahora vete a dormir mientras Rackhir descansa y diles a tus compañeros que hagan lo mismo, pronto deberéis partir.

2

El Caos tenía cercado el Este por dos extremos, y los cuatro hombres partieron desde la Fortaleza del Atardecer, convencidos de que no era muy probable que sobrevivieran. Cabalgaron a través de las aguas hacia el continente para descubrir guarniciones abandonadas mientras los hombres huían de la espantosa amenaza del Caos. Al cabo de un día de marcha, se encontraron con los primeros supervivientes de los combates terrestres; a muchos de ellos la deformante influencia del Caos les había retorcido los cuerpos hasta hacerles adoptar aspectos espantosos. Los infelices avanzaban a duras penas por un blanco camino que conducía a Jadmar, una ciudad aún libre. Por ellos se enteraron que media Ilmiora, partes de Vilmir y el pequeño reino independiente de Org habían sucumbido. El Caos se estaba acercando cada vez más y la materia de su extraño cosmos estaba entrando en la tierra, de modo que allí donde se instalaba su poder, la tierra se agitaba como el mar, el mar Huía como la lava, las montañas cambiaban de forma y los árboles producían flores fantasmales jamás vistas en la tierra; toda la naturaleza era inestable y no faltaba demasiado para que la tierra y el reino del Caos se fundieran en una sola unidad.

Elric se sintió aliviado al comprobar que Karlaak no había sido atacada aún. Pero según las noticias que iban, recibiendo, el ejército del Caos se encontraba a menos de trescientos kilómetros e iba avanzando.

Zarozinia lo recibió con una alegría agitada.

-Se rumoreaba que habías muerto en la batalla naval.

-No puedo quedarme mucho tiempo. He de ir más allá del Desierto de los Suspiros. Y tú también has de marcharte.

-Ya han ordenado que evacuemos la ciudad. Huiremos hacia el Erial de los Sollozos. Ni siquiera Jagreen Lern se interesará demasiado por esos yermos.

-Es posible. Al menos allí estarás más segura. Si soy afortunado, quizá logre hacer retroceder a Jagreen Lern a tiempo. -Le habló de su misión.

-Necesitas con qué defenderte -convino Zarozinia-. Pues los mortales que no se hallan bajo la protección de Jagreen Lern son horriblemente alterados por el Caos.

-El aire, el fuego, el agua y la tierra se vuelven inestables, porque no sólo están manipulando las vidas y las almas de los hombres, sino los elementos mismos del planeta. Buscaré el escudo y ambos gozaremos de su protección.

-Así lo espero, mi señor.

-Pareces triste... Por los Dioses, todos vosotros rezumáis tristeza. Pero yo me siento optimista, Zarozinia. -La tomó de las manos y sonrió con desesperada alegría-. ¡Anda, comparte mi optimismo!

La muchacha intentó reír, pero tenía los ojos anegados por las lágrimas. Él la miró con súbita compasión. A pesar de sus labios sensuales y sus habilidades como amante, seguía siendo una niña.

-Te debo mucho, amor mío -le dijo con voz queda-. Mis horas felices han sido bien pocas, pero todas las he vivido contigo. No temas... quizá nuestro destino sea alegre. Ella se apretó contra su cuerpo y exclamó:

-¡No, mi señor, no... nuestro único destino es la muerte!

Intentó acallar sus sollozos con sus besos y ella le correspondió; hicieron el amor, pero al dormirse, sus sueños estuvieron llenos de oscuros presagios y permanecieron aferrados hasta el amanecer, incapaces de vencer la certeza de los tormentos que les esperaban.

Por la mañana, se levantó y vistió el traje de guerra melnibonés: un peto de brillante metal negro, un jubón de cuello alto hecho en terciopelo negro acolchado, pantalones de montar de cuero negro, largos hasta las rodillas, cubiertos por las botas, también de cuero negro. Se cubrió los hombros con una espada de color rojo oscuro y en uno de los blancos dedos delgados llevaba el Anillo de los Reyes, la única piedra Actorios engastada en plata. El blanco cabello largo le cubría los hombros, sujeto por una diadema de bronce. *Tormentosa* colgaba de su cinturón y sobre la mesa había un ahusado yelmo negro, en el cual aparecían grabadas unas viejas runas, la parte superior remataba en un espolón que sobresalía casi dos palmos de la base. En esta base, dominando las aberturas para los ojos aparecía una réplica de un dragón con las alas tendidas y la boca abierta. Recordaba que, como Emperadores del Brillante Imperio, sus antepasados habían sido Amos de los Dragones y que quizá los dragones de Melniboné continuaban durmiendo en sus cavernas subterráneas. Tomó su yelmo y se lo colocó en la cabeza; sólo sus ojos

carmesíes destacaban en aquella negrura.

Zarozinia ya se había vestido con una falda, un corpiño de tela dorada y una larga capa plateada con bordes plateados que le llegaba hasta el suelo.

Le entregó un plato de frutas sazonado con hierbas y él abrió el yelmo y se puso a comer.

-Te has ataviado como para una gran batalla, mi señor.

-Así es -repuso tratando de sonreír-. Si anoche decías la verdad, entonces haríamos bien en vestirnos con el rojo del luto. -Dejó el plato, la aferró con fuerza entre sus brazos, desesperadamente, como el hombre que se aferra al recuerdo de la felicidad y le dijo-: Vamos, debo apresurarme. Vamos a los establos.

En el patio, sus tres compañeros ya estaban montados. Subió a la silla de su corcel nihrainiano y le lanzó un beso a su esposa.

- ¡Te buscaré en el Erial de los Sollozos y te probaré que mi optimismo era bien fundado! ¡Hasta la vista!

Se alejaron al galope de las murallas de Karlaak.

Al cabo de poco entraron en el Erial de los Sollozos, porque era el camino más directo hacia el Desierto de los Suspiros. Sólo Rackhir conocía bien aquel país, y los guió. Sobre la espalda llevaba el arco y el carcaj con las Flechas de la Ley, que le habían sido entregadas años antes por el hechicero Lamsar durante el Sitio de Tanelorn.

Los corceles nihrainianos, que galopaban sobre el terreno de su propio y extraño plano, avanzaban a increíble velocidad. En aquel lugar de lluvias eternas, resultaba difícil divisar a lo lejos la tierra, pero finalmente, al cabo de dos días, lograron ver los elevados riscos y supieron que se encontraban cerca de las fronteras del desierto. Cabalgaron entonces a través cíe profundas gargantas y la lluvia cesó hasta que, al tercer día, la brisa se tornó cálida y después áspera y caliente cuando abandonaron las montañas y se internaron en el desierto. El sol quemaba, despiadado, y el viento barría constantemente la tierra árida y las rocas. Descansaban sólo unas horas al día, y guiados por Rackhir fueron adentrándose más y más en las profundidades del vasto desierto; hablaban poco, porque resultaba difícil oírse por encima del ulular del viento.

A Elric le costaba trabajo obtener una impresión objetiva de su difícil situación. Se sentía vacío y hacía tiempo que había dejado de esforzarse por comprender su propia naturaleza ambivalente. Siempre había sido esclavo de sus emociones melancólicas, de su debilidad física y de la sangre que fluía por sus venas. A diferencia de otros, veía la vida no como un todo consistente, sino como una serie de acontecimientos fortuitos. Le resultaba difícil simpatizar con las fuerzas de la Ley y se preguntaba si valía la pena luchar tanto para lograr el dominio sobre sí mismo. Era mejor vivir instintivamente que teorizar y equivocarse; era mejor ser un títere, dejar que los dioses movieran sus hilos a su antojo, que tratar de controlar él mismo su destino enfrentándose a la voluntad de los Mundos Superiores y perecer por ello. Era el último de un linaje que, sin esfuerzo alguno, había utilizado para su conveniencia, y para ningún otro fin, la magia que le había sido otorgada por el Caos. Ellos no habían tenido necesidad de controlarse ni de reprimirse como las razas más recientes. Pero el control le era impuesto a medida que sus poderes mágicos se debilitaban. ¿Para qué molestarse, pues, en aguzar el ingenio o en poner orden en su mente? Era poco más que un sacrificio en el altar del destino. Aspiró profundamente el aire seco y caliente y lo expulsó de sus pulmones, al tiempo que escupía la arena que le había entrado en la boca y la nariz.

Mirando atentamente a través del aire lleno de arena, a lo lejos vio surgir algo, una sola montaña que se elevaba de los yermos del desierto como si hubiese sido colocada allí por medios sobrenaturales. Se irguió en la silla de montar.

-Ya hemos llegado -dijo señalando hacia la montaña-. ¡Descansemos antes de recorrer el último trecho!

3

Los escalones ascendían alrededor de la montaña. En lo alto vieron el brillo de las piedras y en el sitio mismo donde los escalones giraban y desaparecían en la primera vuelta, un saúco. Tenía el aspecto de un árbol normal pero se convirtió en un símbolo del mundo vegetal: ante ellos estaba el primer contrincante. ¿Cómo lucharía? Elric colocó un pie enfundado en una bota en el primer escalón. Era alto, construido para las plantas de un gigante. Comenzó a subir, seguido de sus tres compañeros. Al llegar al décimo escalón, desenvainó a *Tormentosa,* la sintió temblar y enviarle energía. De inmediato, el ascenso se tornó más fácil. Al acercarse al saúco, lo oyó susurrar y vio que sus ramas se agitaban. No cabía duda, el árbol sentía. Se encontraba a pocos pasos de él cuando oyó gritar a Dyvim Slorm:

- ¡Por los Dioses! ¡Las hojas... mirad las hojas!

Las hojas verdes, cuyas venas parecían latir a la luz del sol, comenzaron a desprenderse de las ramas y a planear, decididas, hacia el grupo. Una se posó sobre la mano desnuda de Elric. Intentó quitársela, pero se le quedó pegada. Otras se fueron dejando caer sobre distintas partes de su cuerpo. Caían en una oleada verde y el albino sintió unos pinchazos en la mano. Lanzando una maldición se la quitó de encima para descubrir, horrorizado, que allí donde la hoja había estado posada quedaban pequeñas picaduras sangrantes. Presa de la náusea, se arrancó las demás de la cara y cortó cuantas pudo con su espada rúnica–En cuanto el acero las tocaba, se marchitaban, pero eran velozmente reemplazadas por otras. Supo instintivamente que no solo le chupaban la sangre de las venas, sino que además, le absorbían el alma.

Gritando aterrados, sus compañeros descubrieron lo mismo. Aquellas hojas eran dirigidas y el albino sabía de dónde llegaban las órdenes: del árbol mismo. Subió los escalones restantes luchando contra las hojas que se arremolinaron sobre él como una nube de langostas. Decidido, comenzó a asestar golpes al tronco que lanzó un iracundo quejido mientras las ramas trataban de aferrarlo. Las cortó de un mandoble y hundió a *Tormentosa* en el árbol. Por el aire volaron los terrones y las raíces se hicieron pedazos. El árbol lanzó un grito y comenzó a inclinarse hacia él, como si, presa de los estertores de la muerte, hubiera decidido quitarle también la vida. Hundió más a *Tormentosa,* que bebió ávidamente la vida de aquel árbol, y al no poder quitar su acero a tiempo, tuvo que apartarse de un salto cuando la planta cayó inerte sobre los escalones. Una rama le azotó la mejilla y ésta comenzó a sangrarle. Trastabilló al notar que se le iba la vida.

Tambaleándose regresó al árbol caído y vio que la madera estaba muerta y que las hojas que quedaban estaban secas y marchitas.

-Deprisa -dijo con un hilo de voz mientras sus tres compañeros se acercaban-, levantad el árbol. ¡Mi espada está debajo y sin ella soy hombre muerto!

Pusieron manos a la obra, hicieron rodar el árbol para que Elric pudiera aferrar débilmente la empuñadura de la espada, que continuaba clavada allí. Al tocar la espada experimentó una embriagante sensación de poder cuando la energía del árbol recorrió su cuerpo haciéndolo sentir casi como un dios. Rió como poseído por el demonio, y los otros se quedaron mirándolo alelados.

-Vamos, amigos, seguidme. ¡Ahora puedo enfrentarme a un millón de árboles como éste!

Subió los escalones a saltos y una nueva ola de hojas partió en dirección a ellos. Haciendo caso omiso de sus picaduras, fue directamente hacia el segundo saúco y le clavó la espada en el centro mismo. El árbol lanzó un chillido.

- ¡Dyvim Slorm! -gritó, ebrio de energía-. ¡Imítame... que tu espada se beba unas cuantas almas como ésta y seremos invencibles!

-Un poder nada apetecible, por cierto -comentó Rackhir quitándose las hojas secas del cuerpo, mientras Elric volvía a retirar su espada para correr hacia el siguiente escalón.

Los saúcos crecían allí más tupidos; inclinaron sus ramas para agarrarlo y como si fueran manos intentaron despedazarlo.

Con menor espontaneidad, Dyvim Slorm imitó el método de Elric para eliminar a las criaturas–árboles y no tardó en sentirse repleto de las armas robadas a los demonios apresados en el interior de los saúcos; su risa salvaje se unió a la de Elric, y los dos juntos, como diabólicos leñadores, atacaron una y otra vez y con cada victoria fueron adquiriendo más fuerza; Rackhir y Moonglum se miraban azorados y temerosos de presenciar un cambio tan tremendo en sus amigos.

Pero no se podía negar que su método era efectivo para derrotar a los saúcos. Al mirar atrás vieron un erial de árboles derribados y ennegrecidos que cubría la ladera de la montaña.

El antiguo fervor impío de los desaparecidos reyes de Melniboné se reflejó en los rostros de los dos parientes cuando se pusieron a cantar antiguas canciones de guerra y sus espadas gemelas se unieron a sus voces produciendo una turbadora melodía de destrucción y maldad. Con los labios entreabiertos, que revelaban los blancos dientes, los ojos carmesíes que brillaban con un ardor amenazante y el blanco cabello agitado por el viento abrasador, Elric levantó la espada hacia el cielo y volviéndose, se dirigió a sus compañeros:

- ¡Y ahora, amigos míos, veréis cómo los antiguos de Melniboné conquistaron al hombre y al demonio para gobernar el mundo durante diez mil años!

Moonglum pensó en aquel momento que Elric se merecía el apodo de Lobo que le habían puesto hacía mucho tiempo en el Oeste. Toda la fuerza del caos que llevaba dentro se había apoderado por completo de él. Supo que Elric ya no se sentía dividido en cuanto a sus lealtades, que en él no había ya ningún conflicto. La sangre de sus antepasados lo dominaba, y tenía el mismo aspecto que ellos debieron de haber tenido siglos antes cuando las demás razas de la humanidad huían de ellos, temerosas de su magnificencia y de su maldad. Dyvim Slorm parecía presa del mismo arrebato. Moonglum lanzó una sentida plegaria a los pocos dioses buenos que pudieran quedar en el universo para que Elric fuera su aliado y no su enemigo.

Ya estaban cerca de la cima; Elric y su primo avanzaban dando saltos descomunales. Los escalones terminaban en la boca de un oscuro túnel y los dos hombres se lanzaron hacia la oscuridad riendo y llamándose. Moonglum y Rackhir los siguieron con menos rapidez, el Arquero Rojo preparó una flecha en el arco. Elric miró fijamente en la oscuridad; era tal la fuerza que llevaba dentro que la cabeza le daba vueltas y la energía parecía a punto de escapársele por los poros de la piel. Oyó el estrépito de pies cubiertos por armaduras acercarse hacia él, y supo que aquellos guerreros eran sólo seres humanos. A pesar de que eran casi ciento cincuenta, no le infundieron ningún temor. Cuando el primer grupo se abalanzó hacia él, bloqueó los golpes con facilidad y los derribó a todos; sus almas le aportaron apenas una sombra de la vitalidad que llevaba dentro. Los primos lucharon hombro con hombro y descuartizaron a los soldados como si se tratara de niños desarmados. Moonglum y Rackhir observaron espantados la escena: la sangre fluía a raudales haciendo que el suelo del túnel se tornara resbaladizo. En aquel lugar reducido, el olor de la muerte no tardó en hacérseles insoportable; entretanto, Elric y Dyvim Slorm dejaron atrás al primer grupo para atacar al resto.

-Aunque sean nuestros enemigos y sirvan a aquellos contra quienes luchamos, no soporto presenciar semejante carnicería -dijo Rackhir con disgusto-. Mi amigo Moonglum, aquí no nos necesitan. ¡Éstos son demonios guerreros, no hombres!

-Es verdad -asintió Moonglum, inquieto.

Volvieron a salir al aire libre y allá adelante vieron el castillo; los guerreros que quedaban se reagruparon mientras Elric y Dyvim Slorm avanzaban hacia ellos, amenazantes, con una alegría malévola reflejada en sus rostros.

El aire se llenó con el sonido de los gritos y del entrechocar de las armas. Rackhir apuntó una flecha a uno de los guerreros, disparó y le dio en el ojo izquierdo.

-Me aseguraré de que unos cuantos tengan una muerte más limpia -masculló, colocando otra flecha en el arco.

Mientras Elric y su primo desaparecían entre las filas enemigas, otros, al presentir quizá que Rackhir y Moonglum eran menos peligrosos, se abalanzaron sobre ellos. Moonglum se encontró enfrentado a tres guerreros y descubrió que su espada parecía sumamente ligera y que al chocar con las armas enemigas, apartándolas con suma facilidad, producía un sonido claro y dulce. La espada no le proporcionaba energía, pero no perdía el filo corno hubiera ocurrido con un arma normal y las armas más pesadas del enemigo no lograban desviarla fácilmente. Supuso que el hechizo era obra de Sepiriz. Rackhir había empleado todas sus flechas en un acto de piedad. Se enfrentó entonces al enemigo con la espada y mató a dos, atacando luego al tercero de Moonglum por la espalda; le hundió el acero en el costado y le traspasó el corazón.

A regañadientes, volvieron a entrar en el túnel y vieron que el suelo estaba sembrado de cadáveres. Rackhir le gritó a Elric:

-¡Basta! Elric... deja que nosotros acabemos con éstos. Sus almas no te hacen falta. ¡Podemos matarlos con métodos más naturales!

Pero Elric se echó a reír y continuó con su tarea. Al despachar a otro guerrero y comprobar que no quedaba ninguno más cerca de allí, Rackhir lo aferró por el brazo.

-Elric... -comenzó a decir.

Tormentosa se agitó en la mano de su amo, aullando saciada, para volverse contra Rackhir. Al ver su destino, el Arquero Rojo sollozó e intentó esquivar el golpe. Pero el acero lo alcanzó en el omóplato y le hizo un tajo que le llegó hasta el esternón.

-¡Elric, no! ¡Mi alma no!

Y así murió el héroe Rackhir, el Arquero Rojo, famoso en las Tierras Orientales como Salvador de Tanelorn. Hendido por la espada traicionera de un amigo.

Elric rió hasta que se dio cuenta de lo ocurrido, entonces, retiró su espada, pero ya era demasiado tarde. La energía robada seguía latiendo en él, pero su pena ya no lograba controlarla. Las lágrimas le bañaron el rostro crispado y lanzó un quejido acongojado.

-Ah, Rackhir... ¿es que nunca va a acabar?

Desde ambos lados del campo cubierto de cadáveres, sus otros dos compañeros lo observaban. Dyvim Slorm había terminado de matar, pero sólo porque no quedaban más guerreros. Lanzó una exclamación de asombro cuando miró a su alrededor. Moonglum miraba fijamente a Elric con ojos horrorizados en los que todavía se apreciaba un vestigio de pena por su amigo, porque conocía bien el destino de Elric y sabía que *Tormentosa* codiciaba la vida de cuanta persona estuviera cerca de Elric.

-No había héroe más gentil que Rackhir -dijo-, ni hombre más deseoso de la paz y el orden que él. -Después se estremeció.

Elric se puso en pie y se volvió a mirar el enorme castillo de granito y malaquita azul que los esperaba envuelto en un silencio enigmático como preparándose para el siguiente avance del albino. En las almenas de la torre más alta distinguió la silueta de algo que sólo podía ser un gigante.

En silencio, condujo a los otros dos por la puerta abierta del castillo de Mordaga y de inmediato se encontraron en un vestí–bulo adornado ricamente pero con un gusto bárbaro.

-¡Mordaga! -gritó-. ¡Hemos venido a cumplir con la profecía!

Esperaron impacientemente hasta que por fin una voluminosa figura asomó por un inmenso arco al final del amplio vestíbulo. Mordaga era alto como dos hombres, pero tenía la espalda encorvada. Tenía el pelo negro largo y ensortijado, y vestía una túnica azul oscura ceñida por un cinturón. Calzaba unas inmensas sandalias de cuero. Sus ojos negros estaban llenos de pena, una pena que Moonglum había visto antes sólo en los ojos de Elric.

En el brazo llevaba un escudo redondo sobre el que aparecían las ocho flechas ambarinas del Caos. Era de color verde plateado, muy hermoso. No llevaba más arma que aquélla.

-Conozco la profecía -dijo con una voz que parecía un viento solitario–. Pero aun así, debo tratar de impedir que se cumpla. ¿Te llevarás el escudo y me dejarás en paz, humano? No quiero morir.

Elric se compadeció del triste Mordaga pues había experimentado en carne propia algo parecido a lo que el dios caído sentía en ese momento.

-La profecía dice que has de morir -le recordó en voz baja.

-Toma el escudo. -Mordaga se lo quitó de su poderoso brazo y se lo tendió a Elric-. Llévatelo y cambia el destino aunque sea por esta vez.

-Lo haré -replicó Elric.

Lanzando un tremendo suspiro, el gigante depositó el Escudo del Caos en el suelo.

-Durante miles de años he vivido a la sombra de esa profecía -dijo enderezando la espalda-. Y ahora, aunque me muera a edad muy avanzada, lo haré en paz, aunque antes no pensaba así, y después de tanto tiempo creo que la muerte será para mí una bendición.

-Todo el mundo parece suspirar por la muerte -repuso Elric-, pero tú no podrás morir de forma natural, porque el Caos avanza y te tragará como se lo tragará todo a menos que yo lo detenga. Pero al menos tú sabrás recibirlo con más filosofía.

-Adiós y gracias -dijo el gigante dándose la vuelta, y a grandes zancadas regresó a la entrada por la que había llegado.

Cuando Mordaga desapareció, Moonglum fue tras él con toda rapidez y traspuso la entrada antes de que Elric y Dyvim Slorm pudieran gritarle que no lo hiciera.

Oyeron luego un solo quejido cuyo eco pareció perderse en la eternidad, un estrépito que sacudió el vestíbulo y después el ruido de pasos que regresaban.

Moonglum volvió a aparecer por la entrada con la espada ensangrentada en la mano.

-Fue un asesinato -dijo simplemente-. Lo reconozco. Lo ataqué por la espalda antes de que pudiera darse cuenta de nada. Fue una muerte rápida y murió mientras era aún feliz. Es más, fue una muerte mucho mejor que cualquiera de las que sus esbirros nos hubieran deparado. Fue un asesinato, pero a mi juicio, era necesario.

-¿Por qué? -le preguntó Elric, desconcertado. Con ánimo sombrío, Moonglum le contestó:

-Debía perecer tal como había sentenciado el Destino. Ahora somos siervos del Destino, Elric, y torcerlo, aunque sea en mínima forma, es entorpecer sus designios. Pero además de eso, fue el inicio de mi propia venganza.

Si Mordaga no se hubiera rodeado de semejante multitud, Rackhir no habría muerto.

Elric sacudió la cabeza y repuso:

- Cúlpame a mí por eso, Moonglum. El gigante no debería haber muerto por el crimen que cometió mi espada.

-Alguien debía morir -lo interrumpió Moonglum, resuelto-, y dado que la profecía decía que Mordaga debía morir, le tocó a él en suerte. ¿A quién más podía haber matado de los que están aquí, Elric?

-Ojalá hubiera sido a mí -replicó el albino con un suspiro.

Se alejó de sus amigos y contempló el enorme escudo redondo con sus flechas ambarinas y su misterioso color verde plateado. Lo levantó casi sin esfuerzo y se lo colocó en el brazo. Prácticamente le cubría todo el cuerpo desde la barbilla hasta los tobillos.

-Démonos prisa, salgamos de este lugar de tristeza y muerte. Las tierras de Ilmiora y Vilmir esperan nuestra ayuda... si es que no han sucumbido ya al Caos.

4

En las montañas que separaban el Desierto de los Suspiros del Erial de los Sollozos se enteraron del destino de los últimos Reinos Jóvenes. Se cruzaron con un grupo de seis cansados guerreros conducidos por lord Voashoon, padre de Zarozinia.

- ¿Qué ha ocurrido? -inquirió Elric ansiosamente - . ¿Dónde está Zarozinia?

-No sé si ha desaparecido, si ha muerto o la han capturado, Elric. Nuestro continente ha sucumbido al Caos.

- ¿La has buscado? -preguntó Elric, acusador.

-Hijo mío -dijo el anciano encogiéndose de hombros-, estos últimos días he presenciado tantos horrores que en mí ya no cabe emoción alguna. No deseo otra cosa que este martirio acabe pronto. Los días de la humanidad sobre la tierra están a punto de terminar. No avances más, porque incluso el Erial de los Sollozos comienza a cambiar ante el avance del Caos. Estamos perdidos.

- ¿Perdidos? ¡No! Seguimos vivos, puede que Zarozinia también esté viva. ¿No has tenido ninguna noticia acerca de cuál ha sido su destino?

-Sólo rumores de que Jagreen Lern la llevaba a bordo de la nave insignia del Caos.

- ¿Está en el mar?

-No... esas malditas embarcaciones pueden navegar tanto por tierra como por mar, si es que existe ahora alguna diferencia entre ambos. Fueron ellos quienes atacaron Karlaak, con una nutrida caballería seguida de la infantería. La confusión reina por todas partes... si sigues adelante, hijo mío, no encontrarás más que tu propia muerte.

-Ya lo veremos. Por fin dispongo de cierta protección contra el Caos, además tengo mi espada y mi corcel nihrainiano. - Se volvió en la silla y dirigiéndose a sus amigos, les dijo-: ¿Y bien? ¿Os quedaréis aquí con lord Voashoon o vais a acompañarme al corazón del Caos?

-Iremos contigo -repuso Moonglum en voz baja, contestando por ambos - . Te hemos seguido hasta ahora, de todos modos, nuestros destinos están ligados al tuyo. Nada más podemos hacer.

-Adiós, lord Voashoon -le dijo Elric a su suegro-. Te ruego que me hagas una cortesía, pasa por el Erial de los Sollozos y llega hasta Eshmir y los Reinos Desconocidos donde está la patria de Moonglum. Infórmales qué les espera, aunque probablemente ya no puedan ser rescatados.

-Lo intentaré -dijo Voashoon con tono cansado-, y espero llegar allí antes que el Caos.

Elric y sus compañeros partieron para enfrentarse a las hordas del Caos: tres hombres contra las fuerzas desatadas de la oscuridad. Tres hombres temerarios que habían seguido al pie de la letra sus destinos y para quienes resultaba inconcebible huir. Debían interpretar los últimos actos contra viento y marea.

Apreciaron las primeras señales del Caos al contemplar el lugar donde en otros tiempos hubo una pradera verde. Ahora tenían ante sus ojos un yermo cubierto de piedras molidas y amarillentas que, aunque frías, se agitaban con aire decidido. Los caballos nihrainianos, que no galopaban sobre el plano de la tierra, lo cruzaron con relativa facilidad y fue allí precisamente donde el Escudo del Caos demostró su utilidad porque, a medida que fueron pasando por aquella zona, la roca líquida y amarilla se fue transformando durante un corto tiempo en hierba.

En un momento dado se encontraron con una cosa arruinada que conservaba una especie de piernas y una boca para hablar. A través de aquella desgraciada criatura supieron que Karlaak ya no existía, que había sido arrasada y allí donde se había alzado, las fuerzas del Caos, humanas y sobrenaturales, habían instalado su campamento una vez acabada su tarea. Aquella cosa también habló de algo que interesó particularmente a Elric. Se rumoreaba que la Isla del Dragón de Melniboné era el único lugar sobre el cual el Caos había sido incapaz de ejercer su influencia.

-Cuando hayamos concluido con nuestro cometido, si logramos llegar a Melniboné -dijo Elric a sus amigos cuando siguieron camino-, tal vez podamos detenernos allí lo suficiente como para que los Señores Blancos nos ayuden. Además, en las cavernas hay dragones dormidos que podrían sernos útiles contra Jagreen Lern si lográramos despertarlos.

- ¿De qué sirve luchar ahora contra ellos? -preguntó Dyvim Slorm, abatido-.Jagreen Lern ha ganado, Elric. No hemos cumplido con nuestro destino. Nuestro papel ha acabado y el Caos impera.

-¿De veras? Pero aún hemos de luchar contra él y poner a prueba su fuerza. Cuando lo hayamos hecho decidiremos cuál ha sido el resultado.

Dyvim Slorm se mostró dubitativo, pero no dijo nada.

Finalmente, llegaron al campamento del Caos.

No había pesadilla humana capaz de describir aquella terrible visión. Las altísimas Naves del Infierno dominaban el lugar cuando lo observaron desde la distancia, horrorizados por lo que veían. Por todas partes se alzaban llamas multicolores, los demonios se mezclaban con los hombres, los Duques del Infierno, de maligna belleza, hablaban con los reyes de rostros lúgubres que se habían aliado a Jagreen Lern y que probablemente lo lamentaban. De vez en cuando el suelo se elevaba y hacía erupción, y aquellos seres humanos que tenían la desgracia de encontrarse en la zona, o bien eran tragados o quedaban completamente transformados, o bien sus cuerpos se deformaban de un modo indescriptible. El ruido era una espantosa mezcla de voces humanas, rugidos del Caos, risas histéricas de los demonios, y a menudo, el aullido torturado de algún alma humana que, arrepentida de haber sido leal al Caos, enloquecía. El hedor era insoportable; olía a podrido, a sangre y a maldad. Las Naves del Infierno se movían lentamente entre la horda que abarcaba kilómetros a la redonda, adornadas con los inmensos pabellones de los reyes, con los estandartes al viento, un orgullo huero comparado con el poder del Caos. Muchos de los seres humanos apenas se diferenciaban de las criaturas del Caos; sus formas habían cambiado increíblemente bajo la influencia del Caos.

-Es evidente que la influencia deformante del Caos se hace cada vez más fuerte entre las filas humanas -masculló Elric dirigiéndose a sus amigos, mientras observaban el panorama desde sus caballos-. Esto seguirá así incluso después que Jagreen Lern y los reyes traidores acaben de perder lo poco de humano que les queda para convertirse en una fracción de la agitada materia del Caos. Esto significará el fin de la raza humana, la humanidad dejará de existir para siempre, devorada por las fauces del Caos.

«Amigos míos, estáis contemplando los últimos vestigios cíe la humanidad, exceptuándonos a nosotros mismos. Pronto ya no habrá forma de distinguirla de lo demás. Todo este territorio inestable está bajo la bota de los Señores del Caos y gradualmente irán absorbiendo toda la tierra para incorporarla a su reino y a su propio plano. Al principio, volverán a moldearla y después la robarán del todo; para ellos no será más que un montón de arcilla a la que le darán las formas grotescas que más les plazcan.

-Y nosotros pretendemos impedir eso -dijo Moonglum, desesperanzado-. ¡No podremos, Elric!

-Debemos seguir luchando hasta que hayamos vencido. Recuerdo que Sepiriz dijo que si Pyaray, comandante de la Flota del Caos, es eliminado, las naves mismas dejarán de existir. Y estoy decidido a comprobarlo. Además, tengo presente que mi esposa puede estar prisionera en uno de sus barcos, o en el de Jagreen Lern. Tengo tres buenos motivos para arriesgarme.

- ¡No, Elric! ¡Sería un suicidio!

-No os pido que me acompañéis.

- Si vas, iremos contigo, pero no me gusta.

-Si un hombre no tiene posibilidades de vencer, tampoco las tendrán tres. Iré solo. Esperadme aquí. Si no regresara, entonces intentad llegar a Melniboné.

- ¡Elric...! -gritó Moonglum, y luego se quedó mirando cómo el albino, con su Escudo del Caos vibrante, espoleaba su corcel nihrainiano y se lanzaba al galope hacia el campamento.

Protegido de la influencia del Caos, Elric fue avistado por un destacamento de guerreros cuando se aproximó al barco al que se dirigía. Lo reconocieron y cabalgaron en dirección a él dando voces.

Se les rió en la cara.

- ¡El forraje que mi espada necesita antes del banquete que se dará en el barco! -gritó cortándole la cabeza al primero que se le puso al lado como si fuera una flor silvestre.

Seguro tras su escudo, repartió mandobles con gran ahínco.

Como *Tormentosa* había matado a los dioses aprisionados en los saúcos, la vitalidad que la espada le transmitía era casi ilimitada; sin embargo, cada alma que Elric robaba a los guerreros de Jagreen Lern constituía una fracción de la venganza que había jurado. Contra los hombres era invencible. Partió a un guerrero de gruesa armadura desde la cabeza hasta la entrepierna, atravesó la silla de montar y seccionó en dos el espinazo del caballo.

Los demás guerreros retrocedieron de repente y Elric notó que su cuerpo se estremecía con extrañas sensaciones, sabía que se hallaba en la zona de influencia ejercida por los barcos del Caos y sabía también que el escudo lo protegía de ella. Se encontraba parcialmente fuera de su plano terrestre y existía entre su mundo y el del Caos. Desmontó del corcel nihrainiano y le ordenó que esperase. De las enormes bordas de la nave más próxima colgaban muchísimos cabos; Elric comprobó horrorizado que otras figuras estaban subiendo por las cuerdas y reconoció a varios hombres que había conocido en Karlaak. Pero antes de que lograra llegar al barco se vio rodeado por todo tipo de espantosas formas, cosas que volaban sobre él lanzando chillidos, con cabezas humanas y picos de

ave, cosas que salían retorciéndose del suelo humeante para golpearlo, cosas que se arrastraban, maullaban y gritaban tratando de tirar de él. Revoleó a *Tormentosa* con desesperación abriéndose paso entre las criaturas del Caos, protegido por el vibrante Escudo del Caos, sin el cual se habría transformado en algo parecido a aquellas cosas repulsivas; finalmente llegó hasta las filas fantasmales de los muertos y junto con ellas subió por la borda de la enorme nave brillante, agradecido de la protección que le ofrecían.

Llegó a la barandilla de la nave y aferrándose a ella saltó sobre cubierta escupiendo bilis. Se internó en una zona especialmente oscura y llegó a una serie de cubiertas que se elevaban como escalones que conducían a lo alto, donde logró ver a los ocupantes: una figura humana y algo enorme parecida a un pulpo rojo. El primero era probablemente Jagreen Lern. El segundo era, sin duda, Pyaray, porque Elric sabía que aquél era el aspecto que adoptaba para manifestarse en la tierra.

Comparado con los barcos vistos de lejos, una vez a bordo, Elric adquirió conciencia de la oscura naturaleza de la luz plagada de hilos móviles, una mezcla de oscuros rojos, azules, amarillos, verdes y púrpuras. Cuando se movía a través de ella, iba cediendo y transformándose tras él. Los cadáveres andantes chocaban constantemente contra él y se hizo el firme propósito de no mirarlos a la cara demasiado de cerca, porque ya había reconocido a varios de los marineros piratas a los que había abandonado, años antes, durante su huida de Imrryr.

Poco a poco fue llegando a la cubierta superior, y descubrió que al menos hasta ese momento, ni Jagreen Lern ni lord Pyaray se habían percatado de su presencia. Probablemente se consideraban libres de todo tipo de ataques después de la conquista del mundo conocido. Sonrió con malicia mientras continuaba subiendo, aferrando con fuerza su escudo, porque sabía que si llegaba a perderlo, su cuerpo se transformaría en una de aquellas siluetas extrañas o se desharía por completo para ser absorbido por la materia del Caos. Elric no pensaba en nada más que en su objetivo principal, que era destruir la manifestación terrenal de lord Pyaray. Debía llegar a la cubierta superior y encargarse primero del Señor del Caos. Después mataría a Jagreen Lern y si realmente estaba allí, rescataría a Zarozinia y luego la pondría a salvo.

Elric subió por las oscuras cubiertas, atravesando las redes de extraños colores, su blanco cabello contrastaba contra la oscuridad imperante. Al alcanzar la penúltima cubierta, notó que algo le tocaba levemente el hombro, y al mirar en esa dirección, descubrió con un vuelco en el corazón, que uno de los rojos tentáculos de Pyaray lo había descubierto. Retrocedió espantado y levantó el escudo.

La punta del tentáculo tocó el escudo y rebotó; súbitamente el tentáculo entero se apergaminó. Desde lo alto, donde se encontraba el cuerpo del Señor del Caos, le llegó un horrible chillido.

-¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? Al comprobar que su escudo tenía semejante efecto Elric lanzó un grito triunfante e impúdico y contestó:

- ¡Es Elric de Melniboné, gran señor, que ha venido a destruirte!

Otro tentáculo cayó hacia él y trató de enroscarse alrededor del escudo para atraparlo. Le siguió otro, y otro más. Elric cortó la punta de uno, vio que otro tocaba el escudo, retrocedía y se apergaminaba, y esquivó al tercero para correr junto por la borda y seguir subiendo tan deprisa como le fue posible por la escalera que llevaba a la cubierta superior. Allí se encontró con Jagreen Lern que lo miraba con los ojos desmesuradamente abiertos. El Teócrata vestía su armadura color escarlata. En un brazo llevaba su rodela y en la misma mano un hacha, mientras que en la derecha empuñaba un sable. Echó una mirada a sus armas, percatándose de lo inadecuadas que eran para enfrentarse a las de Elric.

-A ti ya te mataré luego, Teócrata -prometió Elric.

- ¡Qué iluso eres, Elric! ¡Hagas lo que hagas, estás condenado!

Probablemente fuera cierto, pero no le importaba.

- ¡Hazte a un lado, traidor! -le ordenó mientras levantaba el escudo y avanzaba hacia los innumerables tentáculos del Señor del Caos.

-Eres el asesino de mis primos, Elric -dijo la criatura con una voz susurrante-. Y has desterrado a varios Duques del Caos a sus propios dominios y jamás podrán volver a la tierra. Pagarás por ello. Pero yo no te subestimo como es posible que hicieran ellos.

Un tentáculo se alzó por encima de Elric e intentó meterse entre él y el escudo para aferrarle por el cuello. El albino retrocedió y se protegió con el escudo.

Una maraña de tentáculos comenzó a moverse por sus cuatro costados; todos ellos se enroscaron alrededor del escudo, a pesar de que sabían que tocarlo significaba la muerte. Elric saltó a un lado esquivándolos a duras penas, y asestando mandobles a diestro y siniestro con *Tormentosa.* Mientras luchaba, recordó las palabras de Sepiriz: «Golpea el cristal que hay encima de su cabeza. Contiene su alma y su vida». Elric vio el cristal azul brillante que a él le había parecido uno de los muchos ojos de lord Pyaray. Avanzó hacia las raíces de los tentáculos, dejando su espalda al descubierto, pero no tenía elección. Al hacerlo, unas fauces enormes se abrieron en la cabeza de aquel ser y los tentáculos comenzaron a empujarlo hacia ellas. Tendió el escudo hacia las fauces hasta que logró tocar los

labios. Una sustancia amarilla y gelatinosa brotó de las fauces al tiempo que el Señor del Caos gritaba de dolor. Plantó un pie en el resto de un tentáculo y subió por la piel resbaladiza del Señor del Caos. Cada vez que su escudo tocaba a Pyaray, le producía algún tipo de herida de modo que el Señor del Caos comenzó a agitarse peligrosamente. Elric llegó a lo alto de la brillante alma−cristal. Hizo una pausa y luego hundió a *Tormentosa* en el cristal.

El centro del cuerpo de aquel ente comenzó a latir poderosamente. Soltó un monstruoso chillido y Elric aulló cuando *Tormentosa* se bebió el alma del Señor del Infierno y canalizó aquella tremenda vitalidad a través de su cuerpo. Era demasiada.

Salió despedido hacia atrás. Perdió el equilibrio sobre el lomo resbaladizo, rodó por la cubierta y se precipitó sobre otra, treinta metros más abajo. Aterrizó con una fuerza descomunal, pero gracias a la vitalidad robada, salió ileso. Se puso en pie, dispuesto ya a abalanzarse sobre Jagreen Lern. El Teócrata lo miró, ansioso, desde lo alto y le gritó:

- ¡En ese camarote encontrarás un regalo para ti, Elric!

Consciente en el fondo de que el momento de vengarse no había llegado aún, y dividido entre el deseo de ir tras el Teócrata y de registrar el camarote, Elric se volvió y abrió la puerta. Del interior le llegó un acongojado sollozo.

- ¡Zarozinia! -Se agachó para internarse en la oscuridad y allí la vio.

El Caos la había deformado. Sólo quedaba la cabeza, la misma hermosa cabeza.

Pero su hermoso cuerpo había sido horriblemente transformado. Parecía el cuerpo de un enorme gusano blanco.

-¿Ha sido Jagreen Lern quien te ha hecho esto?

-Él y su aliado.

-¿Cómo has logrado conservar la cordura?

-Esperándote. He de hacer algo para lo cual no debía perder el juicio.

El cuerpo del gusano se dirigió hacia él.

-No te me acerques -gritó sin poder disimular el asco. A duras penas lograba mirarla.

Pero ella no le hizo caso. El cuerpo del gusano siguió avanzando y fue a clavarse en la espada de Elric.

-Ahí tienes -gritó la cabeza-. ¡Bébete mi alma, Elric, pues así como estoy no le sirvo a nadie! Lleva mi alma contigo y estaremos juntos para siempre.

- ¡No! ¡Te equivocas! -Trató de retirar la sedienta espada rúnica, pero no pudo. A diferencia de las demás sensaciones que había recibido de ella, aquella fue casi gentil. Cálida y agradable, aportándole su juventud y su inocencia, el alma de su esposa fluyó en la suya y el albino gritó sollozante-: ¡Oh, Zarozinia, oh, amor mío!

Y así murió la joven, su alma se fundió con la de él del mismo modo que, años antes lo había hecho el alma de Cymoril, su primer amor. No miró al espantoso cuerpo del gusano ni tampoco la cara de Zarozinia. Salió del camarote despacio.

Aunque se sentía inundado por una dolorosa tristeza, *Tormentosa* pareció atragantarse cuando la envainó.

Al salir del camarote, la cubierta comenzó a desintegrarse en mil pedazos. Sepiriz había dicho la verdad. La destrucción de Pyaray provocaría también la destrucción de su flota fantasmal. Jagreen Lern había logrado escapar y Elric no estaba con ánimos para ir tras él. Lamentaba que la flota hubiera logrado su cometido antes de que él pudiera destruirla. Con la ayuda de su espada y de su escudo, saltó del barco al suelo palpitante y corrió hacia su corcel nihrainiano que comenzaba a retroceder y a piafar para protegerse de un grupo de balbuceantes criaturas del Caos. Volvió a desenvainar la espada rúnica y comenzó a repartir golpes; no tardó en dispersarlos a todos, entonces montó en su caballo nihrainiano. Con el blanco rostro cubierto de lágrimas, salió a galope tendido del Campamento del Caos, dejando atrás a las Naves del Infierno que continuaban desintegrándose. Al menos no volverían a amenazar al mundo; el Caos había recibido un duro golpe. Sólo había que disponer de la horda misma, cometido que no resultaría tan sencillo.

Luchando contra las cosas retorcidas que le lanzaban zarpazos, no tardó en reunirse con sus amigos y, sin decirles nada, obligó a su caballo a girar y guió al grupo a través de la tierra temblorosa en dirección a Melniboné, donde libraría la última batalla contra el Caos y completaría así su destino.

Mientras cabalgaba, creyó oír en su mente la joven voz de Zarozinia que lo consolaba mientras él dejaba atrás el Campamento del Caos y las lágrimas continuaban bañando su rostro.

LIBRO TERCERO
La desaparición de un señor condenado

Pues sólo la mente del hombre es libre de explorar la altiva vastedad del cosmos infinito, para trascender la conciencia ordinaria, o vagar por los corredores subterráneos del cerebro humano con sus ilimitadas dimensiones. El universo y el individuo están unidos, el uno reflejado en el otro, y cada uno de ellos contiene al otro.

Crónica de la Espada Negra

1

La ciudad de los sueños ya no soñaba envuelta en su esplendor. Las derruidas torres de Imrryr eran restos negros y humeantes de albañilería que se proyectaban aguzados y sombríos contra el cielo plomizo. En otros tiempos, la venganza de Elric había llevado el fuego a la ciudad, y el fuego había traído consigo la ruina.

Unas vetas de nubes, que parecían humo negro, cubrían el sol; las aguas turbulentas y manchadas de rojo que había más allá de Imrryr se plagaron de sombras y en cierto modo fueron silenciadas por las negras cicatrices que surcaban su ominosa agitación.

Desde la cima de una montaña de escombros, un hombre contemplaba las olas. Un hombre alto, de anchos hombros y cadera estrecha, un hombre de cejas alargadas y puntiagudas, orejas sin lóbulo, pómulos prominentes y sonrojados, y ojos sombríos en un rostro pálido y ascético. Vestía de negro, con una pesada capa acolchada de amplio cuello, que resaltaban su piel de albino. El viento, errático y cálido, jugueteaba con su capa, la acariciaba para aullar después entre las torres rotas.

Elric oyó el aullido y su memoria se llenó con las melodías dulces, maliciosas y melancólicas del viejo Melniboné. Recordó también la otra música que sus antepasados habían compuesto al torturar con elegancia a sus esclavos, eligiéndolos por los agudos de sus gritos para utilizarlos como instrumentos en impías sinfonías. Sumido durante un momento en su nostalgia encontró algo parecido al olvido y deseó no haber dudado nunca del código de Melniboné, deseó haberlo aceptado sin cuestionamientos para poder conservar la paz de espíritu. Sonrió amargamente.

Más abajo, apareció otra silueta que fue subiendo por los escombros y se colocó a su lado. Era un hombre pelirrojo y bajito, con una boca ancha y unos ojos que habían sido brillantes y picaros.

- Miras hacia el este, Elric -murmuró Moonglum-. Miras hacia algo que no tiene remedio.

Elric posó su mano de largos dedos sobre el hombro de su amigo.

- ¿Hacia dónde iba a mirar si no, Moonglum, ahora que el mundo yace bajo la bota del Caos? ¿Qué quieres que haga? ¿Que espere días cíe esperanza y risas, días de paz, con niños jugando a mis pies? -Soltó una risa leve. Era una risa que a Moonglum le disgustaba oír.

-Sepiriz habló de la ayuda de los Señores Blancos. Pronto nos llegará. Hemos de esperar pacientemente.

Moonglum se volvió para mirar el sol ardiente y estático; después, su rostro adquirió una expresión introspectiva y bajó la mirada hacia los escombros en los que estaba de pie.

Elric permaneció callado durante un instante mientras observaba el ir y venir de las olas. Después se encogió de hombros y dijo:

- ¿Por qué he de quejarme? No me hace ningún bien. No puedo actuar por mi propia voluntad. Sea cual sea el destino que me espera, no puedo cambiarlo. Ruego porque los hombres que nos sucedan utilicen su habilidad de controlar sus propios destinos. Porque yo carezco de ella. -Se acarició la mandíbula con los dedos y después se miró la mano en la que, bajo la piel blanca, destacaban las uñas, los nudillos, los músculos y las venas. Se pasó la mano por la sedosa cabellera blanca, inspiró profundamente y suspiró-: ¡Lógica! El mundo pide lógica a gritos. Yo no la tengo, y sin embargo aquí me tienes, un hombre formado con mente, corazón y órganos vitales; no obstante, no soy más que el resultado de un cúmulo de ciertos elementos. El mundo necesita lógica. De todos modos, toda la lógica de este mundo vale tanto como un golpe de suerte. Los hombres se debaten por tejer una maraña de pensamientos perfectos, aunque otros tejen descuidadamente un diseño al azar y alcanzan el mismo resultado. Ya ves, no sé para qué sirven los pensamientos de los sabios.

-Ah -dijo Moonglum guiñando un ojo e intentando no parecer demasiado serio-, ha hablado el aventurero salvaje, el cínico. Pero no todos somos salvajes y cínicos, Elric. Hay hombres que van por otros senderos... y llegan a conclusiones distintas de las tuyas.

-Yo transito por un sendero predestinado. Anda, vamos a las Cuevas de los Dragones y veamos qué ha hecho Dyvim Slorm para despertar a nuestros amigos reptiles.

Bajaron juntos por la montaña de escombros y anduvieron por los derruidos cañones que antes habían sido las hermosas calles de Imrryr. Salieron de la ciudad y recorrieron un sendero cubierto de hierba que serpenteaba por un desfiladero, perturbando a una bandada de enormes cuervos; todos ellos emprendieron el vuelo graznando, todos menos uno, el rey, que se mantuvo sobre un arbusto con su manto de plumas alborotadas recogidas dignamente,

mientras los miraba con desdén.

Bajaron entre afiladas rocas hasta la entrada de las Cuevas de los Dragones, descendieron unos empinados escalones hasta llegar a una oscuridad iluminada por antorchas, donde hacía un calor húmedo y olía a reptiles. Entraron en la primera cueva donde vieron elevarse en las sombras las enormes siluetas de los dragones dormidos, con sus alas coriáceas recogidas, sus escamas verdinegras brillando levemente, sus garras dobladas y sus finos hocicos replegados dejando al descubierto los dientes marfileños que parecían estalactitas blancas. Sus rojas narices dilatadas soltaban los gruñidos del sueño. El olor de sus pieles y sus alientos era inconfundible, y despertaron en Moonglum un recuerdo heredado de sus antepasados, una impresión borrosa de un tiempo en el que esos dragones y sus amos recorrían el mundo que gobernaban, soltando por los colmillos su veneno inflamable e incendiando los campos sobre los que volaban. Acostumbrado a él, Elric apenas notó el olor, y recorrió la primera cueva y la segunda hasta que encontró a Dyvim Slorm paseándose con una antorcha en una mano y un pergamino en la otra, lanzando juramentos.

Levantó la cabeza al oír el ruido de pasos. Extendió los brazos y al gritar, el eco se propagó por las cuevas:

- ¡Nada! ¡No han movido ni un pelo, ni un pestañeo, nada! No hay manera de despertarlos. No se levantarán hasta que no hayan dormido el número de años necesario. ¡Ay, si no los hubiéramos utilizado en las dos últimas ocasiones, porque ahora nos hacen más falta que nunca!

-Ni tú ni yo sabíamos entonces lo que ahora sabemos. Con lamentarnos no ganaremos nada.

Elric miró a su alrededor a las enormes siluetas en sombras. Allí, ligeramente separado del resto, estaba el dragón jefe, por el que sentía un cierto afecto: Colmillo de Fuego, el más anciano, seguía siendo joven a pesar de sus cinco mil años de edad. Pero al igual que el resto, Colmillo de Fuego seguía dormido.

Se acercó a la bestia y le acarició las escamas de aspecto metálico, con la mano palpó la suavidad de los enormes colmillos frontales, notó el aliento caliente sobre su cuerpo y sonrió. A su costado oyó murmurar a *Tormentosa.* Le dio unas palmadas a la espada y dijo:

-He aquí un alma que no puede ser tuya. Los dragones son indestructibles. Sobrevivirán aunque el mundo desaparezca. Desde el otro extremo de la cueva, Dyvim Slorm dijo:

-Elric, por el momento, no se me ocurre otra solución. Volvamos a la torre de D'a'rputna a refrescarnos.

Elric asintió y los tres hombres regresaron a través de las cuevas para subir los escalones que los llevarían a la luz.

-De modo que todavía no ha caído la noche -dijo Dyvim Slorm-. Hace trece días que el sol está en esa posición, desde que partimos del Campamento del Caos y emprendimos el peligroso viaje hacia Melniboné. ¿Cuánto poder ha de tener el Caos para detener el curso del sol?

-Por lo que sabemos, quizá esto no sea obra del Caos -señaló Moonglum -. Aunque es probable que haya sido él. El tiempo se ha detenido. El tiempo espera. ¿Pero qué es lo que espera? ¿Más confusión, más desorden? ¿O la influencia del gran equilibrio que volverá a imponer el orden y se vengará de aquellas fuerzas que se han opuesto a su voluntad? ¿O acaso el Tiempo nos espera a nosotros... tres mortales a la deriva, aislados de lo ocurrido al resto de los mortales, que esperamos a que él actúe igual que él nos espera a nosotros?

-Es posible que el sol espere a que actuemos -convino Elric-. ¿Porque acaso no es nuestro destino preparar al mundo para el nuevo curso que le espera? Si así fuera, entonces me siento algo más que un mero instrumento. ¿Y si no hiciéramos nada? ¿Acaso el sol se quedará allí para siempre?

Hicieron una pausa y se quedaron mirando la enorme bola roja que bañaba las calles de luz escarlata, y a las nubes negras que recorrían el cielo. ¿Hacia dónde irían aquellas nubes? ¿De dónde venían? Parecían dotadas de un firme propósito. Era muy posible que ni siquiera fuesen nubes, sino espíritus del Caos atareados con sus oscuros propósitos.

Consciente de la inutilidad de sus especulaciones, Elric masculló para sí. Los condujo de vuelta a la torre de D'a'rputna donde, años antes, había ido a buscar a su amor, su prima Cymoril, para que le fuera arrebatada más tarde por la sed inagotable de la espada que colgaba de su costado. La torre había sobrevivido a las llamas, aunque los colores que la habían adornado aparecían ennegrecidos por el fuego. Dejó allí a sus amigos y se dirigió a sus aposentos, donde se tendió vestido sobre el blando lecho melnibonés para quedarse inmediatamente dormido.

2

Elric durmió y soñó, y aunque era consciente de la irrealidad de sus visiones, sus esfuerzos por despertarse resultaron completamente inútiles. Pronto dejó de intentarlo y permitió que sus sueños se formaran y lo arrastrasen hacia sus brillantes paisajes...

Vio Imrryr tal como había sido siglos antes. Imrryr, la misma ciudad que bahía conocido antes de que condujese la incursión contra ella y provocara su destrucción. El mismo aspecto, aunque distinto, más brillante, como si acabara de ser construida. Los colores de los campos circundantes también eran más plenos, el sol era de un anaranjado más oscuro, el cielo más azul y sofocante. Desde entonces supo que las tonalidades mismas del mundo se habían desteñido al ir envejeciendo el planeta...

En las calles brillantes se paseaban las gentes y las bestias; melniboneses altos y extraños, hombres y mujeres que andaban con gracia, como tigres orgullosos; esclavos de rostros curtidos y miradas estoicas y desesperadas, caballos de largas patas, de una raza ya desaparecida, pequeños mastodontes que tiraban de llamativos carruajes. En la brisa se entremezclaban los misteriosos aromas del lugar, los sonidos amortiguados de la actividad... todo en silencio porque los melniboneses detestaban el ruido tanto como amaban la armonía. En las altas torres de malaquita azul, jade, marfil, cristal y pulido granito rojo ondeaban estandartes de pesada seda. Elric se movió mientras dormía y sintió una gran ansiedad por encontrarse entre sus antepasados, la raza dorada que había dominado el mundo antiguo.

Unas monstruosas galeras navegaban por el laberinto acuático que conducía al puerto interior de Imrryr; iban cargadas con los mejores botines del mundo, los impuestos cobrados en todos los puntos del Brillante Imperio. Y surcando el cielo azul los dragones perezosos volaban rumbo a sus cuevas donde miles de bestias iguales tenían su establo, a diferencia de las escasas cien que habían quedado. En la torre más alta -la Torre de B'all'nezbett, la Torre de los Reyes- sus antepasados habían estudiado las ciencias ocultas, habían realizado sus malignos experimentos y habían satisfecho sus sensuales apetitos, no en forma decadente, como los hombres de los Reinos Jóvenes, sino según sus instintos naturales.

Elric sabía que contemplaba el fantasma de una ciudad muerta. Le pareció que iba más allá de los brillantes muros de la Torre y veía a sus antepasados emperadores entretenidos en conversaciones aguzadas por las drogas, en actitud sádica, relacionándose con mujeres demonio, torturando e investigando el extraño metabolismo y la psicología de las razas esclavizadas, profundizando en el estudio de las ciencias ocultas, adquiriendo unos conocimientos que pocos hombres del período posterior pudieron experimentar sin volverse locos.

Pero estaba claro que lo suyo era un sueño o una visión de los infiernos habitados por los muertos de todas las eras, porque allí estaban los emperadores de distintas generaciones. Elric los conocía por sus retratos: Rondar IV, de los negros bucles, duodécimo emperador; Elric I, de vista aguzada y porte imperial, octogésimo emperador; Kahan VII, perseguido por el horror, tricentésimo vigésimo noveno emperador. Una docena o más de los más poderosos y sabios de sus cuatrocientos veintisiete antepasados, incluida Terhali, la Verde Emperatriz, que había gobernado el Brillante Imperio desde el año 8406 después de su fundación hasta el 9011. Su longevidad y la coloración verdosa de su piel y su cabello la habían distinguido. Había sido una poderosísima maga, incluso para los niveles melniboneses. Se decía que había nacido de la unión del emperador Iuntric X y una diablesa.

Elric, que observaba todo esto como si se encontrara en un rincón oscuro de la gran sala principal, vio abrirse la puerta rielante de cristal negro para dar paso a un recién llegado. Dio un brinco e intentó volver a despertarse sin éxito. El hombre era su padre, Sadrid el octogésimo sexto, un hombre alto, con ojos de pesados párpados y un aire triste. Pasó entre la multitud como si no existiera. Se dirigió directamente hacia Elric y se detuvo a dos pasos de él. Se quedó mirándolo; sus ojos se esforzaban por verle bien debajo de los pesados párpados y la frente prominente. Era un hombre de rostro demacrado que se había sentido decepcionado por su hijo albino. Tenía una nariz larga y aguileña, unos pómulos anchos y una leve chepa a causa de su altura inusual. Acarició el rojo terciopelo de su túnica con sus manos delicadas y cargadas de anillos. Después, le habló con voz clara, la misma que, según recordaba Elric, había empleado siempre.

-Hijo mío, ¿tú también estás muerto? Creí que llevaba aquí apenas un instante y sin embargo compruebo que has cambiado con los años y con la carga que el tiempo y el destino te han hecho llevar. ¿Cómo has muerto? ¿Durante un combate y a manos de la espada de algún extranjero orgulloso? ¿O en esta misma torre, en tu cama de marfil? ¿Qué es ahora de Imrryr? ¿Van bien las cosas para ella o todo lo contrario, sueña en su decadencia con el

pasado esplendor? Nuestro linaje continúa, tal como debe hacerlo... no voy a preguntarte si has cumplido con esa parte de tu deber. Habrás tenido un hijo; sin duda, de Cymoril, a quien tanto amabas y por lo que tu primo Yyrkoon te odiaba.

-Padre...

El anciano levantó una mano casi transparente por los años y prosiguió:

-Hay otra cosa que he de preguntarte. Se trata de algo que preocupa a cuantos transcurren su inmortalidad en las sombras de esta ciudad. Algunos de nosotros hemos notado que la ciudad misma se desvanece a veces y sus colores se destiñen, y se estremecen como si estuvieran a punto de desaparecer. Algunos de nuestros compañeros han ido más allá de la muerte y quizá, tiemblo al pensarlo, hayan entrado en la no existencia. Incluso aquí, en la inmemorial región de la muerte, se manifiestan cambios sin precedentes y aquellos de nosotros que nos hemos atrevido a formular la pregunta y a darle una respuesta, tememos que en el mundo de los vivos haya ocurrido algún hecho tumultuoso. Algún hecho tan increíblemente grandioso que incluso aquí nos vemos afectos y que amenaza con provocar la extinción de nuestras almas. Una leyenda dice que hasta que la Ciudad de Ensueño no muera, nosotros, los fantasmas, podemos habitar en sus glorias pasadas. ¿Son ésas las noticias que nos traes? ¿Es éste tu mensaje? Porque ahora que te observo mejor, noto que tu cuerpo sigue vivo y que lo que ante mí tengo no es más tu cuerpo astral, que ha salido a vagar por el reino de los muertos.

-Padre... -pero la visión comenzaba a desaparecer; y él volvía a los vociferantes corredores del cosmos, a través de los planos de la existencia desconocidos por los hombres, lejos, lejos...

- ¡Padre! -volvió a gritar, y su voz se multiplicó en infinitos ecos, pero ante él no había nadie que le contestase.

Y en cierta forma se alegró, porque ¿cómo habría podido contestarle a aquel pobre espíritu, cómo habría podido revelarle la verdad de sus sospechas, admitir los crímenes que él mismo había cometido contra su ciudad ancestral, contra el mismo linaje de sus antepasados? Todo fue bruma y un gran pesar mientras sus ecos retumbaban en sus oídos, para adquirir independencia, transformar su grito y formar con él extrañas palabras: «¡P−a−a−dr−e−e−e... A−a−a−a−v−a−a−a... A−a−a−h−a−a... R−a−a... Da−ra−va−ar−aa!»

Aunque volvió a luchar con todo su ser, no logró despertar, pero sintió que su espíritu era impulsado hacia otras regiones indefinidas, envueltas en una bruma, a través de combinaciones de colores fuera del espectro terrenal, fuera de toda concepción de su mente.

Un rostro enorme comenzó a adquirir forma en medio de la bruma.

- ¡Sepiriz! -Elric reconoció la cara de su mentor. Pero el espíritu del negro nihrainiano no parecía haberlo oído-. Sepiriz... ¿estás muerto?

La cara se desvaneció para volver a reaparecer casi de inmediato junto con el resto del cuerpo.

-Elric, por fin te he encontrado, envuelto en tu cuerpo astral, por lo que veo. Doy gracias al Destino, porque creí que no lograría invocarte. Hemos de darnos prisa. Hemos logrado abrir una brecha en las defensas del Caos e iremos a parlamentar con los Señores de la Ley.

-¿Dónde estamos?

-Todavía en ninguna parte. Viajamos hacia los Mundos Superiores. Ven, date prisa, seré tu guía.

Y bajaron por pozos recubiertos de la lana más suave que los envolvió y los consoló, por cañones cortados entre resplandecientes montañas de luz ante las cuales quedaban completamente empequeñecidos, a través de cavernas de infinita negrura en cuyo interior sus cuerpos brillaron, y Elric supo que la negra nada desaparecía para siempre en todas direcciones.

Después se hallaron de pie en una meseta sin horizontes, perfectamente plana, salpicada aquí y allá de construcciones geométricas verdes y azules. El aire iridiscente estaba vivo con brillante energía, que iba tejiendo intrincados dibujos de aspecto muy formal. Encontraron también unas cosas de aspecto humana, unas cosas que habían adoptado esa forma por el bien de los hombres que tenían delante.

Los Señores Blancos de los Mundos Superiores, enemigos del Caos, eran hermosísimos; tenían unos cuerpos de una simetría tal que no podía ser terrenal. Sólo la Ley era capaz de crear semejante perfección y, pensó Elric, era evidente que semejante perfección impedía el progreso. Que las fuerzas gemelas se complementaban le resultó entonces más evidente que antes, porque si cualquiera de ellas lograba un completo dominio sobre la otra, ello significaría la entropía o el estancamiento del cosmos. Aunque la Ley dominara la tierra, el Caos debía estar presente, y viceversa.

Los Señores de la Ley estaban equipados para la guerra. Resultaba evidente por su elección de sus vestidos terrenales. Finos metales y sedas -o sus equivalentes en ese plano- brillaban sobre sus cuerpos perfectos. De sus costados pendían delgadas armas y sus rostros, de sobrecogedora belleza, parecían brillar llenos de decisión. El más alto de todos dio un paso al frente.

-Sepiriz, vemos que nos has traído a aquel cuyo destino ha de ayudarnos. Salve, Elric de Melniboné. Aunque eres un engendro del Caos, tenemos motivos para recibirte bien. Soy el que en tu mitología recibe el nombre de

Donblas, el Justiciero.

-Salve, lord Donblas -repuso Elric sin moverse - . Me temo que el tuyo es un nombre inmerecido, porque en estos momentos la justicia no existe en el mundo.

-Hablas de tu mundo como si fuera todos los mundos -dijo Donblas con una sonrisa, pero sin asomo de rencor, aunque era evidente que no estaba acostumbrado a tal descaro en un mortal. A Elric no le preocupó aquello en lo más mínimo, porque había tenido demasiados tratos con los Señores Oscuros de los Mundos Superiores como para deberles demasiada deferencia. Además, sus antepasados habían estado en contra de Donblas y todos sus hermanos, y le resultaba difícil considerar al Señor Blanco como un aliado-. He comprobado que has logrado desafiar a nuestros enemigos -prosiguió lord Donblas con tono de aprobación-, Y he de reconocer que en estos momentos es difícil encontrar justicia en la tierra. Pero me llaman el Justiciero y todavía conservo la voluntad de hacer justicia cuando las condiciones cambien en tu plano.

Elric no miró directamente a Donblas, porque su belleza le turbaba.

-Entonces pongamos manos a la obra, mi señor, para poder cambiar el mundo lo antes posible. Llevemos la novedad de la justicia a nuestro mundo doliente.

- ¡Aquí no existen las prisas, mortal! -era otro Señor Blanco el que hablaba; su capa de color amarillo pálido ondeaba sobre el acero brillante de su peto y su greba, en la que se veía grabada la Flecha de la Ley.

-Pensé -dijo Elric frunciendo el ceño-, que una vez abierta la brecha hacia la tierra, esta visión marcial sería una señal de que os preparabais a declarar la guerra al Caos.

-La guerra está dispuesta... pero no es posible hasta que nos llegue una invocación de la tierra.

- ¡De la tierra! ¿Acaso la tierra no ha pedido a gritos vuestra ayuda? ¿Acaso no hemos realizado encantamientos y embrujos para que acudierais en nuestra ayuda? ¿Qué otra invocación necesitáis?

-La establecida -repuso con firmeza lord Donblas.

- ¿La establecida? ¡Por todos los Dioses! Perdonadme, mis señores. ¿Acaso queda algún trabajo más para mí?

-Una última y gran tarea, Elric -repuso Sepiriz en voz baja-. Tal como te he dicho, el Caos impide todos los intentos de los Señores Blancos por entrar en nuestro mundo. El Cuerno del Destino ha de sonar tres veces antes de que este asunto haya concluido del todo. El primer llamado despertará a los Dragones de Imrryr, el segundo permitirá a los Señores Blancos que entren en el plano terrestre, el tercero... -se interrumpió.

- ¿El tercero qué? -inquirió Elric, impaciente.

- ¡El tercero anunciará la muerte de nuestro mundo!

- ¿Dónde está ese poderoso cuerno?

-En alguno de varios futuros posibles -respondió Sepiriz-. Un instrumento de este tipo no puede fabricarse en nuestra fase, por lo tanto, habrá que construirlo en una fase en la que la lógica domine a la brujería. Has de viajar al futuro para buscar allí el Cuerno del Destino.

- ¿Y cómo podré realizar semejante viaje?

Lord Donblas volvió a hablar sin emoción en la voz.

-Te daremos los medios. Llévate la espada y el escudo del Caos, porque te serán útiles, aunque no serán tan poderosos como en tu mundo. Habrás de ir entonces al punto más alto de la derruida Torre de B'all'nezbett en Imrryr y desde allí te lanzaras al vacío. No caerás... a menos que el escaso poder que conservamos sobre la tierra nos falle.

-Reconfortantes palabras, mi señor Donblas. Está bien, haré como decís, aunque no sea más que para satisfacer mi propia curiosidad.

-Éste es sólo uno de muchos mundos futuros -dijo Donblas encogiéndose de hombros-. Es una sombra, igual que el tuyo, pero no puedes aprobarlo. Notarás su agudeza, su claridad de perfiles... eso indicará que el Tiempo no ha ejercido sobre él influencia alguna, que su estructura no ha sido suavizada por los acontecimientos. Sin embargo, permite que te desee un viaje seguro, mortal, porque me caes bien y además tengo motivos para estarte agradecido. Aunque seas hijo del Caos, llevas en tu interior algunas de las cualidades que los de la Ley admiramos. Vete pues... regresa a tu cuerpo mortal y prepárate para la empresa que te aguarda.

Elric hizo otra reverencia y miró a Sepiriz. El negro nihrainiano retrocedió tres pasos y desapareció en el aire resplandeciente. Elric lo siguió.

Una vez más sus cuerpos astrales surcaron la miríada de planos del universo sobrenatural, experimentando sensaciones desconocidas a la mente física antes de que, una vez más y sin previo aviso, Elric volviera a sentirse pesado y abriera los ojos para descubrir que se encontraba en su propia cama, en la torre de D'a'rputna. A través de la tenue luz que se filtraba por las aberturas del pesado cortinaje, vio el redondo Escudo del Caos, su símbolo de ocho flechas latía despacio como siguiendo el ritmo del sol, y junto a él estaba *Tormentosa,* su espada rúnica, apoyada contra la pared como dispuesta para el viaje hacia el mundo de un posible futuro.

Elric volvió a quedarse dormido, pero de una forma más natural, y lo atormentaron pesadillas también más naturales, que acabaron arrancándole un grito que lo despertó para descubrir que Moonglum se encontraba junto a su cama. Tenía una expresión entre triste y preocupada en el rostro.

-¿Qué ocurre, Elric? ¿Qué es lo que agita tus sueños?

-Nada -repuso el albino estremeciéndose-. Déjame solo, Moonglum, me reuniré contigo cuando me levante.

-Tiene que haber un motivo para que hayas gritado de ese modo. ¿Algún sueño profético, quizá?

-Profético, sí, profético sin lugar a dudas. Me pareció ver una visión de mi propia sangre derramada por mi propia mano.

¿Qué significado tiene este sueño, qué importancia? Responde a eso, amigo mío, y si no puedes, vete y déjame en mi morbosa cama hasta que estos pensamientos se hayan ido.

-Anda, levántate, Elric. Busca el olvido en la acción. La vela del decimocuarto día se está apagando y Dyvim Slorm espera tu consejo.

El albino se incorporó y sacó las piernas del lecho. Se sentía débil, casi sin energías. Moonglum lo ayudó a levantarse.

-Abandona ese talante preocupado y ayúdanos con nuestro dilema -dijo con un tono despreocupado que no hizo más que evidenciar mejor sus temores.

-Está bien -dijo Elric enderezándose - . Alcánzame la espada. Necesito de su fuerza robada.

A regañadientes, Moonglum se dirigió hasta la pared donde estaba el arma maligna, cogió la espada rúnica por la vaina y la levantó con dificultad, porque era muy pesada. Se estremeció cuando le pareció notar que el acero se reía disimuladamente de él y se la entregó a su amigo por la empuñadura. Agradecido, Elric la tomó y se disponía a desenvainarla cuando hizo una pausa.

- Será mejor que salgas de aquí antes de que desenvaine.

Moonglum comprendió de inmediato y se marchó, no estaba dispuesto a confiar su vida a los caprichos de aquella espada infernal... ni a los de su amigo.

Cuando se hubo marchado, Elric desenvainó la gran espada y una vez más notó un cosquilleo cuando su vitalidad sobrenatural comenzó a fluir por sus venas. Pero no le bastó; sabía que si el arma no se alimentaba pronto con la vida de otros, intentaría beberse las almas de los dos únicos amigos que le quedaban. Volvió a envainarla, pensativo, se la ató al cinturón y a grandes zancadas se reunió con Moonglum en el corredor de altos techos.

En silencio, bajaron por la sinuosa escalera de mármol de la torre, hasta llegar al nivel central donde se hallaba la sala principal. Allí encontraron a Dyvim Slorm; estaba sentado, con una botella de añejo vino melnibonés sobre la mesa que tenía delante, y un gran cuenco de plata en las manos. *Enlutada,* su espada, estaba sobre la mesa, junto a la botella. Habían encontrado el vino almacenado en las bodegas secretas de aquel lugar, que los ladrones del mar habían pasado por alto cuando Elric los había conducido sobre Imrryr, en la ocasión en que él y su primo habían luchado en bandos contrarios. El cuenco estaba lleno de una mezcla de hierbas, miel y cebada que sus antepasados habían utilizado para alimentarse en tiempos de escasez. Dyvim Slorm etaba sumido en una profunda meditación, pero levantó la vista cuando entraron sus amigos y se sentaron delante de él. Lanzó una sonrisa desesperada.

-Elric, me temo que he hecho cuanto he podido por despertar a nuestros amigos dormidos. Ya no me queda nada... y ellos siguen durmiendo.

Elric recordó los detalles de su visión y temeroso de que se tratara de un producto de su imaginación que le proporcionaba la fantasía de la esperanza, cuando en realidad no había ninguna esperanza, dijo:

-Olvídate de los dragones, al menos por el momento. Anoche abandoné mi cuerpo para viajar a lugares que están más allá de la tierra. Llegué al plano de los Señores Blancos donde me explicaron cómo despertar a los dragones haciendo que sonara un cuerno. Voy a seguir sus indicaciones para encontrar ese cuerno.

Dyvim Slorm dejó el cuenco sobre la mesa.

-Iremos contigo, no lo eludes.

-No es preciso, además es imposible. He de ir solo. Esperadme hasta que vuelva y si no lo hago... pues entonces, haced lo que decidáis, podréis pasaros los años que os quedan prisioneros en esta isla, o bien luchar contra el Caos.

-Tengo la impresión de que en realidad el tiempo se ha detenido y que si nos quedamos aquí viviremos eternamente y nos veremos obligados a enfrentarnos al aburrimiento que ello implica -comentó Moonglum-. Si no vuelves, por mi parte pienso cabalgar hasta los reinos conquistados y llevarme a unos cuantos enemigos conmigo al limbo.

-Haz lo que te plazca -dijo Elric-. Pero espérame hasta que se haya agotado tu paciencia, porque no sé cuánto voy a tardar.

Se puso en pie y sus amigos parecieron sobresaltarse, como si hasta ese mismo instante no hubieran comprendido la importancia de sus palabras.

-Que tengas suerte, amigo mío -dijo Moonglum.

- Si tengo suerte o no dependerá de qué me encuentre allí a donde voy -replicó Elric con una sonrisa-. Pero te agradezco de todos modos, Moonglum. Te deseo suerte, primo, y no padezcas. ¡Quizá logremos despertar a los dragones!

-Así será -dijo Dyvim Slorm recuperando súbitamente la vitalidad-, no me cabe duda. ¡Y su ígneo veneno se esparcirá sobre la inmundicia que nos trae el Caos para quemarla y dejarlo todo limpio! ¡Ese día ha de llegar, o no soy profeta!

Contagiado por aquel inesperado entusiasmo, Elric sintió aumentar su confianza, saludó a sus amigos, sonrió y salió con paso firme de la sala para subir la escalera de mármol a recoger el Escudo del Caos y dirigirse luego hacia la salida de la torre. Desde allí recorrería las calles destruidas hacia las ruinas mágicas que habían sido escenario de su horrenda venganza: la Torre de B'all'nezbett.

3

Cuando Elric se detuvo ante la entrada destrozada de la torre, su mente era un hervidero de pensamientos que le proponían nuevas convicciones y amenazaban con enviarlo de regreso con sus amigos. Pero luchó contra ellos, intentó derribarlos, olvidarlos, se aferró al recuerdo de la promesa que los Señores Blancos le hicieran y entró en las ruinas que conservaban el olor a madera y tela quemada.

Aquella torre, que había formado una pira funeraria en la que había ardido el cuerpo de Cymoril, su primer amor, y Yyr–koon, hermano de ella y primo suyo, aparecía despojada de su parte interior. Sólo conservaba la escalera de piedra y cuando observó con más atención en medio de la oscuridad surcada de rayos de sol, notó que se había desprendido antes de llegar al techo.

No se atrevió a pensar, porque hacerlo le hubiera impedido entrar en acción. Colocó un pie en el primer escalón y comenzó a subir. Al hacerlo, un ligero sonido llegó a sus oídos, aunque bien podía provenir de su propia mente. Pero tuvo conciencia de él y sonaba como una orquesta lejana que estuviera afinando. A medida que fue ascendiendo, el sonido aumentó, rítmico aunque discordante, hasta que, en el momento de llegar al último escalón que quedaba intacto, se convirtió en un espantoso tronar que le repercutió por todo el cuerpo produciéndole una sensación dolorosa.

Se detuvo un instante, miró hacia abajo, al suelo de la torre. Lo asaltaron innumerables temores. Se preguntó si lord Donblas se habría referido a que debía llegar al punto más alto al que pudiera llegar fácilmente, o a la cima misma, que se encontraba unos cuantos metros más arriba. Decidió que lo mejor era interpretar literalmente las palabras del Señor Blanco y echándose el enorme Escudo del Caos a la espalda, tendió los brazos y se aferró a una grieta de la pared, que se inclinaba ligeramente hacia adentro. Se izó y quedó con las piernas colgando y sus pies buscaron un asidero. Siempre había tenido vértigo y le desagradaba la sensación que lo invadió al mirar hacia el suelo cubierto de escombros que se encontraba veinticuatro metros más abajo, pero continuó ascendiendo cada vez con más facilidad gracias a las grietas de la pared. Aunque esperaba caer, no lo hizo, y finalmente llegó al tejado, al que accedió a través de un agujero. Poco a poco fue subiendo hasta llegar a la parte mis alta de la torre. Después, temiendo echarse atrás, dio un paso adelante y se lanzó sobre las calles destrozadas de Imrryr.

La música discordante cesó para ser reemplazada por una nota rugiente. Un torbellino de olas rojinegras se abalanzó sobre él, y al atravesarlo se encontró de pie en terreno firme, bajo un sol pálido y pequeño, y percibió el aroma de la hierba. Notó entonces que mientras el mundo antiguo de sus sueños le había parecido más lleno de color que el suyo propio, éste en el que se hallaba se veía todavía más desteñido, aunque era de perfiles más limpios y se veía con mayor claridad. La brisa que le acariciaba el rostro era más fría. Echó a andar por la hierba hacia un bosque poblado de denso follaje que tenía delante. Llegó a las lindes del bosque pero no entró en él, sino que lo rodeó hasta llegar a un arroyo que se extendía en la distancia, alejándose del bosque.

Notó con curiosidad que el agua clara y brillante parecía no moverse. Estaba helada, aunque no por procesos naturales que le resultaran conocidos. Tenía todos los atributos de un arroyo de verano, sin embargo, no fluía. Presintiendo que aquel fenómeno contrastaba extrañamente con el resto del paisaje, empuñó en una mano el Escudo del Caos, desenvainó con la otra la espada y comenzó a seguir el curso del arroyo.

La hierba iba desapareciendo para dar paso a la aulaga y las piedras y a algún que otro matorral de helechos de una variedad para él desconocida. Le pareció oír a lo lejos el rumor del agua, pero en donde él se encontraba el arroyo seguía congelado. Al pasar una roca más alta que las demás, oyó una voz que le gritó:

Levantó la vista.

En la roca encontró a un joven duende con una larga barba parda que le llegaba más abajo de la cintura. Llevaba una lanza como única arma y vestía unos pantalones *y* un jubón rojizos, una gorra verde e iba descalzo. Tenía los ojos como el cuarzo, duros y picaros a la vez.

-Así me llamo yo -dijo Elric presa de curiosidad-. Pero si éste es el mundo del futuro, ¿cómo es posible que me conozcas?

-Tampoco pertenezco a este mundo, al menos, no exactamente. No existo en el tiempo tal como tú lo conoces, sino que me muevo de un lado a otro en los mundos de sombras que los dioses fabrican. Es mi naturaleza la que me impulsa a hacerlo. Y a cambio de permitir que exista, los dioses suelen utilizarme como mensajero. Me llamo Jermays, el Zambo, y estoy tan inacabado como estos mundos.

Mientras hablaba fue bajando por la roca para quedarse mirando a Elric desde abajo.

- ¿Para qué estás aquí? -le preguntó el albino.

- ¿No buscabas el Cuerno del Destino?

-Es cierto. ¿Sabes dónde está?

- Sí -repuso el duende con una sonrisa sardónica-. Sepultado con el cuerpo aún vivo de un héroe de esta era, un guerrero al que llaman Roland.

-Extraño nombre.

- No más extraño que el tuyo para otros oídos. Roland es tu doble en esta tierra, aunque su vida no fue tan marcada por el destino. Encontró la muerte en un valle, no muy lejos de aquí, atrapado *y* traicionado por un compañero suyo, guerrero como él. Llevaba consigo el cuerno y lo hizo sonar una vez antes de morir. Hay quienes dicen que su eco perdura en el valle, *y* que seguirá oyéndose eternamente, aunque Roland murió hace muchos años. Aquí se desconoce la finalidad del cuerno, hasta el mismo Roland la ignoraba. Se llama *Olifant* y fue enterrado con él, junto con *Durandana,* su espada mágica, en el monstruoso montículo funerario que ves allá.

El enano señaló a lo lejos *y* Elric vio que le indicaba algo que antes le había parecido un montecillo.

- ¿Qué debo hacer para conseguir su cuerno? -preguntó. El enano sonrió y con tono malicioso, repuso:

-Has de vértelas con *Durandana,* la espada de Roland. Su acero fue consagrado por las Fuerzas de la Luz mientras que el tuyo fue forjado por las Fuerzas de la Oscuridad. Será un comba−te interesante.

-Dices que está muerto... ¿cómo podrá luchar contra mí pues?

-Lleva el cuerno atado a una cuerdecilla y colgado al cuello. Si intentas quitárselo, defenderá su posesión, despertando de un sueño inmortal, suerte que suele acompañar a la mayoría de los héroes de este mundo.

-Entiendo que han de andar escasos de héroes si deben conservarlos de ese modo -comentó Elric con una sonrisa.

-Es posible -repuso el enano como al descuido-, porque en alguna parte de esta tierra sólo hay una decena o más que duermen ese mismo sueño. Se supone que han de despertar únicamente cuando surja una imperiosa necesidad, sin embargo, he visto que ocurrían cosas terribles y ellos continuaron durmiendo. Quizá esperen el fin de su mundo, que los dioses destruirán si resulta inadecuado, entonces, lucharán por impedir que ello ocurra. Pero no me hagas demasiado caso, porque se trata de una teoría que yo tengo y carece de fundamento.

El enano hizo una cínica reverencia enarbolando su lanza y se despidió de Elric.

-Adiós, Elric de Melniboné. Cuando desees regresar, estaré aquí para guiarte... y has de regresar, vivo o muerto, porque aunque tú no lo sepas, tu presencia aquí, tu aspecto físico, contradice este entorno. Sólo tienes una cosa que encaja bien aquí...

-¿Qué es?

-Tu espada.

-¡Mi espada! Qué extraño, habría pensado que sería la última cosa. -Desechó una idea que comenzaba a formarse en su mente. No tenía tiempo para especulaciones-. No estoy aquí por mi gusto -le comentó al enano mientras éste volvía a trepar a las rocas.

Miró en dirección del montículo funerario y se dirigió hacia él. Notó entonces que el arroyo había comenzado a fluir naturalmente y tuvo la impresión de que aunque la Ley influía en aquel mundo, se veía obligada a tener tratos con la trastornadora influencia del Caos.

Al acercarse más comprobó que el montículo funerario estaba rodeado de enormes losas de piedra lisa. Detrás de las losas había unos olivos de cuyas ramas colgaban unas joyas oscuras, y más allá, a través de las hojas, Elric vio una entrada en arco cerrada por portones de bronce grabados en oro.

-Aunque eres fuerte, *Tormentosa* -le dijo a su espada-, me pregunto si serás lo bastante fuerte como para luchar en este mundo y darme al mismo tiempo la vitalidad que mi cuerpo necesita. Comprobémoslo.

Avanzó hasta el portón y levantando la espada le asestó un potente golpe. El metal resonó y apareció en él una abolladura. Volvió a golpear, esta vez sosteniendo la espada con ambas manos, pero a su derecha, una voz le gritó:

- ¿Qué demonio osa turbar el descanso de Roland?

- ¿Quién habla la lengua de Melniboné? -replicó Elric, airado.

-Hablo la lengua de los demonios, porque percibo que eso es lo que eres. Desconozco el melnibonés pero soy versada en misterios antiguos.

-Mucha jactancia para una mujer -dijo Elric, que aún no había visto a su interlocutora.

La mujer apareció entonces de detrás del túmulo *y* se quedó mirándolo con sus hermosos ojos verdes. Tenía un rostro alargado y bello y era casi tan pálida como él, aunque su cabellera era negra como el azabache.

- ¿Cómo te llamas? -preguntó el albino-. ¿Eres de este mundo?

-Me llamo Vivían, soy una maga, pero a pesar de ello, bastante terrenal. Tu Amo conoce el nombre de Vivían,

que amó a Roland, aunque él era demasiado orgulloso como para aceptarla, porque ella es inmortal y bruja. -Rió divertida-. Por lo tanto, estoy familiarizada con demonios como tú y no te temo. ¡Apártate de mí! Apártate... ¿o he de llamar al Obispo Turpin para que te exorcice?

-Algunas de tus palabras -le dijo Elric cortésmente- me resultan extrañas y la lengua de mis antepasados está muy deformada. ¿Eres la guardiana de la tumba de este héroe?

-Me he nombrado yo misma, sí. ¡Y ahora vete! -le ordenó señalando hacia las losas de piedra.

-No puedo. El cuerpo que hay allí enterrado tiene algo valioso para mí. El Cuerno del Destino lo llamamos, pero aquí lo conocéis por otro nombre.

- ¡*Olifant!* Pero se trata de un instrumento sagrado. No hay demonio que se atreva a tocarlo. Ni siquiera yo...

-No soy un demonio. Juro que soy lo bastante humano. Y ahora apártate. Este maldito portón se resiste a mis embates.

-Ya veo -dijo ella, pensativa-. Podrías ser un hombre...aunque un tanto extraño. Pero el pelo y la cara blancos, los ojos carmesíes y la lengua que hablas...

- Soy brujo, pero no demonio. Por favor... apártate.

Lo miró fijamente a los ojos y su mirada turbó al albino. La cogió por el hombro. Le resultó real, aunque de alguna manera poseía poca presencia real. Era como si se encontrara muy lejos de él. Se miraron llenos de curiosidad y preocupación.

-¿Cómo es posible que conozcas mi lengua? -susurró él-. ¿Es este mundo un sueño mío o de los dioses? No parece tangible. ¿Por qué?

- ¿Eso te inspiramos? -inquirió ella, a su vez-, ¿Qué me dices de tu aspecto fantasmal? ¡Pareces una aparición del pasado!

- ¡Del pasado! Así es, y tú estás en mi futuro, todavía sin forma. Puede que ello nos lleve a alguna conclusión.

Sin seguir el hilo de sus disquisiciones, de pronto le dijo:

-Extranjero, jamás derribarás este portón. Si puedes tocar a *Olifant* eso prueba que eres mortal, a pesar de tu aspecto. Debes de necesitar el cuerno para algo importante.

-Así es -repuso Elric-. Si no lo llevo de vuelta al lugar de donde ha venido, ¡vosotros jamás existiréis!

- ¡Indicios, indicios! -dijo ella frunciendo el ceño-. Creo que estoy a punto de hacer un descubrimiento pero todavía no sé por qué, y eso no es frecuente en Vivian. Anda, ten -le dijo y sacando una enorme llave de su falda se la tendió-. Ésta es la llave que abre la tumba de Roland. Es la única que existe. Tuve que matar para conseguirla, pero algunas veces me interno en la oscuridad de esta tumba para mirar su cara y me invade entonces la nostalgia de revivirlo, para mantenerlo vivo eternamente a mi lado, en mi isla. ¡Llévate el cuerno! Despiértalo... y cuando te haya matado, vendrá a mí, a mi calor, a mi ofrecimiento de vida eterna, en vez de yacer otra vez en ese frío lugar. ¡Ve... ve a morir a manos de Roland!

Tomó la llave.

-Gracias, lady Vivian. Si fue posible convencer a alguien que en realidad todavía no existe, he de decirte que si Roland me matara, para ti será mucho peor que si salgo airoso.

Metió la llave en la cerradura y la hizo girar sin esfuerzo. Los portones se abrieron de par en par y se encontró en un largo corredor sinuoso de techo bajo. Sin vacilaciones, lo recorrió en dirección a una tenue luz que veía a través de la fría bruma. Al caminar le pareció notar que se deslizaba como en un sueño menos real del que había tenido la noche anterior. Entró en la cámara funeraria, iluminada por altas velas que rodeaban el féretro de un hombre que yacía en él vestido con una armadura de un diseño basto y extraño, y llevaba un sable inmenso, casi tan largo como *Tormentosa,* afirmado sobre el pecho y sobre la empuñadura; atado a su cuello con una cadena de plata, aparecía *Olifant,* el Cuerno del Destino.

Visto a la luz de la vela el rostro de aquel hombre resultaba extraño; era viejo pero al mismo tiempo tenía un aspecto juvenil, sin arrugas y con la frente despejada.

Elric empuñó a *Tormentosa* con la mano izquierda y tendió la mano para coger el cuerno. Sin tomar ningún tipo de precauciones, lo arrancó del cuello de Roland.

De la garganta del héroe surgió un rugido. De inmediato se incorporó y se sentó, empuñó la espada y sacó las piernas del féretro. Los ojos se le desorbitaron al ver que Elric se había hecho con el cuerno; se abalanzó sobre el albino descargando la espada *Durandana* sobre la cabeza de Elric. Éste logró levantar el escudo y bloquear el golpe; se metió el cuerno en el jubón, retrocedió y se pasó *Tormentosa* a la mano derecha. Roland le gritaba algo en una lengua incomprensible. El albino no se molestó en entenderle, el tono iracundo le bastó para deducir que aquel caballero no le estaba proponiendo una negociación pacífica. Siguió defendiéndose sin atacar a Roland, retrocediendo palmo a palmo por el largo túnel hasta la boca del túmulo. Cada vez que *Durandana* golpeaba el Escudo del Caos, tanto la espada como el escudo lanzaban notas salvajes de gran intensidad. Implacable, el héroe continuó obligando a Elric a retroceder a golpes de espada contra el escudo y contra su acero, con una fuerza

fantástica. Salieron al aire libre y Roland pareció momentáneamente deslumbrado. Elric vio que Vivían los observaba con ansiedad porque parecía que Roland estaba ganando.

Pero a la luz del día y sin la posibilidad de esquivar al iracundo caballero, Elric contraatacó con toda la energía que había estado conteniendo hasta ese momento. Con el escudo en alto y revoleando la espada, tomó la ofensiva y sorprendió a Roland, que evidentemente no estaba acostumbrado a semejante comportamiento por parte de un contrincante. *Tormentosa* gruñó al morder la endeble armadura de hierro de Roland, provista de clavos antiestéticos, con una cruz de un rojo deslucido en el pecho que no constituía una insignia adecuada para un héroe tan famoso. Pero los poderes de *Durandana* eran innegables porque aunque forjada del mismo modo basto que la armadura, no perdía su filo y amenazaba con perforar el Escudo del Caos a cada golpe. Elric tenía el brazo izquierdo entumecido por los golpes y le dolía el derecho. Lord Donblas no le había mentido al advertirle que la fuerza de sus armas se vería disminuida en aquel mundo.

Roland hizo una pausa y gritó algo, pero Elric no le prestó atención y aprovechó para aplastar a Roland con su escudo. El caballero retrocedió tambaleante, mientras su espada despedía un sonido silbante. Elric golpeó en la abertura que había entre el yelmo y la colla de Roland. La cabeza saltó de los hombros y salió rodando grotescamente, pero de la yugular no manó la sangre. Los ojos permanecieron abiertos, fijos en Elric.

Vivían gritó algo en la misma lengua que Roland había utilizado. Elric retrocedió con expresión ceñuda.

- ¡Ah, su leyenda, su leyenda! -gritó Vivían - . La única esperanza que abriga el pueblo es que Roland salga otra vez a cabalgar en su ayuda. ¡Y ahora le has matado! ¡Desalmado!

- Puede que esté poseído -repuso sollozando quedamente junto al cadáver decapitado-, pero los dioses me ordenaron llevar a cabo esta tarea. Ahora abandonaré este monótono mundo.

- ¿Acaso no te arrepientes del crimen que has cometido?

-No, señora mía, porque éste es uno de los muchos actos que, según me han dicho, servirán para un propósito superior. Que a veces dude de la verdad de este consuelo no debería preocuparte. Adiós.

Y se alejó de allí; pasó por el olivar y las piedras altas con el Cuerno del Destino apretado contra su corazón.

Siguió el río hasta la roca alta donde vio una pequeña figura y al acercarse miró hacia arriba y descubrió al enano Jermays, el Zambo. Se sacó el cuerno del jubón y se lo enseñó.

Jermays rió entre dientes y le dijo:

-De modo que Roland ha muerto para siempre y tú, Elric, has dejado en este mundo el fragmento de una leyenda, si es que sobrevive. Bien, ¿deseas que te escolte de regreso a tu plano?

- Sí, date prisa.

Jermays bajó por las rocas y se colocó junto al alto albino.

-Vaya, ese cuerno podría traernos problemas -aventuró-. Será mejor que lo vuelvas a ocultar en tu jubón y lo cubras con tu escudo.

Elric obedeció al enano y lo siguió por las orillas del río extrañamente helado. Daba la impresión de moverse, pero evidentemente no lo hacía. Jermays saltó al río y por increíble que resultase, comenzó a hundirse.

- ¡Deprisa, sígueme!

Elric se zambulló tras él y por un momento permaneció sobre el agua congelada antes de empezar a sumergirse también.

Aunque el arroyo no era profundo, siguieron hundiéndose hasta que desapareció toda similitud con el agua y pasaron a través de una rica oscuridad que se hizo cálida y muy perfumada.

- ¡Por aquí! - le gritó Jermays tirándole de la manga.

Salieron disparados dando saltos de un extremo al otro, hacia arriba y hacia abajo, por un laberinto que aparentemente sólo Jermays veía. El cuerno parecía latir contra su pecho y tuvo que apretarlo más contra él. Parpadeó al encontrarse nuevamente en un sitio iluminado, y al mirar al cielo azul oscuro descubrió el enorme sol rojo. Estaba de pie sobre algo sólido. Miró hacia abajo y vio que era la Torre de B'all'nezbett. Durante un instante más el cuerno se agitó como dotado de vida, como un pájaro enjaulado, pero al cabo de unos momentos, se quedó quieto.

Elric alcanzó el tejado y comenzó a bajar hasta que llegó a la abertura por donde había pasado antes.

De pronto oyó un ruido en el cielo y miró hacia arriba. Vio a Jermays, el Zambo, que estaba allí, con los pies en el aire y le decía:

- Seguiré viaje, este mundo no me gusta nada. -Lanzó una risita y añadió - : Ha sido un placer haber participado en esto. Adiós, Elric. Da recuerdos a los Señores de los Mundos Superiores de parte del no acabado... quizá logres sugerirles que cuanto antes mejoren sus recuerdos o bien sus poderes creativos, antes alcanzaré la felicidad.

-Quizá sea mejor que te contentes con tu suerte, Jermays. La estabilidad también tiene sus desventajas.

Jermays se encogió de hombros y desapareció.

Lentamente, con esfuerzo, Elric descendió por la pared derruida y con gran alivio llegó al primer escalón para

bajar a toda prisa los restantes y regresar a la carrera a la torre de D’ar’putna con las buenas nuevas de su éxito.

4

Los tres hombres meditabundos abandonaron la ciudad para dirigirse a las Cuevas de los Dragones. Prendido con una nueva cadena de plata, el Cuerno del Destino colgaba del cuello de Elric. Vestía de cuero negro y llevaba la cabeza descubierta a no ser por una diadema dorada que impedía que el cabello le cayera sobre los ojos. *Tormentosa* iba dentro de su vaina y pendía de su costado, y el Escudo del Caos colgaba sobre su espalda. Condujo a sus compañeros a las grutas para acercarse finalmente al corpachón dormido de Colmillo de Fuego, el Dragón Jefe. Tuvo la impresión de que en los pulmones no tendría suficiente capacidad cuando inspiró profundamente y aferró el cuerno. Después de echar una mirada a sus amigos, que lo observaron llenos de expectación, separó ligeramente las piernas y sopló el cuerno con todas sus fuerzas.

El instrumento emitió una nota profunda y sonora y al reverberar por las cuevas, Elric sintió que se le iba toda la vitalidad. Se fue debilitando más y más hasta que cayó de rodillas, con el cuerno aún entre los labios; el sonido se tornó entrecortado, la vista se le nubló, las piernas le temblaban y después cayó de bruces sobre la piedra; el cuerno cayó con él golpeando con sonido metálico contra el suelo.

Moonglum corrió hacia él y se quedó boquiabierto al comprobar que el Dragón Jefe comenzaba a moverse y que uno de sus ojos enormes, frío como los eriales del norte, lo miraba fijamente.

- ¡Hermano Colmillo de Fuego! -gritó Dyvim Slorm presa de júbilo-. ¡Hermano Colmillo de Fuego, estás despierto! A su alrededor, los demás dragones comenzaron a moverse, a agitar las alas, a estirar los delgados cogotes y a esponjar las duras crestas. Moonglum se sintió más pequeño que nunca cuando los dragones despertaron. Las enormes bestias le causaban una cierta inquietud, pues no sabía cómo responderían a la presencia de alguien que no era Amo de los Dragones. Después se acorde» del debilitado albino, se arrodilló junto a Elric y le tocó el hombro cubierto de cuero.

- ¡Elric! ¿Estás vivo?

Elric gimió e intentó tenderse de espaldas. Moonglum le ayudó a sentarse.

-Estoy débil, Moonglum... tan débil que no puedo levantarme. ¡El cuerno me quitó todas las energías!

-Desenvaina la espada... te dará lo que necesitas.

- Seguiré tu consejo -replicó Elric sacudiendo la cabeza-, pero dudo que esta vez estés en lo cierto. Ese héroe que maté debía de carecer de alma, o bien la tenía pero estaba bien protegida, porque no conseguí de él energía alguna.

Bajó la mano a la cadera y aferró la empuñadura de *Tormentosa.* Trabajosamente la desenvainó y notó que una ligera fuerza manaba de la espada para entrar en su cuerpo, pero no como para permitirle realizar un gran esfuerzo. Se incorporó y tambaleándose se acercó a Colmillo de Fuego. El monstruo lo reconoció y restregó las alas a modo de bienvenida; por un momento, aquellos ojos duros y solemnes adquirieron un poco de calor. Cuando el albino se movió para acariciarle el cuello, tropezó, cayó sobre una rodilla y se levantó con gran esfuerzo.

En otras épocas los esclavos se habían ocupado de ensillar a los dragones, pero en aquel momento, ellos mismos tendrían que encargarse de la tarea. Fueron al almacén de sillas y escogieron las que necesitaban, porque cada dragón tenía una propia. Elric apenas logró soportar el peso de la silla cíe Colmillo de Fuego, tallada en madera con incrustaciones de acero, joyas y metales preciosos. Se vio obligado a arrastrarla por el suelo de la cueva. Como no querían incomodarlo con sus miradas, los otros dos hombres hicieron caso omiso de su lucha impotente y se ocuparon de sus propias sillas. Los dragones debieron de comprender que Moonglum era amigo, porque no se molestaron cuando se acercó cauteloso a su dragón para colocarle su silla de madera con estribos de plata, de la que surgía una especie de pincho como punta de lanza en el que ondeaba el estandarte de una noble familia de Melniboné ya desaparecida. Cuando terminaron de ensillar sus bestias, fueron a ayudar a Elric, que apenas se tenía en pie del cansancio y se había apoyado contra el cuerpo escamoso de Colmillo de Fuego. Mientras ajustaban las cinchas, Dyvim Slorm dijo:

-¿Tendrás fuerzas como para guiamos?

-Sí -repuso Elric con un suspiro-, creo que para eso me bastarán. Pero sé que no me quedarán energías para la batalla que seguirá. Ha de haber un medio de recuperar mi vitalidad.

-¿Qué me dices de las hierbas que utilizabas antes?

-Las que tenía han perdido sus propiedades y no habrá manera de conseguirlas frescas ahora que el Caos ha deformado las plantas, las rocas y los océanos con su horrenda impronta.

Dyvim Slorm dejó que Moonglum terminara de ensillar a Colmillo de Fuego y se alejó para volver con una copa de líquido que esperaba pudiera revitalizar a Elric. Elric se lo bebió, devolvió la copa a Dyvim Slorm, tendió el brazo para agarrarse de la perilla de la silla de montar y se subió al dragón.

-Traedme cuerdas -ordenó.

-¿Cuerdas? -inquirió Dyvim Slorm frunciendo el ceño.

-Sí. Si no me atáis a la silla, seguramente caeré al suelo antes de que hayamos volado una legua.

Se sentó en la alta silla, aferró el pincho que llevaba su estandarte azul, verde y plateado, se colocó el guante y esperó hasta que sus compañeros llegaron con las cuerdas y lo ataron firmemente a la bestia. Lanzó una leve sonrisa y tiró del cabestro del dragón.

-Adelante, Colmillo de Fuego, guía a tus hermanos.

Con las alas plegadas y la cabeza gacha, el dragón comenzó a deslizarse hacia la salida. Tras él, montados en dos dragones casi tan grandes, iban Dyvim Slorm y Moonglum, con expresiones preocupadas y pendientes de la seguridad de Elric. Mientras Colmillo de Fuego avanzaba a paso ondulante por la serie de cuevas, las demás bestias fueron colocándose tras él hasta que todas llegaron a la boca de la última cueva que daba al mar. El sol se encontraba en la misma posición en lo alto del cielo; aparecía rojo e hinchado, como si fuera creciendo al ritmo de la marea. Lanzando un grito que era mitad siseo y mitad chillido, Elric golpeó el cuello de Colmillo de Fuego con su pincho.

-¡Arriba, Colmillo de Fuego! ¡Elévate por la venganza de Melniboné!

Como si presintiera la extrañeza del mundo, Colmillo de Fuego hizo una pausa al borde del saliente, sacudió la cabeza y bufó. Cuando se lanzó al aire, comenzó a batir las alas; su fantástica envergadura ondeó con majestuosa gracia haciendo avanzar a la bestia a increíble velocidad.

Se elevó más y más por debajo del sol hinchado adentrándose en el aire turbulento, con dirección al este donde los esperaban los campamentos del infierno. Detrás de Colmillo de Fuego iban sus dos hermanos dragones, llevando a Moonglum y a Dyvim Slorm, que tenía un cuerno propio, el utilizado para dirigir a los dragones. Noventa y cinco dragones más, hembras y machos, oscurecieron el cielo azul intenso, sus escamas verdes, rojizas y doradas relucían en el aire mientras batían las alas y en conjunto, sonaban como el golpear de un millón de tambores mientras sobrevolaban las aguas impuras con las fauces abiertas y los ojos fríos.

Aunque allá abajo Elric alcanzaba a distinguir muchos colores de inmensa riqueza, éstos eran oscuros y cambiaban constantemente, pasando de un extremo al otro de un espectro oscuro. Allá abajo no había ya agua, sino un fluido compuesto de materiales naturales y sobrenaturales, reales y abstractos. El dolor, el anhelo, la tristeza y la risa se apreciaban como fragmentos tangibles de la marea; en ella bullían también las pasiones y las frustraciones, así como una materia hecha de carne viva que burbujeaba a veces en la superficie.

Elric estaba tan débil que al ver aquel fluido le entraron náuseas y volvió sus ojos carmesíes hacia arriba y hacia el este mientras los dragones continuaban su vuelo.

No tardaron en encontrarse sobre lo que había sido el Continente Oriental, la principal península vilmiriana. Aquella tierra aparecía desprovista de sus anteriores cualidades, de ella se elevaban inmensas columnas de bruma oscura que tuvieron que atravesar con sus reptiles. El suelo aparecía cubierto de lava hirviente y unas formas repulsivas se movían en la tierra y en el aire: bestias monstruosas y grupos ocasionales de extraños jinetes montados en caballos esqueléticos que al oír el batir de las alas de los dragones miraron hacia arriba y salieron a galope tendido en dirección a sus campamentos.

El mundo parecía un cadáver al que los gusanos que se alimentaban de él daban vida.

De la humanidad nada quedaba, salvo los tres hombres montados en los dragones.

Elric sabía que Jagreen Lern y sus aliados humanos habían abandonado tiempo atrás su humanidad y ya no podían hacerse pasar por miembros de la especie que sus hordas habían arrasado de la faz del mundo. Únicamente los jefes conservaban su forma humana, puesto que los Señores Oscuros la utilizaban, pero sus almas eran tan retorcidas como los cuerpos de sus seguidores, deformados hasta adquirir aspectos infernales, debido a la influencia transmutadora del Caos. Las oscuras fuerzas del Caos se habían cernido sobre el mundo, sin embargo, los dragones se fueron adentrando más y más en su centro, mientras Elric se balanceaba en su silla y no caía de ella gracias a las cuerdas que lo sujetaban. Desde las tierras de abajo pareció surgir un grito doloroso cuando la naturaleza torturada fue desafiada y sus componentes obligados a adoptar formas extrañas.

Continuaron avanzando velozmente hacia lo que había sido Karlaak, junto al Erial de los Sollozos, convertido en el Campamento del Caos. Desde lo alto les llegó un graznido y entonces vieron que unas formas negras se abalanzaban sobre ellos. Elric ni siquiera tenía fuerzas para gritar, pero golpeó débilmente el cuello de Colmillo de Fuego y lo hizo esquivar el peligro. Moonglum y Dyvim Slorm siguieron su ejemplo; Dyvim Slorm tocó su cuerno para ordenar a los dragones que no lucharan contra sus atacantes; pero algunos de los dragones de la retaguardia se rezagaron y se vieron obligados a presentar batalla a los fantasmas negros.

Elric se volvió para mirar y durante unos segundos los vio perfilados contra el cielo, enfrentados a unas cosas que tenían fauces de ballena a las que los dragones lanzaban su veneno llameante y atacaban con garras y dientes, mientras agitaban las alas para mantenerse en el aire, pero otra nube de bruma verde se alzó impidiéndole ver qué fin tuvo la docena de dragones.

Elric le indicó a Colmillo de Fuego que volara bajo sobre el pequeño ejército de jinetes que huían por la tierra atormentada, mientras el estandarte del Caos ondeaba en la lanza del jefe. Bajaron, soltaron su veneno y tuvieron la satisfacción de oír gritar a las bestias y a sus jinetes mientras morían abrasados y sus cenizas eran tragadas por el suelo cambiante.

Aquí y allá vieron algún que otro castillo gigantesco, erigidos por la magia, tal vez para recompensar a algún rey traidor que había ayudado a Jagreen Lern, tal vez como morada de los Capitanes del Caos que, bajo el dominio del Caos, se habían establecido en la tierra. Cayeron sobre ellos, soltaron su veneno y los dejaron ardiendo con fuego sobrenatural, mientras el humo se mezclaba con la bruma. Finalmente, Elric divisó el Campamento del Caos, una ciudad de reciente fundación, construida igual que los castillos, en la cual ondeaba la enseña del Caos contra el cielo oscuro. Sin embargo, no sintió alegría alguna, sólo desesperación por estar tan débil y no poder enfrentarse en combate a su enemigo Jagreen Lern. ¿Qué hacer? ¿Cómo encontrar esa fuerza? Porque aunque no participara en la lucha, debía contar con vitalidad suficiente como para soplar el cuerno una segunda vez e invocar a los Señores Blancos para que acudieran a la tierra.

La ciudad parecía extrañamente callada, como si esperase algo o se preparara para algo. Tenía un aspecto ominoso y antes de que Colmillo de Fuego cruzara el perímetro, Elric obligó a su dragón a dar la vuelta y volar en círculos.

Dyvim Slorm, Moonglum y el resto de los dragones lo imitaron y Dyvim Slorm le gritó:

- ¿Qué hacemos ahora, Elric? ¡No esperaba encontrarme tan pronto con una ciudad!

-Yo tampoco. Pero mira -dijo señalando con mano temblorosa-, ahí tienes el estandarte de Jagreen Lern con el Tritón. Y allá -añadió señalando hacia la izquierda y a la derecha-, ¡los estandartes de muchos de los Duques del Infierno! Pero no veo otros estandartes humanos.

-Esos castillos fueron destruidos -gritó Moonglum - . Sospecho que Jagreen Lern dividió estas tierras y las repartió entre sus secuaces. ¿Cómo sabremos cuánto tiempo ha transcurrido en realidad para que todo esto ocurriera?

-Es verdad -asintió Elric mirando hacia el sol, estático en el cielo.

Cayó hacia adelante balanceándose y luego se incorporó otra vez respirando pesadamente. El Escudo del Caos era una tremenda carga, pero con esfuerzo, logró colocarlo delante de él.

Siguiendo un presentimiento, azuzó a Colmillo de Fuego y el dragón se abalanzó a toda velocidad sobre la ciudad lanzándose en picado hacia el castillo de Jagreen Lern.

Nadie le salió al paso y la bestia aterrizó entre los torreones del castillo. Reinaba el silencio. Intrigado, miró a su alrededor; sólo vio las enormes construcciones de piedra negra que parecían heñir bajo los pies de Colmillo de Fuego.

Las cuerdas le impidieron desmontar, pero vio lo suficiente como para comprobar que la ciudad estaba desierta. ¿Dónde estaba la horda del infierno? ¿Dónde estaba Jagreen Lern?

Dyvim Slorm y Moonglum se reunieron con él, mientras el resto de los dragones sobrevolaban en círculos. Arañando la roca con las garras, agitando el aire con sus alas, se posaron en el suelo y volvieron sus poderosas cabezas hacia un lado y hacia otro, sacudiendo las escamas, inquietos, porque una vez despiertos, los dragones preferían el aire a la tierra. Dyvim Slorm se quedó lo suficiente como para mascullar:

- Iré a explorar la ciudad.

Volvió a elevarse en vuelo rasante sobre los castillos hasta que lo oyeron gritar y lo vieron perderse de vista. Oyeron un grito pero no lograron ver qué lo había causado; siguió una pausa y luego el dragón de Dyvim Slorm volvió a elevarse y comprobaron que llevaba un prisionero cruzado sobre la silla. Aterrizó. La cosa que había capturado conservaba cierta apariencia humana, pero estaba deformada y tenía el labio inferior muy prominente, la frente baja y carecía de mentón; unos dientes cuadrados y desparejos le brillaban en la boca y tenía los brazos desnudos cubiertos de pelos ondeantes.

-¿Dónde están tus amos? -inquirió Dyvim Slorm. La cosa no parecía temer a nada y con una risita ahogada contestó:

-Predijeron que vendríais y como en la ciudad la capacidad de maniobra se ve limitada, reunieron sus ejércitos en una meseta que han formado a cinco leguas hacia el noreste. -Volvió sus ojos desorbitados hacia Elric y añadió-: Jagreen Lern te manda saludos y me dijo que no veía la hora de presenciar tu caída.

Elric se encogió de hombros.

Dyvim Slorm desenvainó su espada rúnica y derribó a la criatura. Ésta murió lanzando un graznido, pues había perdido la cordura, además del temor. Dyvim Slorm se estremeció cuando el alma de aquella cosa se fundió con la suya dándole más energía. Lanzó una maldición y miró a Elric con ojos llenos de dolor.

-Me he precipitado... debí dejar que lo mataras tú. Elric no replicó a este comentario, y con voz débil se limitó a susurrar:

-Vayamos a su campo de batalla. ¡Deprisa!

Volvieron a elevarse y emprendieron vuelo hacia el noreste en medio del aire poblado.

Asombrados, divisaron la horda de Jagreen Lern, sin comprender cómo había logrado reagruparse con tanta rapidez. Todos los guerreros y desalmados del mundo parecían haber acudido a ese campo para pelear bajo el estandarte del Teócrata, que surgía como una vil peste en la meseta ondulante. A su alrededor, las nubes se hacían más negras, y los relámpagos de origen sobrenatural surcaban la meseta.

Los dragones se abalanzaron sobre aquella ruidosa agitación y reconocieron las fuerzas comandadas por Jagreen Lern, porque su estandarte ondeaba en lo alto. Al frente de las demás divisiones iban los Duques del Infierno, Malohin, Zhortra, Xiombarg y otros. Elric descubrió la presencia de los tres Señores del Caos más poderosos, puesto que empequeñecían a los demás. Chardros, el Segador, con su enorme cabeza y su guadaña curvada; Mabelode, el Sin Rostro, el cual, miraras por donde miraras, tenía siempre la cara sumida en sombras; y Slortar, el Viejo, delgado y hermoso, considerado como el más viejo de los dioses. Aquélla era una fuerza a la que hasta a mil hechiceros poderosos les resultaría difícil vencer, y la idea de atacarlos parecía una locura.

Elric no se molestó en reflexionar al respecto porque ya se había embarcado en aquel plan y se había obligado a llevarlo a cabo aunque, en su condición, acabaría destruyéndose si seguía adelante.

Tenían la ventaja de atacar por el aire, pero sólo les sería útil mientras durara el veneno de los dragones. Cuando éste se acabara, deberían acercarse más. En ese momento, Elric necesitaría muchísima energía... y no tenía ninguna.

Los dragones bajaron en picado soltando su veneno incendiario sobre las filas del Caos.

Normalmente, no existía ejército capaz de soportar semejante ataque, pero gracias a la protección de la brujería, el Caos logró contrarrestar gran parte del ígneo veneno. Éste pareció extenderse sobre un escudo invisible y disiparse. No obstante, una parte alcanzó su blanco y cientos de guerreros se vieron envueltos en llamas y murieron abrasados.

Los dragones se elevaron una y otra vez para volver a lanzarse en picado sobre sus enemigos; medio inconsciente, Elric se balanceaba sobre la silla y su percepción de la realidad fue disminuyendo a medida que continuaban los ataques.

La escasa visión que poseía se veía dificultada por el humo apestoso que había comenzado a elevarse del campo de batalla. Desde la horda se elevaron con aparente lentitud las largas lanzas del Caos que, cual relámpagos ambarinos, se abatieron sobre los dragones para golpearlos con fuerza y derribarlos. El dragón de Elric lo fue acercando más y más hasta sobrevolar la división comandada por Jagreen Lern. Vio borrosamente al Teócrata a lomos de un repulsivo caballo sin pelos, mientras revoleaba su espada, presa de una alegría burlona. Oyó apenas la voz de su enemigo elevarse hacia él:

- ¡Adiós, Elric! ¡Éste es nuestro último encuentro, porque hoy irás a parar al limbo!

Elric hizo girar a Colmillo de Fuego y le susurró en la oreja:

-¡A ése, hermano... a ése!

Lanzando un rugido, Colmillo de Fuego soltó su veneno sobre el carcajeante Teócrata. Elric creyó que Jagreen Lern ardería hasta quedarse convertido en cenizas, pero cuando el veneno parecía haberlo alcanzado, salió rebotado y unas cuantas gotas fueron a tocar a algunos de los seguidores del Teócrata e hicieron arder sus ropas y sus carnes.

Jagreen Lern siguió riendo y soltó una lanza ambarina que había surgido de su mano. La lanza partió hacia Elric y el albino levantó su Escudo del Caos con dificultad para desviarla.

La fuerza de la descarga fue tan grande que cayó hacia atrás y una de las cuerdas que lo sujetaban se rompió, con lo cual quedó colgando de lado y se salvó gracias a que la otra cuerda había aguantado. Se acurrucó tras la protección del escudo cuando una andanada de armas sobrenaturales se abatieron sobre él. Colmillo de Fuego también quedaba bajo la esfera de protección del escudo, pero ¿cuánto tiempo resistiría semejante ataque?

Tuvo la impresión de que había transcurrido una eternidad tras la protección del escudo cuando por fin Colmillo de Fuego agitó las alas y se elevó por encima de la horda.

Se estaba muriendo.

La vitalidad lo abandonaba rápidamente como si fuera un anciano preparado para morir.

-No puedo morirme -masculló-. No debo morirme. ¿Acaso no existe solución a este dilema?

Colmillo de Fuego pareció oírlo. El dragón volvió a bajar al suelo hasta casi rozar con su vientre escamoso las lanzas de la horda. Luego aterrizó sobre el suelo inestable y esperó con las alas plegadas a que un grupo de guerreros azuzaran a sus bestias en dirección a él.

-¿Qué has hecho, Colmillo de Fuego? -inquirió Elric, estupefacto-. ¿Acaso no puedo fiarme ni de ti? Acabas de ponerme en manos de mi enemigo.

Con gran esfuerzo desenvainó la espada cuando la primera lanza golpeó su escudo y el jinete avanzó sonriente al notar la debilidad de Elric. Otros se le acercaron por ambos flancos. Débilmente, asestó un mandoble a uno de ellos y *Tormentosa* tomó de pronto el control para asegurar su puntería. La espada partió el brazo del jinete y se quedó pegada a él mientras se alimentaba vorazmente con su vida. De inmediato, Elric notó que recobraba parte de sus fuerzas y entonces comprendió que el dragón y la espada se habían aliado para ayudarle a recobrar la energía que necesitaba. Pero el acero infernal se quedaba con gran parte de esta energía. Había un motivo que Elric no tardó en descubrir, porque la espada continuaba dirigiendo su brazo. Varios jinetes más fueron despachados de este modo y Elric sonrió al notar que la vitalidad le volvía a fluir por el cuerpo. Se le aclaró la vista, sus reacciones se volvieron normales y recobró los ánimos. Siguió atacando al resto de la división, mientras Colmillo de Fuego se movía por el suelo con una velocidad que parecía imposible en una bestia de su volumen. Los guerreros se desperdigaron y huyeron para reunirse con el grueso de la fuerza, pero a Elric ya no le importaba,– se había cobrado ya una decena de almas y le bastaba.

- ¡Arriba, Colmillo de Fuego! ¡Elévate y busquemos a enemigos más poderosos!

Obediente, el dragón desplegó las alas. De inmediato comenzó a agitarlas y a elevarse del suelo hasta sobrevolar sobre la horda.

Elric volvió a descender en medio de la división de lord Xiombarg; desmontó de Colmillo de Fuego y, poseído de una energía sobrenatural, se abalanzó sobre las filas de endemoniados guerreros, repartiendo mandobles a diestro y siniestro, invulnerable a todo, menos al ataque del Caos. Su vitalidad fue en aumento y una especie de locura guerrera se apoderó de él. Se abrió paso entre las filas matando a cuanta cosa se le ponía por delante, hasta que se encontró ante el mismísimo lord Xiombarg ' con su apariencia terrenal de mujer morena. Elric sabía que el hecho de encontrarse ante una mujer no le ciaba ninguna indicación de la fuerza de Xiombarg pero, sin miedo, saltó hacia el Duque del Infierno y se plantó ante él, mirando hacia arriba, pues iba montado en una bestia con cabeza de león y cuerpo de toro.

La dulce voz femenina de Xiombarg llegó hasta los oídos de Elric.

-Mortal, has desafiado a muchos Duques del Infierno y desterrado a otros para siempre a los Mundos Superiores. Ahora te llaman asesino de dioses. ¿Podrás matarme a mí?

- Sabes que ningún mortal puede matar a uno de los Señores de los Mundos Superiores, ya sea de la Ley o del Caos, Xiombarg... pero si está dotado de suficiente poder, puede destruir su aspecto terrenal y enviarlo de vuelta a su propio plano para que no vuelva jamás.

- ¿Podrás hacerme eso a mí?

- ¡Comprobémoslo! -gritó Elric abalanzándose hacia el Señor Oscuro.

Xiombarg iba armado con un hacha de batalla de largo mango que despedía una luz azulada. Cuando su caballo retrocedió, lanzó el hacha hacia la cabeza desprotegida cíe Elric. El albino levantó el escudo y el hacha lo golpeó. De las armas brotó una especie de grito metálico y se alzó una nube de chispas. Elric se acercó más y asestó un estoque a una de las piernas femeninas de Xiombarg. De las caderas partió una luz que protegió su pierna de modo que *Tormentosa* se paró en seco sacudiendo el brazo de Elric. El hacha volvió a golpear el escudo con el mismo efecto que antes. Elric volvió a tratar de derribar la impía defensa de Xiombarg. Y mientras todo esto duraba, oía la risa del Señor Oscuro, dulcemente modulada y sin embargo tan horrenda como la de una bruja.

- ¡Vuestra imitación de la forma y la belleza humanas comienza a fallar, mi señor! -gritó Elric retrocediendo para coger impulso.

El rostro de la muchacha comenzaba a crisparse y a cambiar; desconcertado por la fuerza de Elric, el Duque del Infierno espoleó a su bestia para lanzarse sobre el albino.

Elric se hizo a un lado y volvió a atacar. Esta vez, *Tormentosa* latió en su mano al romper la defensa de Xiombarg; el Señor Oscuro gimió, y respondió con otro golpe de hacha que Elric apenas logró bloquear. Hizo girar a su bestia revoleando el hacha por el aire para lanzársela a Elric con la intención de darle en la cabeza.

Elric se agachó y levantó el escudo; el hacha golpeó contra él y cayó al suelo cambiante. Corrió tras Xiombarg que volvía a hacer girar a su bestia. Había sacado otra arma de la nada; se trataba de un enorme sable de doble empuñadura, cuyo ancho triplicaba el de *Tormentosa.* Resultaba incongruente que unas manos delicadas y pequeñas como las de aquella muchacha pudieran empuñar un arma de esas características. Elric supuso que su tamaño correría parejo con su fuerza. Retrocedió como pudo, y notó que al Señor Oscuro le faltaba una pierna y ésta había sido reemplazada por una mandíbula de insecto. Si lograba destruir el resto del disfraz de Xiombarg podría enviarlo al otro plano.

La risa de Xiombarg ya no era dulce sino que sonaba desafinada y discordante. La cabeza de león rugió al unísono con la voz de su amo cuando ambos se abalanzaron sobre Elric. La monstruosa espada se elevó en el aire y cayó sobre el Escudo del Caos. Elric cayó de espaldas y notó que el suelo se movía y le provocaba picores, pero el escudo seguía entero. Vio que los cascos del toro iban a caer sobre él, se metió debajo del escudo y dejó fuera sólo el brazo con que empuñaba su acero. Mientras la bestia rugía tratando de aplastarlo bajo sus cascos, él le asestó una estocada en el vientre. La espada se detuvo y después pareció perforar lo que le impedía avanzar y se bebió la energía del animal. La vitalidad de la impía bestia pasó de la espada al hombre y Elric se sorprendió ante su extraña e insensata calidad, porque el alma de un animal era distinta de la de un ser inteligente. Salió rodando de debajo de la bestia y se incorporó de un salto justo en el momento en que el león–toro caía lanzando al suelo la forma todavía terrenal de Xiombarg.

El Señor Oscuro se incorporó de inmediato, aunque su equilibrio resultaba un tanto peculiar debido a que se sostenía sobre una pierna humana y una pata de insecto. Cojeó velozmente hacia Elric, y con un movimiento lateral de su sable descargó sobre éste un mandoble que lo habría partido en dos. Pero Elric, renovado por las energías cobradas a la cabalgadura de Xiombarg, retrocedió de un salto y esquivó el golpe con otro de *Tormentosa.* Los dos aceros se encontraron pero ninguno de los dos cedió. *Tormentosa* lanzó un grito iracundo porque no estaba acostumbrada a encontrar resistencia. Elric colocó el borde de su escudo debajo de la espada y empujó hacia arriba. Durante un instante, Xiombarg bajó la guardia, y Elric lo aprovechó para hundir con todas sus fuerzas a *Tormentosa* en el pecho del Señor Oscuro.

Xiombarg gimió y su forma terrenal comenzó a disolverse cuando la espada de Elric le fue chupando la energía. Elric sabía que esa energía no era más que un atisbo de la que Xiombarg poseía en el plano terrenal, y que gran parte del alma del Señor Oscuro seguía en los Mundos Superiores, porque ni siquiera la más poderosa de esas deidades era capaz de reunir la fuerza suficiente como para transportarse entera a la tierra. Si Elric hubiera bebido hasta la última gota del alma de Xiombarg, su cuerpo no habría sido capaz de contenerla y habría estallado. Sin embargo, la energía que entró en su cuerpo fue mayor que la que habría logrado de cualquier alma humana y una vez más, volvió a sentirse invadido de un poder sin límites.

Xiombarg cambió. Se convirtió en una luz fluctuante de colores que comenzó a alejarse hasta desaparecer cuando el iracundo Xiombarg fue devuelto a su propio plano.

Elric miró al cielo. Le horrorizó comprobar que sólo unos cuantos dragones habían logrado sobrevivir. Uno de ellos se precipitó entonces hacia el suelo con su jinete. Desde donde se hallaba no logró saber cuál de sus amigos era.

Echó a correr hacia el lugar donde había caído.

Oyó el estrépito que hizo al tocar el suelo y le llegó un extraño lamento, un grito gorgoteante y después nada más. Se abrió paso entre los guerreros del Caos que fueron cayendo como moscas hasta que por fin se acercó al dragón abatido. Junto a la bestia yacía un cuerpo roto, pero de la espada rúnica no había señales. Había desaparecido.

Era el cuerpo de Dyvim Slorm, el último de sus parientes.

No había tiempo para duelos. Elric, Moonglum y los pocos dragones que quedaban no lograrían vencer a las fuerzas de Jagreen Lern, que apenas se habían visto afectadas por el ataque. De pie ante el cadáver de su primo, se llevó el Cuerno del Destino a los labios, inspiró profundamente y sopló. La nota clara y melancólica del cuerno resonó sobre el campo de batalla y pareció volar en todas las direcciones para recorrer las dimensiones del cosmos, traspasar miríadas de planos y existencias, por toda la eternidad hasta los confines del universo y los extremos del Tiempo mismo.

La nota tardó largos instantes en apagarse y cuando por fin dejó de oírse, sobre el mundo cayó el silencio más absoluto, todos los seres que pululaban en él se detuvieron y hubo en todo un aire de expectación.

Entonces llegaron los Señores Blancos.

5

Fue como si un sol enorme, miles de veces más grande que el de la tierra, hubiera enviado sus rayos luminosos a través del cosmos, desafiando las débiles barreras del Tiempo y el Espacio, para caer sobre aquel inmenso y negro campo de batalla. Y sobre él, apareciendo en el sendero que el extraño poder del cuerno había creado para ellos, avanzaron los majestuosos Señores de la Ley.

Su aspecto terrenal era tan hermoso que puso en peligro la cordura de Elric, porque su mente apenas lograba asimilar aquella visión. Al igual que los Señores del Caos, desdeñaban cabalgar en bestias raras, y preferían desplazarse sin corceles, con sus armaduras limpias como un cristal y sus sobrevestes relucientes en las que lucía la Flecha de la Ley.

Al frente iba Donblas, el Justiciero, con una sonrisa en sus labios perfectos. Llevaba una espada delgada en la diestra, una espada que era recta, afilada y como un haz luminoso.

Elric corrió hacia donde lo esperaba Colmillo de Fuego y azuzó al enorme reptil para que alzara el vuelo.

Colmillo de Fuego se movió con menos agilidad que antes, pero Elric ignoraba si era porque la bestia estaba cansada o porque la influencia de la Ley ejercía sus efectos en el dragón que, al fin y al cabo, era una creación del Caos.

Pero finalmente logró volar junto a Moonglum y mirando a su alrededor, vio que los demás dragones habían dado la vuelta y volaban de regreso al Oeste. Sólo quedaban los que ellos dos montaban. Quizá los últimos dragones al presentir que ya habían cumplido con su papel regresaban a las Cuevas de los Dragones para dormir otra vez.

Elric y Moonglum intercambiaron una mirada pero nada dijeron, porque lo que veían allá abajo era demasiado aterrador como para hablar de ello.

Una luz blanca y cegadora partió del centro de los Señores de la Ley, el haz luminoso sobre el que habían llegado desapareció y comenzaron a avanzar hacia donde se encontraban reunidos Chardros, el Segador, Mabelode, el Sin Rostro, Slortar, el Viejo, y los otros Señores del Caos, dispuestos para la gran lucha.

Cuando los Señores Blancos pasaron a través de los demás ciudadanos del infierno, y de los hombres corrompidos que eran sus camaradas, estas criaturas retrocedían gritando, y caían fulminadas cuando la luminosidad las tocaba. La escoria era eliminada sin esfuerzo, pero la verdadera fuerza, representada por los Duques del Infierno y Jagreen Lern, todavía no les había hecho frente.

A pesar de que los Señores de la Ley eran apenas más altos que los seres humanos, a su lado, éstos empequeñecían, e incluso Elric, desde el cielo, se sentía diminuto, apenas mayor que una mosca. No era tanto su tamaño como la idea de vastedad que parecía surgir de ellos.

Las alas de Colmillo de Fuego se agitaron débilmente mientras volaba en círculos sobre la escena. A su alrededor, los colores oscuros se fueron llenando de nubes de tonos más claros.

Los Señores de la Ley llegaron al lugar donde sus antiguos enemigos se habían reunido y a Elric le llegó la voz de lord Donblas.

-Vosotros, los del Caos, habéis desafiado el edicto del Equilibrio Cósmico y habéis intentado dominar por completo este planeta. El destino os niega semejante pretensión, porque la vida de la tierra ha tocado a su fin y debe resucitar en una forma nueva en la que vuestra influencia será débil.

Una voz dulce y burlona surgió de entre las filas del Caos. Era la voz de Slortar, el Viejo.

- Presumes demasiado, hermano. El destino de la tierra no ha sido decidido aún. Esa decisión surgirá de nuestro encuentro. Si ganamos nosotros, dominará el Caos. Si lográis desterrarnos de aquí, entonces la Ley mezquina, desprovista de toda posibilidad, adquirirá mayor fuerza. ¡Pero ganaremos nosotros, mal que le pese al Destino!

-Decidamos de una vez, pues -repuso lord Donblas, y Elric vio a los brillantes Señores de la Ley avanzar hacia sus oscuros contrincantes.

El cielo se estremeció cuando se encontraron. El aire gimió y la tierra misma pareció ladearse. Los seres inferiores que aún conservaban la vida se desperdigaron alejándose del conflicto, y un sonido de riquísimos tonos, equivalente a un millón de cuerdas de arpa, comenzó a surgir de los dioses en guerra.

Elric vio que Jagreen Lern, ataviado con su armadura escarlata, abandonaba las filas de los Duques del Infierno para alejarse del fragor de la batalla. Tal vez ya se había dado cuenta de que su impertinencia sería velozmente recompensada con la muerte.

Elric hizo bajar a Colmillo de Fuego y desenvainó a *Tormentosa,* al tiempo que profería el nombre del Teócrata e incontables amenazas.

Jagreen Lern miró hacia arriba, pero esta vez no rió. Aumentó la velocidad hasta que, tal como notó Elric, se dio cuenta de hacia dónde cabalgaba. A lo lejos, la tierra se había transformado en un gas negro y purpúreo que bailaba frenéticamente como tratando de desprenderse del resto de la atmósfera. Jagreen Lern sofrenó a su caballo sin pelo y sacó su hacha de guerra del cinturón. Levantó su rodela rojo fuego que, como la de Elric, le servía para defenderse de las armas mágicas.

El dragón se lanzó hacia el suelo dejando a Elric asombrado por la velocidad del descenso; se posó a poca distancia de donde Jagreen Lern se encontraba a lomos de su horrendo caballo, esperando filosóficamente el ataque de Elric. Presentía quizá que su enfrentamiento iba a ser una muestra de la lucha a mayor escala que se desarrollaba a su alrededor, y que su resultado sería también un reflejo del otro. Fuera como fuese, no hizo befas como en anteriores ocasiones, sino que esperó en silencio.

Sin importarle si Jagreen Lern llevaba ventaja o no, Elric desmontó y le habló a Colmillo de Fuego con voz ronroneante.

-Vete, Colmillo de Fuego. Vuelve con tus hermanos. Pase lo que pase, si gano o si pierdo, ya has desempeñado tu papel. -Cuando el dragón se revolvió inquieto y giró la enorme cabeza para mirar a Elric a los ojos, otra bestia descendió y se posó a poca distancia de allí. Moonglum desmontó y comenzó a avanzar a través de la bruma negra y purpúrea. Elric le gritó-: ¡No quiero que me ayudes, Moonglum!

-No pienso hacerlo. ¡Pero será un placer contemplar cómo le quitas la vida y el alma!

Elric miró a Jagreen Lern, cuyo rostro seguía impasible. Colmillo *de* Fuego agitó las alas, se elevó en el aire y no tardó en desaparecer seguido del otro dragón. Ya no volvería.

Elric dio unos cuantos pasos hacia el Teócrata con el escudo en alto y la espada dispuesta. Estupefacto, vio a Jagreen Lern desmontar de su grotesca cabalgadura y darle una palmada en el lomo lampiño para que el animal saliera al galope. Se quedó esperándolo, ligeramente agachado en una postura que hacía que sus hombros parecieran aún más anchos. Su largo rostro oscuro aparecía crispado y sus ojos fijos en Elric cuando el albino se fue acercando. Una sonrisa de placer tembló en los labios del Teócrata y sus ojos parpadearon.

Elric se detuvo antes de encontrarse al alcance de la espada enemiga.

-Jagreen Lern, ¿estás listo para pagar por los crímenes que has cometido contra el mundo y contra mí?

- ¿Pagar? ¿Crímenes? Me sorprendes, Elric, porque veo que has adoptado por completo la actitud quejumbrosa de tus nuevos aliados. Durante mis conquistas, me vi obligado a eliminar a unos cuantos de tus amigos que intentaron detenerme. Pero era de esperar. Hice lo que debía hacer y lo que pretendía; si he fallado, no me arrepiento de nada, porque el arrepentimiento es una emoción de tontos, que carece por completo de utilidad. No se me puede atribuir directamente lo que le ocurrió a tu esposa. ¿Acaso obtendrás el triunfo si me matas?

Elric sacudió la cabeza y repuso:

-Efectivamente, mis perspectivas han cambiado, Jagreen Lern. Pero los melniboneses siempre fuimos una raza vengativa, y venganza es lo que vengo a buscar.

-Ah, ahora te entiendo -dijo Jagreen Lern cambiando de posición y levantando el hacha para defenderse-. Estoy listo.

Elric saltó sobre él, mientras *Tormentosa* lanzaba un chillido cuyo eco se propagó en el aire; la espada infernal cayó sobre la rodela escarlata con estrépito. El albino le asestó tres golpes antes de que el hacha de Jagreen Lern intentara derribar su defensa y él la detuviera con un movimiento lateral de su Escudo del Caos. El hacha logró rozarle el brazo a la altura del hombro. El escudo de Elric chocó contra el de Jagreen Lern y el albino trató de empujar con todo su peso para hacer retroceder al Teócrata, al tiempo que asestaba mandobles alrededor de los bordes de los escudos trabados, tratando de penetrar la guardia de Jagreen Lern.

Permanecieron así durante unos instantes mientras la música de la batalla resonaba a su alrededor y el suelo parecía desmoronarse bajo sus pies y unas columnas de colores nacientes hacían erupción por todas partes como si fueran plantas mágicas. Jagreen Lern retrocedió entonces de un salto asestando un hachazo en dirección a Elric. El albino se abalanzó sobre él, se agachó y lanzó un estoque al Teócrata en la pierna, a la altura de la rodilla... pero falló. El hacha bajó desde lo alto y Elric se hizo a un lado para esquivarla. La fuerza del golpe hizo perder el equilibrio a Jagreen Lern; Elric aprovechó para acercársele más de un salto y encajarle una patada en la zona lumbar. El Teócrata cayó despatarrado y al intentar hacer varias cosas a la vez, perdió el hacha y el escudo. Elric colocó su pie sobre el cuello del Teócrata y lo inmovilizó, mientras *Tormentosa* revoloteaba ávidamente sobre su enemigo.

Jagreen Lern se dio la vuelta para quedar de cara a Elric. Había palidecido repentinamente y tenía los ojos fijos

en la negra espada infernal cuando le dijo a Elric con voz ronca:

-Acaba conmigo ya mismo. En la eternidad no hay sitio para mi alma... ya no. ¡He de ir al limbo, de modo que acaba conmigo!

Elric se disponía a permitir a *Tormentosa* que se hundiera en el cuerpo del derrotado Teócrata cuando contuvo a la espada y a duras penas logró apartarla de su presa. La espada rúnica murmuró llena de frustración y se agitó en su mano.

-No -dijo Elric en voz baja-. No quiero nada de ti, Jagreen Lern. No osaría corromper mi ser alimentándome de tu alma. ¡Moonglum! -Su amigo se le acercó a la carrera-. Moonglum, dame tu espada.

El pequeño oriental le obedeció en silencio. Elric envainó a *Tormentosa* que todavía seguía resistiéndose y le dijo:

-Es la primera vez que te impido alimentarte. Me pregunto qué harás ahora.

Tomó la espada de Moonglum y con ella le hizo un largo tajo en la mejilla que comenzó a llenarse de sangre. El Teócrata lanzó un grito.

- ¡No, Elric... mátame!

Con una sonrisa ausente, Elric le cortó la otra mejilla. Con el rostro ensangrentado y desfigurado, Jagreen Lern clamó que lo matara, pero Elric siguió sonriendo vagamente, como si estuviera en otra parte, y le dijo en voz baja:

--Pretendías imitar a los Emperadores de Melniboné, ¿no es así? Te burlaste de Elric, miembro de ese linaje, lo torturaste y secuestraste a su mujer. Le diste a su cuerpo una forma infernal, del mismo modo que hiciste con el resto del mundo. Mataste a los amigos de Elric y lo retaste con tu impertinencia. Pero no eres nada... eres más títere de lo que Elric ha sido nunca. ¡Y ahora, hombrecito, sabrás cómo jugaban los melniboneses con los arrogantes como tú cuando todavía dominaban el mundo!

Jagreen Lern tardó una hora en morir y eso gracias a que Moonglum le rogó a Elric que acabase con él rápidamente.

El albino le entregó a Moonglum la espada después de limpiarla en los restos de la tela que había sido la túnica del Teócrata. Miró el cadáver mutilado desde su altura y lo movió con el pie, después apartó la vista y observó a los Señores de los Mundos Superiores que seguían enzarzados en una dura batalla.

Estaba muy debilitado por la lucha y también por la energía que había tenido que emplear para envainar a *Tormentosa,* pero todo aquello quedó atrás mientras miraba arrobado la gigantesca batalla.

Tanto los Señores de la Ley como los del Caos se habían vuelto brumosos a medida que su masa terrenal disminuía y continuaban luchando con forma humana. Eran como gigantes medio reales que luchaban por todas panes: en el cielo y en la tierra. A lo lejos, en el borde del horizonte, vio a Donblas, el Justiciero, trabado en combate con Chardros, el Segador; sus siluetas fluctuaban y se expandían; la fina espada lanzaba estoques y la enorme guadaña segaba el aire.

Incapaces de participar, sin saber a ciencia cierta quién ganaba, Elric y Moonglum se quedaron mirando mientras la intensidad de la batalla iba en aumento y con ella, la lenta disolución de la manifestación terrena de los dioses. La lucha ya no tenía lugar sólo en la tierra sino que se producía también en todos los planos del cosmos, como si junto con esta transformación, la tierra estuviese perdiendo su forma, hasta que Elric y Moonglum se dispersaron en el torbellino de aire, fuego, tierra y agua.

Sólo quedó la materia de la tierra, pero sin forma alguna. Sus componentes continuaron existiendo, pero su nueva forma no había sido decidida. La lucha continuaba. Los vencedores tendrían el privilegio de volver a formar la tierra.

6

Finalmente, aunque Elric no supo cómo, la turbulenta oscuridad cedió paso a la luz y se oyó un ruido, un rugido cósmico de odio y frustración, y entonces supo que los Señores del Caos habían sido vencidos y desterrados. Con la victoria de los Señores de la Ley, el plan del Destino se había cumplido, aunque faltaba aún la última nota del cuerno para que llegara la conclusión prefijada.

Elric sabía que no le quedaban fuerzas para soplar el cuerno por tercera vez.

Alrededor de los dos amigos, el mundo volvía a adoptar una forma definida. Se encontraron de pie en un llano de piedra y a lo lejos vieron los delgados picos de las montañas de reciente formación que se destacaban purpúreos contra el cielo suave.

Entonces la tierra comenzó a moverse. Fue rotando cada vez más deprisa; el día daba paso a la noche a una increíble velocidad, y después se fue deteniendo hasta que el sol volvió a aparecer inmóvil en el cielo, para continuar describiendo su órbita a velocidad normal.

El cambio se había producido. La Ley imperaba, pero los Señores de la Ley se habían marchado sin siquiera dar las gracias.

A pesar de que imperaba la Ley, no podía avanzar a menos que alguien soplara el cuerno por última vez.

-De modo que ya todo terminó -murmuró Moonglum -. Ya no queda nada... ni Elwher, mi tierra natal, ni Karlaak junto al Erial de los Sollozos, ni Bakshaan, ni Tanelorn... tampoco la Ciudad de Ensueño, ni la Isla de Melniboné. Ya no existen, no podemos recuperarlas. Y éste es el nuevo mundo formado por la Ley. Se parece bastante al antiguo.

Elric también se sintió presa de una sensación de pérdida al saber que todos los lugares que le resultaban familiares, incluso los continentes, habían desaparecido para ser reemplazados por otros diferentes. Era como la pérdida de la niñez y quizá se tratara de eso, el paso de la tierra de la niñez a la adolescencia.

Desechó aquel pensamiento y sonrió.

-He de soplar el cuerno por última vez para que comience la nueva vida de la tierra. Pero no tengo fuerzas. ¿Acaso los planes del Destino se verán frustrados otra vez?

-Espero que no, amigo -repuso Moonglum lanzándole una extraña mirada.

-Somos los únicos que quedan, Moonglum, tú y yo -dijo Elric lanzando un suspiro-. Resulta de lo mis adecuado que ni siquiera los increíbles acontecimientos que han tenido lugar hayan afectado nuestra amistad, que no nos hayan separado. Eres el único amigo cuya compañía jamás me pesó, el único en quien he confiado.

En el rostro de Moonglum se dibujó una sonrisa que era la sombra de su antigua sonrisa burlona.

-Hemos compartido muchas aventuras y de ellas he sacado provecho aunque tú no siempre. Nuestra asociación ha sido complementaria. Jamás sabré por qué escogí compartir tu sino. Tal vez no fue obra mía, sino del Destino, porque hay un último acto de amistad que puedo llevar a cabo...

Elric se disponía a interrogar a Moonglum cuando oyó a sus espaldas una voz tranquila.

-Te traigo dos mensajes. El de agradecimiento de los Señores de la Ley... y el de otra entidad más poderosa.

- ¡Sepiriz! -Elric se giró para quedar cara a cara con su mentor-. ¿Estás satisfecho de mi trabajo?

-Sí, mucho. -El rostro de Sepiriz se llenó de tristeza al mirar a Elric con profunda pena-. Has logrado cumplir con todos tus cometidos menos con el último, soplar el Cuerno del Destino por tercera vez. Gracias a ti, el mundo conocerá el progreso y sus gentes tendrán la oportunidad de avanzar lentamente hasta alcanzar un nuevo estado.

- Pero ¿cuál es el significado de todo esto? -preguntó Elric-. Es algo que jamás llegué a comprender del todo.

- ¿Y quién lo comprende? ¿Quién sabe por qué existe el Equilibrio Cósmico, por qué existen el Destino y los Señores de los Mundos Superiores? Al parecer hay una infinidad de espacios, de tiempos y de posibilidades. Podrá haber un número infinito de seres, uno detrás de otro, que vean el fin último, aunque en el infinito no puede existir un fin último. Tal vez todo sea cíclico, y esto mismo se vuelva a repetir una y otra vez hasta que el universo se consuma y desaparezca, del mismo modo que desapareció el mundo que conocíamos. ¿Qué significa todo esto, Elric? No pretendas saberlo, porque podrías acabar loco.

-No hay significado ni plan alguno. ¿Entonces para qué he sufrido tanto?

-Es posible que hasta los dioses busquen un significado y un plan y que esto sea sólo un intento por encontrarlos. Mira... -Hizo un amplio ademán para indicar la tierra recién formada-. Todo esto es nuevo y está moldeado por la lógica. Tal vez la lógica pueda controlar a quienes aquí lleguen, tal vez exista algún factor que

destruya esa lógica. Los dioses experimentan, el Equilibrio Cósmico guía el destino de la tierra, los hombres luchan y suponen que los dioses saben por qué luchan... ¿pero acaso lo saben los dioses?

-Me causas más confusión cuando esperaba que me trajeras consuelo -suspiró-. He perdido a mi mujer, a mi mundo y no sé por qué.

-Lo siento. He venido a despedirme, amigo mío. Haz lo que debes hacer.

-Lo haré. ¿Volveré a verte?

-No, porque en realidad estamos muertos. Nuestra era ya no existe.

Sepiriz se retorció en el aire y desapareció. Siguió un frío silencio.

Finalmente, los pensamientos de Elric se vieron interrumpidos por Moonglum.

-Elric, debes soplar el cuerno. ¡Sea lo que sea lo que signifique, debes soplarlo y acabar con esto para siempre!

-¿Cómo? Apenas me quedan fuerzas para tenerme en pie.

-He decidido lo que debes hacer. Mátame con *Tormentosa.* Toma mi alma y mi vitalidad y entonces tendrás fuerzas suficientes como para soplar el cuerno por última vez.

- ¿Que te mate? ¿Que acabe con el único que queda, con mi verdadero amigo? ¡Desvarías!

-Hablo en serio. Es preciso que lo hagas, porque no nos queda otra salida. Además, aquí no hay sitio para nosotros, de todos modos, pronto moriremos. Me contaste la forma en que Zarozinia te entregó su alma... ¡pues bien, toma la mía también!

-No puedo.

Moonglum se le acercó, cogió a *Tormentosa* por la empuñadura y comenzó a desenvainarla.

-¡No, Moonglum!

Pero la espada saltó de su vaina por voluntad propia. Elric apartó la mano de Moonglum de un golpe y empuñó la espada. No pudo detenerla. El acero se elevó en el aire arrastrando al brazo que lo sostenía, listo para descargar un mandoble.

Moonglum se quedó de pie, con los brazos caídos, y el rostro inexpresivo, aunque a Elric le pareció notar un asomo de miedo en sus ojos. Luchó por controlar a la espada, pero sabía que de nada le serviría.

-Déjala que haga su trabajo, Elric.

El acero bajó y le traspasó el corazón a Moonglum. La sangre brotó y lo empapó. Se le nubló la vista y sus ojos se llenaron de pánico.

-¡Ah, no... no creí que sería así!

Petrificado, Elric no logró sacar la espada del corazón de su amigo. La energía de Moonglum comenzó a fluir por su cuerpo, sin embargo, aun cuando toda la vitalidad del oriental quedó absorbida, Elric se quedó mirando el pequeño cuerpo hasta que de sus ojos carmesíes comenzaron a fluir las lágrimas y un sonoro sollozo le agitó el cuerpo. Después, la espada se soltó.

La lanzó lejos de él, pero no cayó con estrépito metálico sobre el suelo de piedra, sino que lo hizo como lo hubiera hecho un cuerpo. Después tuvo la impresión de que se movía en su dirección y que se detenía para quedarse observándolo.

Aferró el cuerno y se lo llevó a los labios. Le arrancó la última nota para presagiar en plena noche el inicio de la nueva tierra. La noche que precedería un nuevo albor. A pesar de que la nota del cuerno era triunfal, Elric no se sintió así. Permaneció de pie, agobiado por una soledad y una pena infinitas, con la cabeza inclinada mientras el eco del cuerno se propagaba en el aire. Cuando la nota se fue apagando para pasar de sonido triunfante a un eco lejanísimo que expresaba parte del dolor de Elric, una grandiosa silueta comenzó a formarse en el cielo, como atraída por el cuerno.

Era la silueta de una mano gigantesca que sostenía una balanza y mientras la observaba, vio que la balanza se equilibraba hasta que cada uno de sus platillos se hizo realidad.

En cierta forma, aquello alivió la pena de Elric cuando soltó el Cuerno del Destino,

-Al menos hay algo -dijo-, y si es una ilusión, al menos es tranquilizadora.

Miró hacia un costado y vio que la espada se levantaba del suelo, se elevaba en el aire y avanzaba hacia él.

¡Tormentosa! -gritó.

La espada infernal se hundió en su pecho y sintió su punta helada alcanzarle el corazón; intentó aferraría con los dedos, notó que su cuerpo se retorcía y que el acero se le bebía el alma desde las profundidades mismas de su ser y sintió que toda su personalidad pasaba a la espada rúnica. Mientras su vida se iba disipando para combinarse con la de la espada, supo que siempre había estado destinado a acabar de aquel modo. Con la espada que había matado a amigos y amantes para robarles las almas y alimentar con ellas su propia fuerza. Era como si la espada lo hubiera utilizado siempre y no al revés, como si él hubiera sido una simple manifestación de *Tormentosa,* y en ese

momento, volvía a formar parte del cuerpo de la espada que en realidad nunca había sido una verdadera arma. Mientras yacía moribundo, lloró otra vez, porque sabía que la fracción del alma de la espada en que se transformaría su alma jamás conocería el descanso porque estaría condenada a la inmortalidad.

Elric de Melniboné, el último de los Brillantes Emperadores, lanzó un grito y después su cuerpo se desplomó junto a su camarada, bajo la poderosa balanza que colgaba del cielo.

La forma de *Tormentosa* comenzó entonces a cambiar; se retorció y fluctuó sobre el cuerpo del albino, para acabar colocándose a horcajadas sobre él.

El ente llamado *Tormentosa,* última manifestación del Caos que quedaría en aquel nuevo mundo, contempló el cadáver de Elric de Melniboné y sonrió.

-Adiós, amigo. ¡Fui mil veces más malvada que tú!

Después saltó y se elevó en el aire; su voz enloquecida se rió burlona del Equilibrio Cósmico llenando el universo con su alegría impía.

Índice

LIBRO PRIMERO
La llegada del Caos

LIBRO SEGUNDO
El escudo del gigante triste..... 119

LIBRO TERCERO
La desaparición de un señor condenado 145

NOTA ACERCA DEL AUTOR

Michael Moorcock (1939), el más polifacético de los escritores ingleses contemporáneos, ha alcanzado la celebridad literaria por dos caminos diferentes, en ambos con carácter revolucionario. Dirigió la revista *New Worlds* desde el número 142 (mayo / junio 1964) hasta el 201 (marzo 1971), gestando desde sus páginas el movimiento literario que se conoció como *New Wave,* el más influyente que puede recordar la ciencia ficción moderna. Como autor, con una obra prolífica en los campos de la ciencia ficción y la fantasía, ha llegado a convertirse en una de las firmas más populares del mundo por su creación del *Multiverso,* escenario en el que transcurren numerosos ciclos de novelas entre las que existen constantes referencias cruzadas que les confieren una complejidad global extraordinaria.

La bibliografía del autor comprende los siguientes libros:

CICLO DEL MULTIVERSO:

El Campeón Eterno:

1970-*The Eternal Champion (El campeón eterno,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 4, Barcelona, 1985).
-Pboenix in Obsidian, también publicada como *Tbe Silver Warriors* («Fénix de obsidiana», en *Crónicas del Campeón Eterno,* Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1991).
1987-T*he Dragón in the Sword* («El dragón en la espada», en *Crónicas del Campeón Eterno).*

La serie enlaza con *The Champion of Garathorm* e incorpora en *The Dragón in the Sword* la saga de la familia Von Bek. También pertenece a la serie el cómic, con guión del autor:

1978-*The Swords of Heaven, The Flowers of Hell,* dibujado por Howard Chaykin («Espadas del cielo, ángeles del infierno», en *Comix Internacional* 4–7, Barcelona, 1980–81).

Familia Von Bek:

1981-*The War Hound and the World's Pain (El perro de la guerra y el dolor del mundo,* Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 3, Madrid, 1987).
1982-*The Brothel in Rosenstrasse.* 1986 - *The City in the Autum Stars.*

Dorian Hawkmoon:

1967-*The Jewel in the Skull* («La joya en la frente», en *El Bastón Rúnico,* Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1989).
1968-*The Mad God's Amulet,* también publicada como *Sorcerer's Amulet* («El amuleto del Dios Loco», en *El Bastón Rúnico).*
-The Sword of the Dawn («La Espada del Amanecer», en *El Bastón Rúnico).*
1969-*The Runestaff,* también publicada como *The Secret of the Runestaff («El* Bastón Rúnico», en *El Bastón Rúnico).*
1973-*Count Brass* (Ed. Martínez Roca, en preparación).
-The Champion of Garathorm (Ed. Martínez Roca, en preparación).
1975-*The Quest for Tanelorn* (Ed. Martínez Roca, en preparación).

Elric de Melniboné:

1972-*Elric of Melniboné,* también publicada como *The Dreaming City (Elric de Melniboné,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 11, Barcelona, 1986).
1976-*The Sailor on the Seas of Fate (Marinero de los mares del destino,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 19, Barcelona, 1988).[1]
1989-*The Fortress of the Peral* [1]
1991-*The Revenge of the Rose.*
1977-*The Weird of the White Wolf (El misterio del lobo blanco,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 24, Barcelona, 1989).

1970-*The Vanisbing Tower,* también publicada como *The Sleeping Sorceress (La Torre Evanescente,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 27, Barcelona, 1990).
1977-*The Bane of tbe Black Sword (La maldición de la Espada Negra,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 30, Barcelona, 1991).
1965-*Stormbringer (Portadora de tormentas,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 31, Barcelona, 1991).

El ciclo se relaciona con el de **Una Persson** en el relato:

1987-*Elric at the End of Time,* con ilustraciones de Rodney Matthews.

En una versión anterior de la serie, que se refundió en los libros ya indicados, se publicaron también los títulos siguientes:

1961-*The Stealer of Souls.*
1970-*The Singing Citadel.*
1973-*Elric: The Return to Melniboné,* con dibujos de Philippe Druillet.
-The Jade Man's Eyes.

Corum:

1971-*The Knight of tbe Swords (El caballero de las espadas,* Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 8, Madrid, 1988).
-The Queen of the Swords (La reina de las espadas, Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 9, Madrid, 1988).
-The King of the Swords (El rey de las espadas, Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 10, Madrid, 1988).
1973-*The Bull and the Spear.*
-The Oak and the Ram.
1974-*The Sword and the Stallion.*

OTROS CICLOS:

Colonel Pyat:

1981-*Byzantium Endures.* 1984 - *The Laughter of Carthage.*

Oscar Bastable y Una Persson:

1971-*The War Lord of the Air.*
1974-*The Land Leviathan.*
1979-*The Steel Tsar.*

La serie enlaza con *The Adventures of Una Persson and Catherine Cornelius in the Twentieth Century.*[2]

Jerry Cornelius:

1968-*The Final Programe (El programa final,* Ed. Minotauro, Barcelona, 1979).
1971-*A Cure for Cancer.*
1972-*The English Assassin: A Romance in Entropy*
1977-*The Condition of Muzak.*
1981-*The Entropy Tango.*
1976-*The Lives and Times of Jerry Cornelius.*
-The Adventures of Una Persson and Catherine Cornelius in the Twentieth Century.

Relacionados:

1971-*The Nature of the Catastrophe,* con otros autores, recopilación del autor en colaboración con Langdon Jones

(La naturaleza de la catástrofe, Francisco Arellano Editor, Madrid, 1978).[3]
1980-*The Great Rock and Roll Swindle (El gran timo del Rock and Roll,* Ed. Júcar,–Madrid, 1982).

Bailarines del Fin del Tiempo:

1972-*An Alien Heat.* 1974 - *The Hollow Lands.*
1976-*The End of All Songs.*
-Legends from the End of Time.
1977-T*he Transformation of Miss Mavis Ming,* también publicado como *A Messiah at the End of Time.*

Relacionada (enlaza con la última citada):

1965-*The Winds of Limbo,* también publicado como *The Fireclown.*

Karl Glogauer:

1968-*Behold the Man (He aquí el hombre,* Ed. Destino, col. Cronos núm. 10, Barcelona, 1990).
1972-*Breakfast in the Ruins*[4]

Serie de Michael Kane:

1965-*The City of the Beast,* también publicado como *Warriors of Mars.*
-The Lord of the Spiders, también como *Blades of Mars,*
-The Masters of the Pit, también como *Barbarians of Mars.*

OTRAS OBRAS:

1962-*Caribbean Crisis,* con James Cawthorn y, conjuntamente, como Desmond Reíd.
-The Blood Red Game, también publicado como *The Sundered Worlds.*
1966-*The Deep Fix,* como James Colvin.
-The LSD Dossier, reescritura de un original de Roger Harris (serie Nick Allard/1).
-Somewhere in the Night, como Bill Barclay (Nick Allard/2).
-Printers Devil, Etc. (Nick Allard/3).
-The Twilight Man, en revista como «The Shores of Death».
1967-*The Wrecks of Time.*
1969-*The Black Corridor.*
-The Ice–Shooner (La nave de los hielos, Ed. Acervo, col. C/F núm. 29, Barcelona, 1979).
-The Time Dweller.
-The Distant Suns, con James Cawthron y, conjuntamente, como Philip James.
1970-*The Chinese Agent,* revisión de *Somewhere in the Night.*
1971-*The rituals of lnfinity,* revisión de *The Wrecks of Time.*
1976-*Moorcock's Book of Martyrs,* también publicado como *Dying for Tomorrow,* relatos *(El libro de los mártires,* Producciones Editoriales, col. Star Books, Barcelona, 1976).
-The Time of Hawklords, con Michael Butterworth *(El tiempo de los Señores Halcones,* Producciones Editoriales, col. Star Books, Barcelona, 1976).
1977-*Sojan,* juvenil.
1978-*Gloriana or The Unfulfill'd Queen.*
1979-*The Real Life Mr. Newman.*
-The Golden Barge: A Fable.
1980-*My Experiences in the Third World War.*
-The Russian Intelligence (revisión de *Printers Devil Etc.).*
1984-*The Opium General,* relatos.
1985-*Elric at the End of Time,* relatos.
1988-*Mother London.*
1989-*Casablanca & Other Stories,* relatos.

ENSAYO:

1978-*Epic Pooh.*
1983-*The Retreat from Liberty: The Erosion of Democracy in Today's Britain.*
1985-*Exploring Fantasy Worlds: Essays on Fantastic Literature,* con otros autores, Darrell Schweitzer (rec.).
1986-*Letters from Hollywood.*
1987-*Wizardry and Wild Romance: A Study of Heroic Fantasy.*

ANTOLOGÍAS:

1965-*The Best of New Worlds.*
1967-*Best SF Stories from New Worlds.*
1968-*The Traps of Time.*
-The Best SF Stories from New Worlds 2.
-The Best SF Stories from New Worlds 3–
1969-*The Best SF Stories from New Worlds 4.*
-The Best SF Stories from New Worlds 5.
-The Inner Landscape (no acreditada).
1970-The Best SF Stories from New Worlds 6.
1971-*The Best SF Stories from New Worlds 7.*
-New Worlds Quaterly 1.
-New Worlds Quaterly 2.
-New Worlds Quaterly J.
1972-*New Worlds Quaterly 4.*
1973-*New Worlds Quaterly* 5.
-New Worlds Quaterly 6, también publicado como
-New Worlds Quaterly 5 en su edición americana.
1974-*The Best SF Stories from New Worlds 8.*
1975-*Before Armageddon.*
1977-*England Invaded.*
1982-*New Worlds: An Anthology,* como recopilador.

PREMIOS:

1967-Nebula por «Behold the Man» (incluido en *El libro de los mártires)*
1970-Guardian Fiction por *The Chinese Agent.*
1972-British Fantasy de novela (August Derleth) por *El caballero de las espadas.*
1973-British Fantasy por *El rey de las espadas.*
1975-British Fantasy por *The Sword and the Stallion.*
1976-British Fantasy por *The Hollow Lands.*
1977-British Fantasy y Guardian Fiction por *The Condition of Muzak.*
1978-World Fantasy y John W. Campbell Memorial por *Gloriana*

1. Estas novelas se sitúan antes de la caída de Melniboné, es decir, antes de *El misterio del lobo blanco.*
2. La tetralogía inicial ha sido publicada también como *The Cornelius Chronicles* (1977) en uno y dos volúmenes, revisados por el autor. *The Cornelius Chronicles III* incluye *The Adventures of Una Persson* y «The Alchemist's Question», del libro *The Opium General.*
3. Revisada como «Gold Diggers of 1977», en *Casablanca & Other Stories* .
4. Serie escrita originalmente como Edward P. Bradbury.